

**PUBLICACIONES DEL
DR. JOSÉ ELEUTERIO GONZÁLEZ
EN CIENCIAS MÉDICAS**

**SECCIÓN SALUD PÚBLICA E
HISTORIA DE LA MEDICINA LOCAL
TOMO III**



Jesús Ancer Rodríguez

Rector

Rogelio G. Garza Rivera

Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo

Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña

Director de Publicaciones

Santos Guzmán López

Director de la Facultad de Medicina

Armando Hugo Ortiz Guerrero

Compilador

José Antonio Olvera Sandoval y

Nancy Verónica Gallegos Jiménez.

Colaboradores

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta

Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000

Teléfono: (5281) 8329 - 4111 / Fax: (5281) 8329 - 4095

e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx

Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición 2013

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Facultad de Medicina

ISBN 978-607-433-985-7

Reservados todos los derechos conforme a la ley. Prohibida la reproducción total y parcial de este texto sin previa autorización por escrito del editor.

**PUBLICACIONES DEL
DR. JOSÉ ELEUTERIO GONZÁLEZ
EN CIENCIAS MÉDICAS**

**SECCIÓN SALUD PÚBLICA E
HISTORIA DE LA MEDICINA LOCAL
TOMO III**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, NUEVO LEÓN, 2013



PRESENTACIÓN

En el bicentenario del natalicio de José Eleuterio González, *Gonzalitos*, la Universidad Autónoma de Nuevo León edita sus *Publicaciones en Ciencias Médicas*, en tres tomos, como una contribución a su memoria, al conocimiento sobre su vida y obra, para que su nombre se preserve de generación en generación, como se predijo durante sus funerales.

Como bien se sabe, la historia de Nuevo León está llena de personajes que destacan por sus hechos en bien de la comunidad. Pero sin duda el más ilustre de todos es *Gonzalitos*, Benemérito de Nuevo León, el más importante humanista durante el siglo XIX.

Los universitarios estamos en deuda con él, porque es la piedra angular de nuestros antecedentes institucionales. Fue fundador del Colegio Civil y del hospital que hoy lleva su nombre, lo mismo que de las escuelas de Medicina y Derecho. Pero no sólo a estas instituciones dio vida; también fundó la Escuela Normal de Profesores y fue Gobernador del Estado, entre otras fecundas actividades.

La edición de estas *Publicaciones en Ciencias Médicas* es un verdadero motivo de orgullo y satisfacción, en especial para quienes como profesionales de la práctica médica hemos seguidos sus pasos; pasos vigentes y ejemplares.

La versatilidad de este médico, político, escritor e historiador, a dos siglos de su natalicio, es un ejemplo vivo para toda nuestra comunidad universitaria, y aquí se brinda un testimonio al respecto. Estas *Publicaciones del Dr. José Eleuterio González en Ciencias Médicas* permitirán, sin duda, que las nuevas generaciones conozcan y valoren a este personaje fundamental de la historia y la cultura nuevoleonenses; estudioso incansable, aplicado a la ciencia y la docencia, y un hombre de su tiempo.

Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector de la UANL



MENSAJE INSTITUCIONAL

El 20 de febrero de 1813, nace en Guadalajara, Jalisco, José María Reymundo Eleuterio González Mendoza, personaje que habría de influir notablemente en el desarrollo científico, educativo y humanístico de Nuevo León durante buena parte del siglo XIX.

Desde que se establece en Monterrey en 1833, inicia una ascendente e incomparable actividad filantrópica en diversos ámbitos de la enseñanza, la medicina, la historia, la literatura, la filosofía y la política; fundador de instituciones que hoy son un legado invaluable para la sociedad, como el Colegio Civil antecedente de nuestra Universidad, el Hospital Civil y la Escuela de Medicina, por señalar las más relevantes, también fue en su madurez un prolífico escritor de temas torales para la enseñanza y la divulgación de dos disciplinas cruciales en su vida: las ciencias médicas y la historia de Nuevo León.

Si bien es cierto que a finales del siglo XIX se hace un esfuerzo por editar toda su dilatada obra escrita, también lo es que las publicaciones alusivas a la salud pública y la historia de la Medicina, por razones diversas, no se integraron al grueso de sus *Obras completas*. Sus trabajos sobre temas médicos son un testimonio del esfuerzo y la erudición del sabio maestro, quien leía en griego, latín y francés a los autores clásicos de la medicina, y estaba al día en cuanto al desarrollo y las innovaciones de esta ciencia, por lo que fueron en su momento lecturas básicas para la formación, el conocimiento y la actualización de estudiantes y profesores de Medicina y Farmacia.

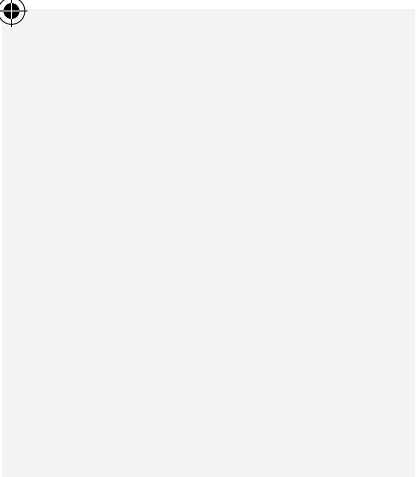
Con el propósito de conmemorar dignamente la memoria del sabio benemérito, a 200 años de su natalicio, la Facultad de Medicina y el Hospital Universitario, en copatrocinio con la Dirección de Publicaciones de la UANL, editan de manera integrada las *Publicaciones del Dr. José Eleuterio González en Ciencias Médicas*. Consideramos que esta nueva compilación llena el vacío historiográfico que dejó la primera versión de sus *Obras completas*, por lo cual nos sentimos satisfechos de haber contribuido a complementar la producción bibliográfica del médico filántropo.

Esperamos que la comunidad universitaria y el público en general valoren a través de estos escritos el saber científico y la calidad humana del principal benefactor que ha tenido la ciencia médica de Nuevo León en toda su historia.

Dr. md Santos Guzmán López
Director de la Facultad de Medicina y
Hospital Universitario Dr. José Eleuterio
González

Reseña
Biográfica
de
José
Eleuterio
González





José Reymundo Eleuterio González Mendoza nació en Jalisco, el 20 de febrero de 1813. Hijo del capitán Matías González y de María Ana Mendoza, ambos criollos, originarios de Nochistlán, Zacatecas. Debido al brote de rebeliones insurgentes emigraron a la capital tapatía. En 1815 muere su padre y queda bajo la protección de su tío materno, el Lic. Rafael Mendoza.

A los 12 años es inscrito en el Colegio Seminario, el cual abandonó para después ingresar al Instituto Literario de Guadalajara, que sustituyó a la antigua Universidad. Cursó filosofía y retórica y obtuvo una sólida preparación humanística. Durante las primeras décadas del siglo XIX, sólo la ciudad de México y Guadalajara, contaban con la enseñanza de la medicina, en esta última fue donde tomó sus primeras materias en esta disciplina.

A la muerte de su padrino y protector, y con el matrimonio de su hermana, decidió emigrar de su ciudad natal a invitación del religioso regiomontano Fray Gabriel Jiménez. Por cuestiones de salud del religioso, se establecen en San Luis Potosí en 1830. Ahí fue practicante de medicina en el Hospital Nacional de San Juan de Dios, siendo sus maestros los doctores Pablo de Quadriello y Pascual Aranda.

Tres años después y con un antecedente de visita previa en 1830, deciden trasladarse a Monterrey, a donde llegaron a finales de 1833. Acompañado de un documento que acreditaba sus prácticas en cirugía y medicina, empezó su labor como médico en el Hospital de Nuestra Señora del Rosario. A escasos meses de haber llegado a la ciudad y no obstante su juventud, es nombrado director interino de dicho Hospital. Tanto se dio a querer en la ciudad que fue llamado "Gonzalitos". Ocupó el cargo de director médico del Hospital por casi veinte años.

Desde 1835 empezó su tarea de educador, al abrir una cátedra de Farmacia, con base a su aprendizaje autodidacta. En 1836 se casó con Carmen Arredondo, quien a los pocos años de matrimonio, le fue infiel y lo abandonó. Esta lamentable circunstancia de su vida, y el no haber tenido hijos, hizo que se entregara en forma absoluta al bien de los demás.

El gobierno de Nuevo León, previo examen, le expidió título de médico el 8 de marzo de 1842. Ese año constituyó otra cátedra de Medicina que se vio interrumpida por la Invasión Americana en 1846, el único alumno que concluyó fue el médico Blas María Díaz. Restablecida la paz, reinició en 1849 el curso de Farmacia y, cuatro años más tarde es nombrado titular de una cátedra de Obstetricia.

En 1851 fue nombrado miembro del Consejo de Salubridad, instituido a iniciativa suya.

Influyó en gran medida para el decreto del Colegio Civil en 1857, que abrió sus puertas dos años más tarde. En el seno del mismo Colegio logró fundar, el 30 de octubre de 1859, la Escuela de Medicina, cuya carrera duraba seis años, impartiendo además la de Farmacia en cinco. A la edad de 46 años, asume la dirección de la Escuela de Medicina.

Con el auxilio moral y económico del padre José Antonio de la Garza Cantú, chantre de la catedral, logró fundar en 1860 el Hospital Civil, en esa institución se impartieron casi todas las materias de la carrera de Medicina. Ante la primera intervención francesa en Monterrey, en 1864, asume de facto la dirección del Colegio Civil. En 1866 fue designado director del Colegio Civil, ya con nombramiento oficial.

El doctor González incursionó en la política durante varios años, fue diputado a la Legislatura local. Esta primera intervención le llevó después a ser gobernador interino y posteriormente titular. Como tal, en 1870, fundó la Escuela Normal para profesores y reglamentó la instrucción pública.

En 1875 fue postulado como candidato a gobernador, oferta que declinó, debido al surgimiento de enconos políticos en su contra. Enfocó de nuevo sus esfuerzos a favor del Hospital Civil y la Escuela de Medicina y Farmacia, que en 1877 se desligó del Colegio Civil, quedó bajo la tutela del Consejo Superior de Salubridad.

Desde 1878 se agudizaron sus problemas de salud, a causa de una catarata, el doctor pierde la visión de uno de sus ojos. Dos años después queda en ceguera total. En 1881 viajó a la ciudad de México, acompañado del Dr. Juan de Dios Treviño, intentando recuperar la vista con una operación del afamado doctor Manuel Cardona y Ovalle. Desgraciadamente, por complicaciones postoperatorias, Gonzalitos perdió el ojo operado.

En 1883 es intervenido en la ciudad de Nueva York, por el doctor Hermann Jacob Knapp y esta operación le funcionó, recuperando la visión del otro ojo. Su retorno a Monterrey fue apoteótico. Recepciones oficiales y populares en los pueblos del trayecto; misa y te deum en Catedral; representaciones teatrales; etc. Como parte de ese homenaje fue erigida en su honor la municipalidad de Dr. González, por decreto No. 18 de 5 de noviembre de 1883.

Sus problemas de salud, ya no solo oftalmológicos, sino también hepáticos, se habían agravado desde finales de 1887. Muere el 4 de abril de 1888. Por decreto, el Hospital Civil lleva desde entonces su nombre.

En su testamento legó sus bienes a la Escuela de Medicina y al Hospital Civil. Sepultado originalmente en la capilla del hospital, sus restos fueron trasladados a la base de su estatua sedente, esculpida por Giacomino en 1913, al lado del antiguo hospital y, en 1983, a la Facultad de Medicina de la UANL, donde actualmente se encuentra. Otra escultura, original de Joaquín Arias, se localiza frente el actual Hospital Universitario que lleva su nombre.

Aunque conservador por su formación y su catolicismo práctico, el Dr. González ha sido considerado como liberal, en cuanto a que juzgaba que toda expresión de progreso tiene fundamento en la libertad. Maximiliano de Habsburgo le otorgó una condecoración imperial, la Orden de Guadalupe, sin embargo, nunca la portó.

Desde su llegada a Monterrey, hasta su muerte, ejerció la profesión durante 55 años sin haber cobrado jamás por sus servicios. Los bienes que adquirió procedían de donaciones hechas por sus pacientes acaudalados. Muchas de éstas las repartía más delante, para alimento de los enfermos del Hospital, la reconstrucción de la Parroquia de la Villa de García, entre otras obras.

PUBLICACIONES DEL
DR. JOSÉ ELEUTERIO
GONZÁLEZ EN
CIENCIAS MÉDICAS

**SECCIÓN SALUD
PÚBLICA
E HISTORIA DE LA
MEDICINA LOCAL
TOMO III**

PRÓLOGO

Si consideramos la definición clásica de Salud Pública establecida por C.E.A. Winslow en 1920, como: *“la ciencia para prevenir enfermedades, prolongar la vida y promover la salud física por medio de los esfuerzos comunitarios organizados para el saneamiento del ambiente, el control de las enfermedades infecciosas y la educación de los individuos en los principios de higiene personal, en la organización de los servicios médicos y de enfermería para el diagnóstico oportuno, tratamiento de la enfermedad y en el desarrollo social que asegure que todo individuo de la comunidad tenga un estado de vida adecuado”*, y revisamos las publicaciones médicas de nuestro Benemérito, José Eleuterio González Mendoza “Gonzalitos”, podemos clasificar en la categoría de Salud Pública a dos de sus publicaciones: *El informe sobre epidemias y endemias en el estado de Nuevo León de 1854* y *La mosca hominívora. Disertación leída en la Academia Médico – Farmacéutica de Monterrey la noche del 3 de Marzo de 1865*. Hay otras dos publicaciones que corresponden tanto a Salud Pública como a Historia de la Medicina y son: *Un punto de higiene pública, sepulturas, aplicado en la ciudad de Monterrey de Nuevo León*. Y su libro manuscrito: *Los Médicos y las Enfermedades de Monterrey. Memorias del Dr. J. Eleuterio González. 1881*. Dentro de la clasificación de Historia de la Medicina hay una quinta publicación titulada: *Breve relación del origen, progreso y estado actual del Hospital Civil de Monterrey de 1864*.

INFORME SOBRE EPIDEMIAS Y ENDEMIAS DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Manuscrito localizado en el Archivo General del estado de Nuevo León, donde “Gonzalitos”, como Vicepresidente del Consejo de Salubridad y a petición del ejecutivo da cumplimiento a una disposición del Ministerio de Gobernación. En este documento queda manifiesto el profundo conocimiento que de las diferentes localidades poblacionales del entonces llamado Departamento de Nuevo León tiene nuestro homenajead, relacionando en cada una de ellas los diferentes padecimientos endémicos y epidémicos que las afectan, las causas de los mismos y el modo de remediarlas; es de hacer notar, que al igual que Hipócrates, “Gonzalitos” detalla por localidad poblacional su incidencia de padecimientos, relacionándolos con el clima, el suelo y el manejo del agua. En cada una de ellas da su opinión sobre la mejor forma de mejorar el estado de higiene y salud de la población tomando en consideración las obras requeridas y los costos de las mismas. Podemos considerar esto un estudio epidemiológico, donde señala las diferencias entre las poblaciones del norte del estado, de las del sur; terminando por hacer el análisis de las condiciones de salud e higiene de la ciudad capital, donde también señala las medidas adoptadas para desecar las áreas pantanosas, vigilar las acequias, quitar los regadíos de las huertas en la ciudad y eliminar las dos presas que existían, haciendo notar la diferencia en la ocurrencia de padecimientos del área norte con la sur de la ciudad.

En referencia a Pesquería Grande, hoy García, N.L., menciona que por ser su agua muy salobre y con alto contenido de nitrógeno ocasiona que allí sea muy frecuente la diabetes, dato éste, que a la luz del conocimiento actual es erróneo, pero hay que considerar que en la fecha del informe de “Gonzalitos”, no se conocía la fisiopatología de la diabetes. Así mismo, cuando se refiere a las condiciones de salud en el Guajuco, hoy Santiago, N.L., menciona que en general es muy sano, pero por su localización, en un estrecho valle, el aire estancado produce bocio y paperas. Es de resaltar que hace todavía unas décadas esta era una zona de bocio endémico, pero su origen es por la falta de ingesta de yodo, hecho subsanado en la actualidad con su suministro en la dieta y la sal de mesa.

Concluye con cuatro lineamientos generales para todo el Departamento de Nuevo León: Dar agua potable en abundancia donde se carece de ella; desecar las lagunas y pantanos; cuidar que el agua de las acequias no se salga del cauce; y buenos reglamentos de policía urbana y rural. Esto último es lo que hoy corresponde a la regulación sanitaria. Si lo trasladamos a nuestro tiempo, son las mismas medidas necesarias para combatir las endemias y epidemias que actualmente padecemos, transmitidas por vectores como el Dengue.

LA MOSCA HOMINÍVORA

Disertación leída por “Gonzalitos” en la sesión inaugural de la Academia Médico-Farmacéutica de Monterrey, la noche del 3 de marzo de 1865 y publicada por la Imprenta del Gobierno en 1873, tiene 13 páginas y 21 cms. EL texto fue posteriormente incluido en la *Gaceta Médica* de México.

En este trabajo “Gonzalitos”, fiel a su costumbre, amplios conocimientos y erudición, hace una revisión de los estudios hechos sobre este díptero, (*Lucila Hominívora*) principalmente en Guayana por Coquerel, la presenta como la causante de la Miasis nasofaríngea y además de referir las publicaciones a las que tuvo acceso, presenta sus casos propios, describiendo con detalle diario la evolución clínica de los pacientes y su tratamiento. A este respecto, cabe mencionar que la presencia de *Miasis* (larvas de mosca en forma de gusanos en las heridas), ya no nasofaríngea, sino en las úlceras de extremidades o en heridas traumáticas y/o quirúrgicas fue una complicación frecuente hasta hace pocos decenios, en los pacientes menesterosos o con abandono familiar y social; anecdóticamente referiré que durante mis estudios en el Hospital Universitario, en los sesentas y setentas era frecuente que ingresaran pacientes con Miasis en heridas y donde literalmente se veía “como si los gusanos se comieran a la gente”, estos pacientes son, los que teniendo áreas expuestas, sin la protección de la piel y en abandono, se les posaban las moscas y depositaban sus huevecillos en las heridas, evolucionando a sus larvas que son los gusanos. En la actualidad, gracias a las mejores condiciones de higiene en general y en los hospitales en particular, es un padecimiento poco visto.

Cuando “Gonzalitos” lo publicó le agregó observaciones de casos clínicos del Dr. Esteban Tamez de Villa de Santiago, N.L., y del Dr. Tomás Hinojosa de Monterrey.

UN PUNTO DE HIGIENE PÚBLICA. SEPULTURAS. APLICADO A LA CIUDAD DE MONTERREY DE NUEVO LEÓN

Es un libro que el mismo “Gonzalitos” menciona haber efectuado gracias al apoyo de sus alumnos, ya que lo realiza cuando prácticamente había perdido la vista. El escrito lo dividió en tres partes, la primera y más amplia, se refiere a la historia de las sepulturas, donde nuevamente deja entrever su gran cultura general y conocimiento de la Historia Universal y de los clásicos de la Literatura, ya que la obra cuenta con múltiples referencias, y en todas ellas da su aportación al interpretar los motivos históricos y filosóficos por los que en cada cultura se trato de tal o cuál manera a sus difuntos.

La segunda parte habla de la higiene de las sepulturas, donde aborda las diversas formas de manejo de los difuntos, a saber cinco: exposición al aire libre, arrojarlos al agua, quemarlos, embalsamarlos y enterrarlos.

En esta sección narra muchas anécdotas y referencias de personajes locales, como por ejemplo: describe de manera meticulosa el trabajo de embalsamiento que efectuó personalmente al Obispo de Tenagra, Don Joaquín Fernández de Madrid, quién le pidió que a su muerte lo embalsamara, para enviarlo a México; describe como cuatro años después que se pudo enviar a la capital abrió la caja que lo contenía y el cadáver permanecía intacto.

En la tercera parte, trata de la Higiene de las Sepulturas aplicada a la Ciudad de Monterrey. Señalando, que a pesar de estar prohibido por Ley desde 1819 y después la de 1859, los poderosos siguen enterrándose en las iglesias.

Concluyó que su objetivo con este trabajo era que sirviera de base para que otros, revisándolo, criticándolo y aumentándolo pudieran lograr el objetivo de mejorar la salubridad de los pueblos.

Es notable la capacidad de memoria que demuestra por el gran número de referencias y el esfuerzo de nuestro homenajeado para escribir esta obra, estando totalmente ciego.

Este trabajo influyó para que se ampliara el cementerio de Monterrey.

LOS MÉDICOS Y LAS ENFERMEDADES DE MONTERREY. MEMORIAS DEL DR. J. ELEUTERIO GONZÁLEZ

Es un manuscrito cuyo original se encuentra en la Wellcome Historical Medical Library, en Londres, Inglaterra. De 20 x 13 cms. Encuadernado en medio cuero verde. Fue escrito por "Gonzalitos" ocho meses antes de perder totalmente la vista por dos años. Tiene al final datos añadidos de puño y letra por el Dr. Juan de Dios Treviño y el Dr. Eusebio Rodríguez. Gran parte de su contenido fue publicado en la Memoria del Gobernador Bernardo Reyes de 1894.

El original perteneció al coleccionista de la ciudad de México Dr. Nicolás León, quien al fallecer en 1929 parte de su biblioteca la adquirió la Wellcome Historical Medical Library.

El documento fue descubierto y transcrito por el Dr. Francisco Guerra, quién lo publicó en 1968 con el patrocinio de la misma institución con el título: *Los Médicos y las enfermedades de Monterrey, 1881, La vida y la obra de Gonzalitos*.

La Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León obtuvo en septiembre del 2011, una copia digital de este manuscrito, por la intermediación de la Sala Museo "Dr. Ángel Oscar Ulloa Gregori".

Inicia con una dedicatoria a su discípulo y amigo Juan de Dios Treviño, con su rúbrica.

En la primera parte, "Gonzalitos" hace una cronología de todos los médicos llegados a Monterrey desde su fundación hasta sus días; mencionando que antes de la creación del primer Obispado de Linares en 1779, no hay evidencia documental de que hubiera médicos en esta tierra. Posteriormente detalla con fechas todos los médicos llegados hasta enero 30 de 1881.

Menciona la primera cátedra de medicina establecida en 1828 por Pascual Costanza, resaltando que en el semestre que duró los alumnos sólo aprendieron lo que Costanza llamó *La Ciencia de la Craneología*. Describe la primera cátedra de farmacia que inició en la botica del Hospital de Nuestra Señora del Rosario, en 1835. Su examen profesional ante la primera Junta de Sanidad el 8 de marzo de 1842 y el inicio de su primera cátedra de medicina el 1 de abril de 1842.

Señala el inicio del Colegio Civil el 15 de octubre de 1859 y la apertura al servicio público del Hospital Civil el 2 de mayo de 1860.

Esta primera parte es eminentemente histórica y autobiográfica.

En la segunda parte, trata las enfermedades de Monterrey, señalando que no existe evidencia documental previa a 1791. Describe algunas epidemias sufridas por la ciudad, buscando sus posibles causas físicas, detallando minuciosamente la relación del clima, el terreno y las aguas estancadas con las epidemias febriles locales; son detalladas las características clínicas de las tres grandes epidemias de cólera sufridas en la ciudad (1833, 1846, 1866), así como la de fiebre tifoidea y el tifo exantemático.

Esta segunda parte si bien es una obra histórica en cuanto a la narración cronológica de las diferentes epidemias, también podemos considerarla de Salud Pública, ya que describe los diversos factores causales de las mismas, así como la forma de evitarlos.

Concluye con una lista de médicos y farmacéuticos examinados en Monterrey antes del establecimiento de la Escuela de Medicina. Los catedráticos fundadores de la Escuela de Medicina a su inicio el 30 de octubre de 1859. Los médicos que se examinaron después del establecimiento de esta escuela, pero no procedentes de ella y la lista de los médicos y farmacéuticos formados en los 18 años cuando la escuela estuvo unida al Colegio Civil. Continúa con los médicos formados en la Escuela de Medicina posterior a su separación del Colegio Civil, hasta 1881.

Finalmente, con letra del Dr. Juan de Dios Treviño incluye el listado de Médicos formados hasta 1895.

BREVE RELACIÓN DEL ORIGEN, PROGRESO Y ESTADO ACTUAL DEL HOSPITAL CIVIL DE MONTERREY

En este documento, “Gonzalitos”, fiel a su metodología, hace una brillante y clara exposición de motivos por los que al haber cerrado el antiguo Hospital religioso de Nuestra Señora del Rosario, del que había sido director los últimos 19 años, se hacía necesario fundar un nuevo hospital. Describe sus paseos y reuniones con el Sr. Chantre de Catedral y Rector del Antiguo Hospital, Don José Antonio de la Garza Cantú, entre ambos localizaron el lugar ideal para instalarlo y los trámites pertinentes para llevar a cabo la obra. Menciona que a finales de febrero de 1860 se concluyó la primera sala y una cocina, y finalmente, el 1 de mayo de 1860, en compañía de sus dos colaboradores, el Dr. Ignacio Garza García y el Dr. Carlos Ayala Mier, abrió al servicio público con catorce enfermos, tres enfermeros, un cocinero y dos discípulos alumnos suyos del Colegio Civil, uno nombrado administrador y el otro practicante. Continúa describiendo la problemática económica para continuar la construcción y la forma cómo se fue subsanando, hasta la fecha de elaboración del documento en diciembre de 1864.

Este documento es la descripción original, realizada por el protagonista principal de la idea de construir el primer Hospital Civil de Monterrey, así como los detalles de la materialización de la tan magna obra.

En la obra histórica alusiva al campo de la medicina de “Gonzalitos”, se reúne el “triángulo de fuerzas” que según el Regiomontano Universal, Don Alfonso Reyes, no debe de faltar en toda obra histórica y que son: 1) Datos comprobados (documentos), 2) interpretación comprensiva (trabajo mental) y 3) buena forma artística (manifestación literaria, con cuidadoso equilibrio del conjunto y la gramática).

Es decir, a la colección de hechos sucedidos, los pasa por el tamiz de la mente, entendiendo las mutuas relaciones de antecendencia, concomitancia y consecuencia, y de determinación o su efecto en el sentir de la sociedad.

Por las contribuciones de “Gonzalitos” en: la enseñanza de la medicina y la farmacia con la fundación de la Escuela de Medicina; la asistencia, con el primer Hospital Civil; su labor especialmente con los más necesitados durante toda la vida, aún en su época de ceguera total y sus aportaciones en el estudio de los factores causales de las enfermedades endémicas y epidémicas, especialmente en lo relativo al saneamiento del ambiente, la higiene, la calidad del agua para consumo humano, así como las medidas preventivas propuestas por él a las autoridades de su época, hacen que lo consideremos el PIONERO EN LA ENSEÑANZA DE LA SALUD PÚBLICA DE NUESTRO ESTADO, así mismo, por su contribución al estudio de la historia de la medicina en tres grandes áreas: la historia de las ideas; la historia de los individuos y la historia de los hechos, es el parteaguas en el conocimiento de la historia de la medicina loco-regional, siendo quien determina el antes y el después. Por lo anterior, también lo considero el PIONERO EN EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA EN NUEVO LEÓN.

Por lo antes expuesto, en el bicentenario de su natalicio en febrero de 2013, considero que a nuestro homenajeado se le debe denominar: “EL PADRE DE LA MEDICINA DE NUEVO LEÓN”.



Excmo. Sr.



Habiendo dado cuenta al Consejo de Salubridad con la apreciable comunicación de V.C. en que se sirvió transcribir la del Excmo. Sr. Ministro de Gobernación en que manda se remita una noticia de los vacunados, y además pide un informe de las enfermedades endémicas que haya en este Departamento con expresión de sus causas y el modo de remediarlas, mandando V.C. al Consejo cruzar el informe que se pide, acordó, que por mi conducto se diga a V.C. como luego el honor de hacerlo, que aunque ahora se hay vacuna por que se estingio la que habia y la que se pidió a la Capital de la República aun no llega, pero que tan luego como talen ya y se comience a vacunar se remitirán a esta Secretaría las noticias que se pidan. Con cuanto a las enfermedades epidémicas diré a V.C. que se hecha una oposicion al estado sanitario del Departamento, se nota en que los pueblos del Norte son mas sanos que los del Sur y esto es debido a que están en mejor situacion y son mas ricos los gobiernos que los segundros, hence una ligera noticia acerca de los principales pueblos comarcanos por los del Norte. Marín, Salinas, Carrizosa, Villalobos y Lamparos son los lugares mas sanos del Departamento en ellos no hay endemias y aun las epidemias las hacen muy pocos estragos, el ultimo quido libro del terrible azote del cólera de 1849. Salinas es el inicio de los pueblos del nor-

GONZÁLEZ, José Eleuterio. Informe sobre epidemias y endemias en el estado de Nuevo León. Manuscrito localizado en el Archivo General del Estado de Nuevo León. Caja 1 "Salud" 1850 - 1866.

INFORME SOBRE EPIDEMIAS Y ENDEMIAS EN EL ESTADO DE NUEVO LEÓN

(SELLO DEL CONSEJO DE
SALUBRIDAD DE NUEVO LEÓN)

Excmo. Sr.

Habiendo dado cuenta al Consejo de Salubridad con la apreciable comunicación de V.E., que se sirvió transcribirme la del Excmo. Sr. Ministro de Gobernación, en que manda se remita cada trimestre una noticia de los vacunados y además pide un informe de las enfermedades endémicas que haya en este Departamento, con expresión de sus causas y el modo de remediarlas, mandando V.E. al Consejo evaluar el informe que se pide, acordó, que por mi conducto se diga a V.E., como tengo el honor de hacerlo, que aunque ahora no hay vacuna, porque se extinguió la que había, y la que se pidió a la capital de la República aun no llega; pero tan luego como la haya y se comience a vacunar, se remitirán a esa secretaria las noticias que se piden. En cuanto a las enfermedades endémicas, diré a V.E. que si se echa una ojeada sobre el estado sanitario del Departamento, se nota luego que los pueblos del norte son más sanos que los del sur, y esto es debido a que están mejor situados y son más secos los primeros que los segundos, haré una ligera reseña acerca de los principales pueblos comenzando por los del norte, Marín, Sabinas, Cerralvo, Villaldama y Lampazos, son los lugares más sanos del Departamento, en ellos no hay endemias y aun las epidemias les hacen muy pocos estragos, el último quedó libre del terrible azote del Cólera de 1849.

Sabinas es el único de los pueblos del norte que sufre mucho con enfermedades endémicas, por estar situado en un vacío y expuesto a inundaciones, porque el río a cuyas orillas está, se sale de Madre. Hace muy pocos años que una de estas inundaciones lo dejó casi arruinado. Solo se remediarían los males que sufre este pueblo mudándolo a la altura inmediata, donde gozaría mejor aire y no lo alcanzarían las inundaciones.

Pesquería Grande, en la actualidad Villa de García, es bastante sano; pero por no tener agua potable, los pueblos que no tengan comodidad para proporcionársela hacen uso de la del río o las acequias que es muy salobre y cargada de nitro, por lo que allí es muy común la diabetes. Este mal se remediaría proporcionándole las aguas potables que llegan del potrero, que son muy buenas y la obra sería de poco costo. Pasaremos ahora a los pueblos que componen la parte del sur del Departamento.

Cadereyta, Montemorelos y la Mota son muy sanos, están situados en terrenos montañosos, bajos, húmedos y cerrados de grandes labores de regadíos y ni en las poblaciones ni en sus haciendas hay policía. Estos pueblos sufren mucho con las endemias de calenturas otoñales, intermitentes, remitentes y continuas que puede decirse que

los diezman de cuando en cuando, sobre todo cuando las intermitentes toman el carácter pernicioso, en suma padecen las calenturas de los pantanos.

Las causas de los males de estos pueblos son bien manifestas y en parte remediables, convendría cuidar mucho que las aguas de las acequias no se escapen, como actualmente sucede y vayan a inundar los campos, a empantanar los caminos y convertir en lagunas los bajos; desecar las ciénagas abriendo tajos hacia los arroyos o ríos, retirando las labores de las inmediaciones de los pueblos, y establecer en ellos la policía de limpieza con la mayor escrupulosidad posible. Además en Cadereyta hay dos acequias que atraviesan la población de poniente a oriente, que mantienen el terreno muy húmedo, que están casi siempre sucias y pudriéndose en ellas restos de vegetales.

Ya otras veces han intentado las autoridades de aquella ciudad quitar estas aguas, mandando las acequias por fuera de la población; pero la insubordinación de los pobres que tienen pequeños solares que regar, han desvirtuado la disposición de aquel Ayuntamiento y ha subsistido el mal. Sería muy útil a aquel pueblo quitar las acequias, y que dentro de la Ciudad no se permitieran tener huertas de regadío. Guajuco, hoy Villa de Santiago, es bastante sano a pesar de estar en un valle estrecho entre grandes montañas, el aire estancado de que gozan solo produce bocios o paperas. Las calenturas de Cadereyta casi no llegan a este pueblo.

Linares está situado en un terreno abierto por todas partes, cerrado por ríos y muy ventilado, y a pesar de esto es uno de los lugares más insalubres y mortíferos que tiene el Departamento. Ningún pueblo está más cercado de grandes labores que este, pues están tan cerca que por todos rumbos, hacen calles con las últimas aceras de la ciudad. Las aguas de que se hacen uso en Linares están cargadas de sales calizas, y son muy pesadas e indigestas. El terreno es blando y flojo, tanto que las más pequeñas lluvias ponen las calles intransitables y deja en ellas y aun en los patios de las casas charcos que pronto pasan al estado de fangales, lo mismo con las aguas que se salen de las acequias.

La ciudad está como Cadereyta, atravesada de acequias que poco se limpian y dan origen a muchos miasmas que producen bastante humedad. No es extraño que en medio de estas circunstancias se desenvuelvan las enfermedades endémicas de los pantanos, así es que las calenturas en intermitentes y remitentes se vuelven perniciosas, las fiebres continuas, de diversos caracteres y aun la tifoidea se manifiestan casi todos los años y hacen furibundos estragos: sería necesario para hacer cesar estos males: 1º retirar las labores de la Ciudad, 2º proporcionarle las limpias aguas potables de Hualahuises, 3º nivelar y empedrar el pavimento de la Ciudad, incluyendo en esta medida los patios y corrales de las casas, 4º limpiar con frecuencia, o más bien quitar las acequias del centro de la Ciudad, 5º cuidar tanto dentro de la Ciudad como en las haciendas que la policía de limpieza se establezca y guarde con todo el rigor posible, sobre todo en cuanto a las aguas de las acequias, esto es que las tengan siempre muy limpias, y no dejen escapar las aguas por ningún pretexto.

Hualahuises es muy serio, goza de tan buen temperamento y buena agua y solo necesita policía.

Galeana es un pueblo situado casi sobre la sierra en un terreno muy alto, muy frío, lagunoso y escaso de agua potable, por consiguiente sólo ha menester traer agua abundante y buena, desecar las lagunas inmediatas y establecer la policía de limpieza, para liberarse de las calenturas endémicas que los diezman, y que en el año 52 acabaron familias enteras.

Concepción, hoy Dr. Arroyo, y los demás pueblos que lindan con el Departamento de San Luis son bastante sanos.

Solo nos resta hablar de la Capital y de ella diré: que en ninguna parte se hacen más palpables los efectos de la buena policía y del empleado de los medios de higiene pública, que en esta ciudad.

Hasta el principio de este siglo era Monterrey tan mal sano, tan plagado de calenturas y tan mortífero como hoy es Linares, pero el ilustrísimo Sr. Marín haciendo aún cortar la acequia de las labores, desaguó las dos grandes presas que había, y retirado por este medio la humedad se mejoró la Salubridad. Más después el Sr. General D. Joaquín de Arredondo hizo empedrar las calles y comenzó a establecer la buena policía, y en el estado sanitario avanzó más. Luego el muy I. Ayuntamiento y la Junta Departamental, quitaron las aguas de los caños que regaba las huertas contiguas a las casas, limitando el regadío de las quintas que están al poniente de la ciudad, y al nuevo pueblo que está al norte, esta sabia providencia puso al estado sanitario de la ciudad en el estado razonable en que hoy se halla. Las endemias y aun las epidemias hacen pocos estragos en las orillas y casi ninguno en el centro de la población. La parte más enferma es la del norte por que aun no tiene empedrados, porque aún le quedan algunos pantanitos en el arroyo de la presa, porque aún conserva regadíos y no cuidan bien las acequias, y por la putrefacción que producen las tenerías. Tres endemias de calenturas otoñales he visto en veinte años en esta ciudad y la epidemia del Cólera Morbus en 1849, y siempre he visto infestarse los barrios del norte y queda casi libre la parte del sur que es el centro de la ciudad. En el año de 1844, siendo prefecto D. José Ma. García mandó hacer la lista de los endemiados que había y resultaron un poco más de mil, de los cuales solo había cincuenta en el centro de la población, los demás en los barrios que están al norte y en el de las quintas que está al poniente.

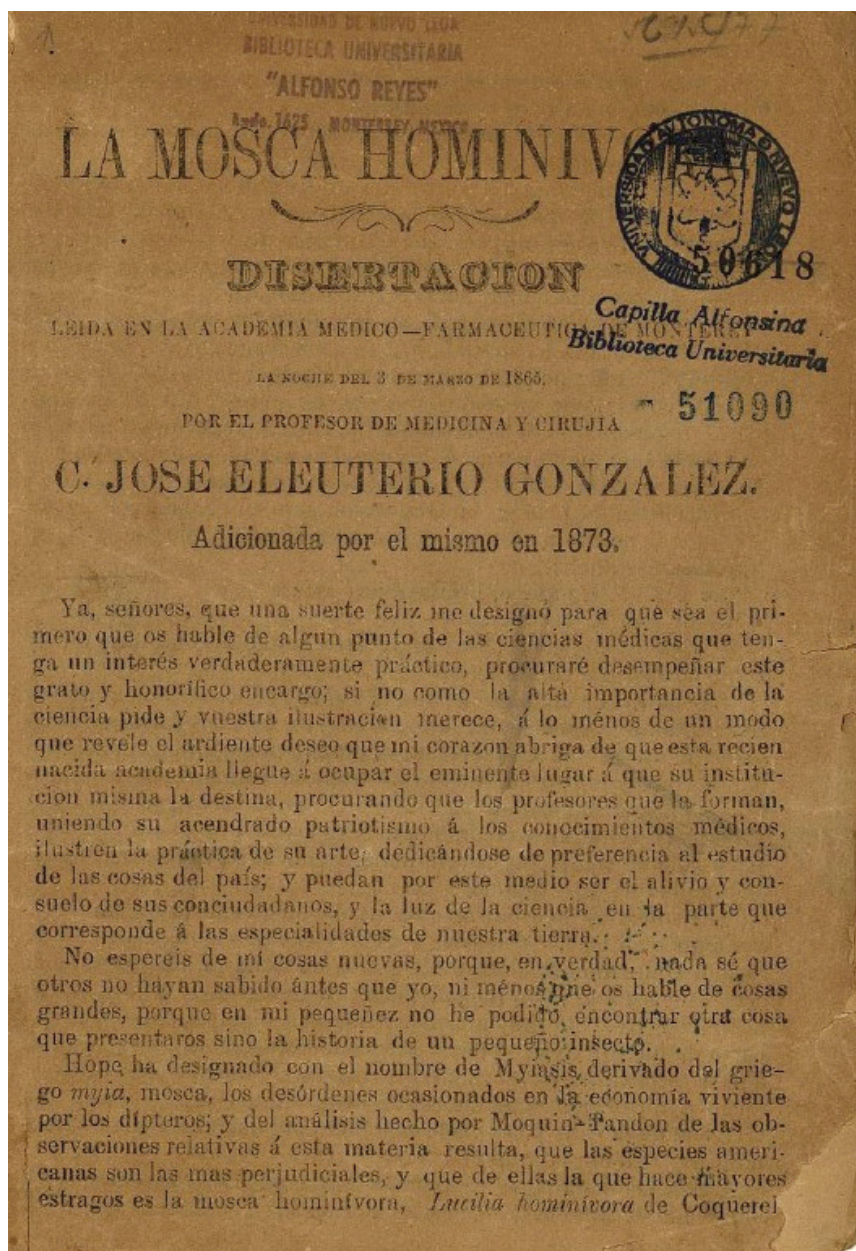
Reinando en la ciudad una enfermedad cualquiera endémica o epidémica, se nota bien que todo su estrago lo hace siguiendo la dirección de las aguas, desde los puentes hasta el barrio de la muralla, dejando casi libre la parte más poblada de la ciudad a pesar de ser la más baja, pero que es la más limpia y la más seca. Yo creo que toda la ciudad será igualmente sana cuando los beneficios que goza la parte del sur, se hagan extensivos a toda la población, es decir que el remedio es seguir el plan que VE tan sabiamente ha puesto en práctica, que consiste en desecar los pequeños pantanos que hay en el arroyo, de la Presa desde el callejón de los Arquitos hasta las tenerías, en extender hasta donde sea posible los empedrados, y en establecer la buena policía de limpieza, con todo el esmero posible y hacer que cumplan exactamente.

De todo lo dicho se ve claramente Sr. Excmo., que la mayor parte de los males que sufre el Departamento en el orden sanitario, son muy remediables y a muy poco costo. Darles agua potable en abundancia a los que carecen de este precioso elemento de vida, desecar las lagunas y pantanos que hay en algunas partes e impedir se formen otros, cuidando de que las aguas de las acequias no se salgan, y sobre todo los buenos reglamentos de policía urbana y rural, fielmente observados en los campos y las poblaciones, serán los medios bastantes a remediar, si no en todo, a lo menos en la mayor parte los males que actualmente sufre el Departamento.

Dios y Libertad Monterrey a 5 de abril de 1854

J. Eleuterio González
Vicepresidente

Excmo. Sr. Gobernador y Comandante General de este Departamento.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *La mosca Homnívora disertación leída en la Academia Medico farmacéutica de Monterrey la noche del 3 de marzo de 1865 por el profesor de Medicina y Cirugía C. José Eleuterio González. Adicionada por él mismo en 1873.* Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1873. 13 pp. 21 cm.

LA MOSCA HOMINÍVORA DISERTACIÓN

Ya, señores, que una suerte feliz me designó para que sea el primero que os hable de algún punto de las ciencias médicas que tenga un interés verdaderamente práctico, procuraré desempeñar este grato y honorífico encargo; si no como la alta importancia de la ciencia pide y vuestra ilustración merece, a lo menos de un modo que revele el ardiente deseo que mi corazón abriga de que esta recién nacida academia llegue a ocupar el eminente lugar a que su institución misma la destina, procurando que los profesores que la forman, uniendo su acendrado patriotismo a los conocimientos médicos, ilustren la práctica de su arte, dedicándose de preferencia al estudio de las cosas del país; y puedan por este medio ser el alivio y consuelo de sus conciudadanos, y la luz de la ciencia en la parte que corresponde a las especialidades de nuestra tierra.

No esperéis de mí cosas nuevas, porque en verdad, nada sé que otros no hayan sabido antes que yo, ni menos que os hable de cosas grandes, porque en mi pequeñez no he podido encontrar otra cosa que presentaros sino la historia de un pequeño insecto.

Hope ha designado con el nombre de Myiasis derivado del griego *myia*, mosca, los desórdenes ocasionados en la economía viviente por los dípteros; y del análisis hecho por Moquin-Tandon de las observaciones relativas a esta materia resulta, que las especies americanas son las más perjudiciales, y que de ellas la que hace mayores estragos es la mosca hominívora, *Lucilia hominívora* de Coquerel. Esta, pues, será el objeto del presente escrito, que aunque diminuto e imperfecto, me atrevo a presentaros.

Coquerel que estudió este terrible díptero en Cayena, lo describe de la manera siguiente:

"*Lucilia hominívora*. Tiene 9mm. de longitud, ojos muy aproximados hacia atrás, palpas leonadas, cabeza muy grande, cara con dos mejillas de color amarillo dorado,

tórax azul oscuro, abdomen del color del tórax con rayas de púrpura, patas negras, alas transparentes un poco ahumadas, sobre todo en la base."

"Su larva tiene 15 mm. de larga, es cilíndrica, adelgazada hacia adelante, truncada hacia atrás, de un color blanco opaco, tiene once segmentos, cada uno guarnecido en su borde inferior de un rodete saliente cubierto de pequeños ganchos espinosos. En los tres primeros segmentos el reborde ofrece la misma anchura en todos los puntos de su circunferencia y los ganchos lo cubren uniformemente sin dejar espacio vacío. En los siguientes se encuentra la misma disposición, sobre todo en la cara dorsal, pero en el abdomen el rodete se divide en dos partes que dejan entre sí un espacio listo, y la superior es la más ancha."

"Su pupa es cilíndrica, bruno-rojiza oscura."

"Habita en la Guayana."

Yo añadiré que esta mosca es ovípara, y que al volar hace oír un zumbido fuerte y continuo.

"Las larvas de esta especie, dice Moquin-Tandon, se desenvuelven con bastante frecuencia, en la Guayana, en las fosas nasales y en los senos frontales. M. Coquerel ha observado una cantidad considerable de ellas en un presidiario, que acarrearón la muerte a este desgraciado. El Dr. Saint-Pair ha visto seis casos análogos. (1855 y 1856.) Tres enfermos sucumbieron después de crueles sufrimientos, dos perdieron completamente la nariz, y uno se salvó con una ligera deformidad de este órgano."

"Los enfermos no experimentan desde luego más que un ligero hormigueo en las fosas nasales. Sobreviene en seguida dolor de cabeza, después una hinchazón edematosa de la nariz, que se extiende más o menos a la cara, luego epistaxis abundantes, un dolor suborbitario muy vivo, que los enfermos comparan a golpes dados con una barra de hierro. Se ven nacer ulceraciones sobre la nariz, por las que se escapan un cierto número de larvas. Síntomas generales indican una reacción inflamatoria de las más intensas, seguida de una erisipela de la cara y del cuero cabelludo, algunas veces viene la meningitis, y en fin, la muerte."

A esta fiel descripción solo añadiré, que en los casos que yo he observado, el síntoma que más molestaba a mis enfermos era el insomnio. El continuo movimiento de los gusanos no les dejaba un momento de reposo y los ponía en un estado tal de angustia, que me hacía recordar aquella sentida lamentación del Santo Job: *"De noche mis huesos son taladrados de dolores, y los que me comen no duermen."*

"En uno de los casos recogidos por Saint-Pair, continúa diciendo Moquin-Tandon, se hicieron salir más de trescientas larvas con el auxilio de las inyecciones; pero fue imposible expulsarlas todas. Se las vio muy pronto invadir el globo ocular y serpentear entre los párpados, de éstos en inferior gangrenado cayó en colgajos. El borde de la órbita quedó desnudo. Los gusanos invadieron la boca, corroyeron las encías, y desnudaron el maxilar superior. El enfermo murió a los 17 días después de su entrada al hospital."

"Otro individuo, tratado en el servicio de M. Chapuis, no vivió más de tres o cuatro días. Más de cien larvas se habían desenvuelto en sus fosas nasales y en su faringe. Las mucosas de estas cavidades no presentaron en la autopsia, sino una masa de carne podrida y una papilla infecta y negruzca."

Ved una tercera observación, recogida en el hospital de Cayena: "El transportado Lasson, de edad 39 años se presentó el 18 de Octubre, ofreciendo los síntomas de una angina inflamatoria muy aguda. El 20 la respiración era muy difícil y la deglución muy penosa. Se formó una mancha gangrenosa en el velo del paladar,

y un líquido fétido se escurre de la boca y de la nariz. Hay mucha fiebre, pero sin dolor de cabeza, y la inteligencia está intacta. En la tarde del mismo día la escara gangrenosa se desprende y deja salir treinta larvas, además se logró sacar otras cuarenta. El 21 la piel que cubre la nariz presentó un color lívido, en su base se vio un tumor blando y fluctuante, se practicó en él una incisión y salieron treinta gusanos. El 22 se extrajeron veinte larvas del lóbulo de la nariz. Por todo han salido ciento veinte larvas. La tarde del mismo día el enfermo muere. Tuvo durante la noche un poco de delirio y, cosa notable conservó hasta el fin su conocimiento. No acusó ningún dolor, y no se quejó sino de grande dificultad de respirar. En la autopsia se halló la faringe y las fosas nasales, no formando más que una papilla infecta; los huesos de la nariz necrocificados, y la mayor parte de los cartílagos de la nariz destruidos. (Chapuis.)”

Al escuchar, Señores, la desastrosa historia de este tan perjudicial insecto ¿no sentís el enorme peso de la miseria que agobia a la desgraciada humanidad? ¿Como si no bastaran las innumerables desdichas que tiene que sufrir! ¡Parece que su fatal destino le suscita adversarios hasta entre los seres más abyectos y despreciables! Pues para más fijaros en esta triste consideración os diré, que este encarnizado enemigo, esta mosca devoradora de hombres, no sólo habita en Cayena, sino que también vive entre nosotros, y que aquí y allá hace iguales estragos. Además no dudo que si la hay en Monterrey y en Guayana, debe haberla también en las regiones intermediarias.

Muchos años ha que hemos visto esas enormes gusaneras que rápidamente destruyen las narices y la faringe. Hará también como veinte años que nuestro apreciable com-profesor el Sr. Tamés, curó a una Señora atacada de esta Myiasis, en la Villa de Santiago, y esta enferma, que aun vive, se libró después de haber arrojado una enorme multitud de larvas, perdiendo el velo del paladar, y quedando con una grande alteración de voz. Yo vi en el año de 1848 en la misma Villa, morir a una mujer con una destrucción casi total de la cara, y en cuyas fosas nasales se alojaba un número grandísimo de gusanos. En el mismo año me encontré en la hacienda de los Rodríguez, jurisdicción de la repetida Villa, dos hombres a quienes faltaban las narices; y preguntándoles cómo las habían perdido, me contestó el más joven señalándome a otro: “*A mi tío y a mí nos las comieron los gusanos*”.

Después de esta época he podido recoger quince observaciones de este género, y de los sujetos de ella murieron seis, cuatro quedaron con la nariz más o menos destruida, y gangosos, y los cinco restantes quedaron perfectamente sanos. De estas observaciones sólo os referiré dos, que a mi juicio tienen más interés; la una que da alguna luz sobre el modo con que se introduce la mosca, el periodo de incubación de sus huevos y su prodigiosa fecundidad; y la otra que me dio el medio para estudiar y clasificar el insecto perfecto, porque las larvas, sacadas con fuerza, y antes de su madurez, morían antes de sufrir la última metamorfosis.

Primera observación.- P. M. de 26 años de edad, entró al hospital el martes 28 de agosto de 1849.

Conmemorativo.- El enfermo dice: que el domingo hizo quince días (es decir, el 12), estando parado en una esquina, cerca del río, sintió revolotear, al rededor de su cabeza una mosca que zumbaba muy recio y que procuró espantarla; pero que al fin se le metió con *mucha fuerza* en la nariz derecha, que esto le hizo estornudar y toser hasta que la echó envuelta en moco, que la mosca era *del color de las pistolas pavonadas*; y que desde entonces le quedó en la nariz una comezón y un hormigueo

que creyó se le quitaría pronto; que así anduvo quince días, aumentándose algo la comezón, y a veces con dolor: que el domingo último (es decir, el día 26), amaneció con dolor de cabeza y calentura, sin haber dormido por la comezón y el dolor de las narices; que el lunes estuvo lo mismo, y que anoche, creyendo que sería catarro constipado, se escarbó la nariz con un papelito retorcido hasta estornudar, y que entonces arrojó unos gusanos blancos y gordos; que no los contó porque luego los mataron y los barrieron, pero que serían como una docena; y que al fin *lo que lo está matando es la falta de reposo*.

Estado actual.- Calentura, cefalalgia muy intensa, dolor de garganta, mucha sed, cara vultuosa, ojos lagrimosos, nariz abultada sin alteración en el color, escurre por boca y narices un líquido sanioso. Examinadas las fosas nasales a buena luz logré ver algunas larvas que se movían entre las mucosidades sanguinolentas. Con el auxilio de unas pinzas y unas inyecciones de agua tibia, extraje diez y siete gusanos.

Prescripción.- Dieta, agua de cebada con jarabe de goma, inyecciones tibias de cocimiento de malvas cada dos horas.

En la tarde del mismo día el estado es el mismo; el enfermo ha recogido veinte y dos larvas que salieron con las inyecciones. El enfermo no ha defecado. La misma prescripción de la mañana y una lavativa emoliente.

Día 29.- El mismo estado, han salido cuarenta y cinco gusanos en la noche y el enfermo no ha dormido. Le hice en las dos narices inyecciones con un cocimiento de raíz de cebadilla, en proporción de una dracma de raíz por libra de agua, que le hizo estornudar mucho y arrojar mucosidades, cuarenta y seis larvas, y al fin cosa de seis onzas de sangre pura. Hice entonces otras inyecciones frías con agua aluminosa, en proporción de una dracma de alumbre por media libra de agua, y la hemorragia cesó.

Prescripción.- La misma de ayer menos las inyecciones.

En la tarde del mismo día.- El enfermo ha dormido dos horas, el dolor y la comezón han disminuido, no han salido gusanos ni sangre. La misma prescripción de la mañana.

Día 30.- El enfermo ha pasado buena noche, ha dormido, ha sudado mucho, no hay calentura, el dolor de las narices ha desaparecido, sólo queda la cefalalgia y el lagrimeo.

Prescripción.- Atole y agua de cebada.

En la tarde.- El enfermo está mejor, no han vuelto a salir ni a sentirse los gusanos; dice que ayer tragó algunos con las inyecciones y que hoy los arrojó en una cámara: que eran cuatro y los recogió y los presenta. Por todos salieron ciento treinta y cuatro, sin contar los que arrojó en su casa.

Prescripción.- La misma.

Día 31.- El enfermo está casi bueno, sólo tiene muy poco dolor de cabeza, languidez y hambre.

Prescripción.- Caldo, atole, té y agua pura.

En los días 1º, 2 y 3 de Setiembre, siguió cada vez mejor, y el 4 salió del hospital sin defecto alguno.

Segunda observación.- El 2 de abril de 1863, fui llamado para ver al niño E. D. de siete años de edad, que había sido traído de la villa de China a curarse de una gusanera en la nariz.

Conmemorativo.- La madre del niño dice: que hace ocho días que éste se enfermó

de calentura, dolor de cabeza y basca; que al tercer día comenzaron a salir de las narices unos gusanos blancos muy grandes, y alarmada por esto dispuso traerlo a curar aquí, que ha hecho tres días de camino, y en ellos han salido gusanos de uno en uno; que los primeros veinte que salieron los puso en un cajita de madera para traérmelos; que todavía esta mañana arrojó cinco, y que por todos han sido ochenta y tres.

Estado actual.- El niño está bueno, come, duerme y juega como siempre. Examinadas las narices a buena luz, sólo se ven algunas erosiones ligeras que han sido untadas con aceite de almendras.

En los días siguientes estuvo bueno y no volvió a arrojar larvas.

En estos dos casos no cabe duda de que el buen éxito se debió a que los enfermos pudieron desembarazarse rápidamente de sus peligrosos huéspedes, antes de que destruyeran la mucosa.

Las larvas recogidas en la cajita estaban secas por encima y encogidas, es decir, en estado de pupas o crisálidas: a los veinte días de su salida de la nariz, una criada por curiosidad abrió la caja y se escaparon volando algunas moscas, la cerró inmediatamente y no dejó salir a las demás; de estas logré recoger tres individuos, cuyos cadáveres tengo la gratísima satisfacción de presentarlos, para que podáis examinarlos y convenceros que tiene todos los caracteres de la *Lucilia hominívora* de Coquerel.

Respecto al tratamiento que conviene de esta Myiasis ¿Qué podré decir que no esté al alcance de vuestra penetración? Desde luego que la primera indicación que se presenta es hacer salir los gusanos antes que destruyan órganos que no es posible reponer y cuya pérdida puede muy bien ocasionar la muerte. ¿Pero de qué manera podrá conseguirse esto? Los medicamentos insecticidas tienen el inconveniente de dejar los animales muertos en las fosas nasales y dar origen a una corrupción peligrosa, además de que su acción sobre los tejidos no es inocua. La cebadilla, que es insecticida y estornutatoria, es verdad que hace salir los gusanos vivos o muertos, pero expone mucho a las hemorragias, por lo que sólo puede usarse muy al principio del mal, antes que las larvas hayan destruido la mucosa y abierto vasos de mediano calibre, porque entonces las hemorragias con los estornudos se harían incoercibles. Yo prefiero en el mayor número de los casos las pinzas y las inyecciones de agua tibia, con cuyos medios y paciencia se logra sacar una gran cantidad de gusanos, el alcanfor no los mata y hace salir algunos, arde mucho y aumenta el calor de las narices. Las úlceras que dejan las larvas después de su salida cicatrizan pronto, si no hay huesos desnudos, pues en este caso no se cierran hasta que se eliminan. Es por demás decir que los síntomas generales reclaman la medicina sintomática, y que mientras no salgan los gusanos, son por lo regular indomables. Las hemorragias sólo pueden combatirse con los refrigerantes y los astringentes. El taponamiento está del todo contra-indicado, porque no haría más que encerrar al enemigo para que destruyera más y con más rapidez. Cuando la destrucción es demasiado grande o muy profunda o sobreviene la meningitis o muy grandes hemorragias, entonces la muerte no se hace esperar por mucho tiempo.

En el caso, bastante raro por desgracia, en que se siente la introducción de la mosca, como en el enfermo de mi primera observación, si el paciente implorara los socorros del arte desde los primeros días antes del desarrollo de las larvas, creo que sería el tiempo de usar con franqueza de la cebadilla como errino insecticida,

porque entonces no son tan terribles la putrefacción y las hemorragias, y tal vez se lograría arrojar o exterminar los huevos o los gusanitos aun muy pequeños y librar por este medio al enfermo de grandes padecimientos y de un gravísimo peligro; pero por lo regular la introducción del insecto no es sentida, y los pacientes no recurren al médico hasta que la fiebre, los dolores o la salida de los gusanos los obligan a hacerlo, y entonces la destrucción ha comenzado y es riesgo es de los más grandes.

Esto es, Señores, todo lo que puedo decir acerca del insecto del que me propuse hablar. Recibid este mal limado trabajo como una muestra de mi deseo de cumplir el deber que contrahe; y si fuese de vuestro agrado, daré por bien empleada mi tarea.

Ocho años han transcurrido después de escrito lo que antecede, en ellos he visto muchos casos de myiasis de la hominívora, y he ensayado diversos remedios. De estos los que mejores resultados han producido son, como insecticidas, el cloroformo y la cebadilla y, como hemostático y antiséptico, el acetato de alúmina. Las larvas expuestas a las emanaciones del cloroformo mueren en diez segundos, y a las que se les echa un poco de cocimiento de cebadilla, perecen como en un minuto después: con el agua fría se encogen, se entumecen y ruedan fácilmente; la solución de acetato de alúmina es poderoso astringente y quita el mal olor más pronto y por más tiempo que el cloro. De estas cosas se puede sacar partida en la curación de tan terrible mal, obrando con prudencia y constancia. Toda la felicidad consiste en comenzar la curación al principio del accidente, antes que las larvas crezcan y caminen a lo más profundo de las cavidades, en donde no es fácil alcanzarlas ni aun con las inhalaciones clorofórmicas; porque atrincheradas tras de las mocosidades y cuajarones de sangre nada puede llegarles. Es muy notable el caso de un soldado invalido que ha sufrido ya tres veces esta terrible enfermedad verminosa: la primera vez que vio a la muerte sufrió gran destrucción, arrojó más de cuatrocientas larvas y, al fin tuvo la oportunidad de escapar con vida; pero en las dos veces ultimas, como ya conocía el mal, apenas sintió el hormigueo, el ardor y la comezón interior y profunda, bien conocida por él, acudió al hospital, y convenientemente tratado, arrojó en los primeros días una multitud de pequeñas larvas muertas y vivas, y en poco tiempo la curación fue perfecta. Es de advertir que este soldado es borracho y suele quedarse tirado en la calle sin sentido y a disposición de una nube de moscas.

Entre las muchas observaciones recogidas por mis discípulos insertaré aquí la más reciente. Es del profesor Hinojosa, quien tuvo la bondad de remitírmela con las ciento y tantas moscas que de ellas recogió. Me parece muy interesante y dice así:

OBSERVACIÓN DE UN CASO DE INVASIÓN DE LA MOSCA HOMINÍVORA

"25 de Junio de 1873.- T.T. de 45 años de edad, de temperamento linfático, de oficio sastré, vino a consultarme y dice: que el 22 de este mes viniendo por la calle del Teatro sintió un golpe en la ala de la nariz derecha, que le pareció que una mosca le había dado un tope: que entonces se acordó que hay moscas que echan gusanos en las narices y que le dio miedo; que se fue a su casa, que se titiló las narices para estornudar y hizo sorbetorios de agua fría; y con el moco que arrojó nada hubiera

que le llamara la atención se tranquilizó; que en los días 23 y 24 nada sintió, hasta anoche que comenzó a sentir una comezón molesta que no lo dejó dormir y que le ha salido *aguadija sangrosa* que ahora siente mucho ardor, que la comezón ha aumentado; y que le *parece que le anden los animales y le pican*.

Examinada la nariz a buena luz nada pude ver que me revelara la existencia de larvas; mas como puede ser muy bien que se trate en este caso de una invasión de la mosca hominívora, y la prescripción que pensé hacerle no es peligrosa, procedí desde luego a hacerle tomar inhalaciones de cloroformo repetidas cada hora sin que llegaran a producir la anestesia, y le mandé hacer inyecciones de cocimiento de cebadilla.

Día 26.- El enfermo pasó mala noche, la nariz está hinchada y algo roja, la hinchazón se extiende a la mejilla derecha, y a los párpados del mismo lado, han salido 13 larvas, el mayor número pequeñas, muchas muertas y pocas de ellas vivas, no hay reacción febril, el escurrimiento de la nariz es fétido y abundante. No cabe ya duda sobre la naturaleza del mal. Le hice la misma prescripción del día anterior, y le mandé estar a dieta de puro atole.

Día 27.- Muy mala noche, la inflamación ha hecho progresos, han salido 117 larvas la mayor parte muertas, muchas de ellas pequeñas, el enfermo dice: "*Los gusanos me están comiendo vivo*". Prescripción: cocimiento de cebadilla una libra, Kreosote una dracma, mézclese. Ítem. Agua de gondron una libra, espíritu de trementina una dracma, mézclese. Mandé hacer estas inyecciones alternativamente, y que se siguieran haciendo las inhalaciones de cloroformo, como antes. Dieta, atole.

Día 28.- Mala noche, no han salido larvas, mejilla abultada, párpados derechos tan hinchados que es imposible separarlos, escurrimiento abundante, no hay calentura ni dolor de cabeza, la frente cerca de la raíz de la nariz está también hinchada. Prescripción: la misma del día anterior, y además fomentaciones de cocimiento de flor de sauco.

Día 29.- Muy mala noche, cara muy hinchada, piel de la mejilla y de los párpados muy tirantes, no han salido larvas, ha habido una pequeña hemorragia, mucha fetidez, escurrimiento abundante, las inyecciones de agua con Kreosote y las inhalaciones de cloroformo le arden mucho. Prescripción: inyecciones abundantes de agua fría, de agua fenicada y de cocimiento de malvas alternativamente y fomentaciones a la cara de cocimiento de flor de sauco. Dieta, atole.

Día 30.- El mismo estado del día anterior, y además inflamación de la garganta, salivas sanguinolentas, dificultad de tragar, pude sacar con las pinzas 20 larvas de la nariz casi en perfecto estado de desarrollo. Prescripción: la misma del día anterior. Dejé en la casa las pinzas para que sacaran las larvas que se pudieran.

Día 1º de Julio.- El mismo estado de ayer, cerca del lagrimal del ojo derecho y bajo el párpado inferior se perciben gusanos debajo de la piel, hice una pequeña incisión y por ella extraje muchas larvas en perfecto desarrollo, por la nariz salieron en gran número, de modo que en todo el día se recogieron 93, las cuales coloqué en una caja de cartón de una cuarta de largo con tapa de vidrio. Prescripción: la misma del día anterior.

Día 2.- Mejor noche, el enfermo durmió algo, han salido gusanos por la incisión hecha ayer, por una horadación que ellos hicieron en el dorso de la nariz y por la abertura natural de este órgano. El mismo tratamiento, se han recogido hoy cincuenta y cuatro larvas, de las cuales treinta y dos se pusieron en la caja en que están las de ayer de modo que son 125.

Día 3.– El mismo estado del día anterior, noté movimiento de gusanos bajo la piel del párpado superior derecho; hice una incisión y saqué algunas larvas, también pudieron sacarse muchas de las otras aberturas y por la ventana de la nariz, en este día se recogieron 115. El agua que se inyecta por la nariz sale por todas las aberturas. Prescripción: la misma del día anterior.

Día 4.– Alivio notable, buena noche, inflamación muy disminuida, dice que siente *algunas mordidas de los gusanos*, de los cuales sólo han salido hoy seis. Prescripción: la misma del día anterior. Dieta: caldo, sopa y atole.

Días 5 y 6. – Nada de notable sino el alivio creciente.

Día 7.– Sigue el alivio, no han salido larvas, supuración abundante, el enfermo abre el ojo, pero dice que no ve con él, el globo ocular está desviado hacia afuera, como si la inserción del músculo recto interno estuviera destruida, han salido dos pequeñas láminas huesosas. Prescripción: inyecciones de cocimiento de quina.

Día 8.– Muy aliviado amaneció el enfermo, se levantó, las aberturas comienzan a cicatrizar. Prescripción: la del día anterior, además un pedazo de pollo.

Día 9.– Todo como ayer. Las 125 larvas que se depositaron en la caja los días 1º. y dos de este mes, fueron desde entonces colocadas en un cuarto bien ventilado, la temperatura es muy caliente (30º t. c.), habiendo hecho en la caja unos agujeritos con una lezna para que se renovara el aire. Las larvas no maduras son blancas, las bien maduras son amarillas rojizas. Las que están en la caja como a las tres horas comenzaron a encogerse y a secarse su piel, pasando del amarillo rojizo al morado y más tarde al negro; a las 30 horas estaban ya bien secas, es decir, estaban ya en estado de pupas. Hoy día 9 se abrieron algunas pupas por la extremidad cefálica y de ellas salieron moscas pardo descoloridas, mojadas y con las alas pegadas al abdomen, salieron andando y como saltando, comenzaron por limpiarse la cara con las patas delanteras, después se limpiaron todo el cuerpo, y por fin, despegaron con gran cuidado las alas, y estuvieron aptas al vuelo, comenzaron a tomar un color entre verde y azul y a adquirir el brillo metálico, hasta el tercer día llegaron a tener el hermoso color azul que les es propio.

Día 10.– El enfermo está cada vez mejor. Prescripción, la misma del día anterior. Hoy han nacido la mayor parte de las pupas de la caja, moscas iguales a las de ayer.

Día 11. – El enfermo está bien. Hoy nacieron las últimas moscas.

Días 12, 13, 14 y 15. – El enfermo está en convalecencia. Han muerto algunas moscas de hambre, las demás vuelan buscando salida. Introducidas unas gotas de cloroformo por uno de los agujeros de la caja, las moscas se alborotaron volando y zumbando terriblemente, haciendo maromas y comenzando a caer muertas con las alas fuertemente echadas hacia abajo y hacia adelante. Se sacaron de la caja 113 moscas muertas y 12 pupas que no han producido nada.

Día 19. – El enfermo está bueno. El ojo fuertemente desviado hacia afuera, la córnea limpia, el iris poco movable, nada ve. Ha quedado una amaurosis. La nariz quedó hundida y en el dorso una cicatriz algo plegada. Las pupas que se sacaron de la caja el día 15 permanecen en el mismo estado, sin duda están muertas.

Monterrey, Julio 20 de 1873 –*Tomás Hinojosa*

No es fácil creer que en el sujeto de esta observación el simple *tope* que dice que le dio la mosca en la ala de la nariz, fuera bastante para dejarle más de cuatrocientas larvas en las fosas nasales: es más fácil pensar que este hombre había dormido de día expuesto a la luz y por consiguiente a disposición de las moscas, y que le entrarían y saldrían algunas de ellas. No ha mucho tiempo que vi morir, engusanadas las

narices, a una señora de más de 80 años, que viviendo junto a una carnicería a la que acudían millares de moscas, tenía la costumbre en los meses de calor de dormir siesta frente a una ventana abierta y a toda luz. Sin cuidarse de las moscas que en grandísimo número la circundaban.

No conozco más remedio de preservarse de tan dañino insecto que huir de él: no dormir de día expuesto a la luz y retirarse pronto de los lugares que abundan en moscas, porque la hominívora comúnmente anda con las domésticas.

Cuando se sienta en lo profundo de las fosas nasales hormigueo, comezón y ardor es conveniente hacer pequeñas y repetidas inhalaciones de cloroformo, e inyecciones después con un cocimiento de cebadilla frío.

Monterrey, Julio 25 de 1873.

J. E. G.

Breve relacion del origen, progreso y estado actual del Hospital
Civil de Monterrey. — Desde que por desgracia se extinguí
el antiguo Hospital de Nuestra Señora del Rosario, se
faltó el bien sentir de una manera bien clara. Ha
aunque todos conocían la necesidad que había de un asil
para la clase menesterosa, afligida por los males finis
ninguno podía elevarse tan plenamente a este conve
niente como yo que habiendo sido Director del ex
tinguido establecimiento por diez y nueve años continu
en todo ese tiempo se acunbraron los enfermos devalis
a recurrir a mí en sus necesidades, de tal modo que
aunque ya no había Hospital, se me hacían presente
según su costumbre, para que los medicase y curase
de la mejor manera posible. Por otra parte los heride
no se curaban debidamente, con gravísimo perjuicio de la
santa administración de justicia y los pobres enfermos pa
cian en sus miserabilidades calamitosas. Detestaba de veras
Yo vía todo esto y consideraba que el único modo de res
medir tantas males era fundar un Hospital. Tenía
mucho pensó en la manera de conseguirlo, pero queriendo
yo solo hacerlo por la pequeña de mis recursos, hablé
con algunas personas acaudaladas, que en su posición
aditivamente en estas beneficencias corporales pero juzgaron que
era una delirio, y que en tiempos tan calamitosos y se
nuevos era de todo punto imposible la realización de
mi pensamiento. Por fortuna no me desaliento con esto
y confesé entonces mi negocio con el mejor de mis
amigos, el Sr. Don Charar Don Toribio Antonio de la Garza
Cantón hombre bien conocido por sus ilustraciones y

GONZÁLEZ, José Eleuterio. Breve relación del origen, progreso y estado actual del Hospital Civil de Monterrey. Localizado en el Archivo General de Estado de Nuevo León, Caja 1 "Hospital González" 1824 - 1893.

“IMPERIO MEXICANO, SECRETARÍA DE LA PREFECTURA SUPERIOR POLÍTICA DEL DEPARTAMENTO DE NUEVO LEÓN”

BREVE RELACIÓN DEL ORIGEN, PROGRESO Y ESTADO ACTUAL DEL HOSPITAL CIVIL DE MONTERREY

Desde que por desgracia se extinguió el antiguo Hospital de Nuestra Señora del Rosario, su falta se hizo sentir de una manera bien clara. Mas aunque todos conocían la necesidad que había de un asilo para la clase menesterosa afligida por los males físicos, ninguno podrá elevarse tan plenamente a este conocimiento como yo, que habiendo sido director del extinguido establecimiento por diez y nueve años continuos, en todo ese tiempo se acostumbraron los enfermos desvalidos a recurrir a mí en sus necesidades, de tal modo, que aunque ya no había hospital, se me hacían presentes según su costumbre, para que los medicinare y asistiere de la mejor manera posible. Por otra parte los heridos no se asistían debidamente con gravísimo perjuicio de la recta administración de la Justicia, y los presos enfermos yacían en sus miserabilísimos calabozos destituidos de socorro.

Yo veía todo esto y consideraba que el único modo de remediar tantos males era fundar un hospital. Seriamente pensé en la manera de verificarlo, y no pudiendo yo solo hacerlo, por la pequeñez de mis recursos, hablé con algunas personas acaudaladas que creí podrían auxiliarme en esta benéfica empresa, pero era del todo punto imposible la realización de mi pensamiento. Por fortuna no me desalenté con esto y conferí entonces mi negocio con el mejor de mis amigos, el señor Chantre Don José

Antonio de la Garza Cantú, hombre bien conocido por su ilustración y prudencia, no menos por su probidad y buen corazón, quien por su habitual cordura y juzgando que nunca es malo el tiempo para hacer el bien, me animó prometiéndome asociarse conmigo para emprender la obra de que le hablaba, e impartirme sus auxilios hasta donde le fuera dable, diciéndome que yo como vicepresidente del Consejo de Salubridad podía y debía promover la erección de un hospital, que todo el trabajo sería establecerlo y que después el gobierno; viéndolo ya en estado de servir y persuadido de la necesidad que había en un establecimiento semejante, se vería en la precisión de mantenerlo. "Esto añadió: se lo digo como hombre, pero si V. es cristiano acometa la empresa sin pensarlo, y deje a la Divina Providencia lo demás."

La tarde del 25 de noviembre de 1858, acompañaba yo a mi buen amigo a dar un paseo por las orillas de la ciudad, con lo que él procuraba mejorar su quebrantada salud, paramos casualmente por el lugar que ahora ocupa el Hospital, y nos sentamos en unas piedras que había en la esquina donde hoy está la botica. Le dije que aquel sitio siempre me había parecido ser el más a propósito para situar un hospital, por lo elevado y seco del terreno, por estar casi fuera de la ciudad, y al lado del Norte, por donde son muy raros los vientos, que por fríos son pocos a propósito para levantar vapores, y situado de tal modo que nada le impide recibir directamente el viento de oriente, que es el dominante en casi todas las estaciones. Se levantó, vio despacio todo aquel sitio y convino en que era inmejorable, añadiendo que por ser una pura roca el costo de los cimientos se ahorraría.

Volvió a sentarse y me dijo que no había razón para diferir por más el tiempo la ejecución de un pensamiento tan bueno, que nos decidiéramos de una vez a intentar la fundación del Hospital, y que me daría cuatro mil pesos de pronto para dar principio a la obra, a reserva de dar después cuanto pudiera, ofreciéndome además venirse a vivir al establecimiento, y acabar sus días sirviendo a los pobres hasta donde le fuera posible ¿Quién no habría podido resistir al sencillo razonamiento de aquel hombre venerable, que hablaba con el corazón y que era incapaz de faltar a sus promesas? Me decidí desde luego fiado de su protección, en su filantropía y en sus vastos conocimientos en la materia de que se trataba, pues había sido rector del Hospital de Nuestra Señora del Rosario, durante veintitrés años.

En la mañana del 26 del mismo mes de noviembre fui a ver a mi amigo y compañero, el señor profesor Don José Ygnacio de la Garza García, secretario del Consejo de Salubridad y sobrino del señor Chantre, le manifesté lo que me había pasado con su tío y cómo estábamos dispuestos a emprender la fundación del Hospital, me contestó que el por su parte haría cuanto le fuera posible, que se asociaría con nosotros para llevar a cabo el negocio, ofreciéndome además desde luego ir en persona a informarse de quién era el terreno propuesto y hacer las diligencias necesarias para adquirirlo. Entonces le supliqué fuera a ver al Excmo. Señor gobernador, presidente nato del Consejo, le informara de nuestro proyecto, diciéndole que si gustaba presidir la sesión en que iba yo a proponerlo, iríamos a tenerlo en el salón de gobierno.

Al día siguiente, 27 de noviembre, vino el señor Garza García a decirme que el Excmo. Señor presidente no podía, por sus grandes preocupaciones, presidir la sesión y que disponía lo tuviéramos en mi estudio, remitiéndole después la acta para su aprobación. El mismo día citamos al señor profesor don Carlos Ayala, tesorero del Consejo y tuvimos la sesión, en la que tuve el gusto de proponer mi proyecto de fundación de un Hospital Civil, y que fuera aprobado sin contradicción por mis

dos colegas, como consta en el acta de ese día, que con la del 14 de diciembre del mismo año y la aprobación del Gobierno corre impresa en el Boletín oficial del 5 de enero de 1859.

El día 1º de febrero de este año se comenzó la obra. Mi buen amigo el señor Chantre iba con frecuencia a verla y cada vez me animaba más, pero por mi suma desgracia la salud de este hombre, que era de todo mi apoyo y mi única esperanza, se desmejoraba de día en día y sin que valieran cuidados, tuve el sentimiento de verlo terminar su existencia el día 20 de julio del mismo año, sin que él hubiera tenido el gusto de ver siquiera concluida la primera sala que se estaba construyendo. El pasó a mejor vida, dejándome, bien puedo decirlo, huérfano, pues lo veía como mi padre a virtud de haber vivido con el veinticinco años, recibiendo toda clase de favores. Yo quede traspasado de sentimiento, pero resuelto a no desmayar en la obra comenzada con su auxilio y bajo su dirección, puedo asegurar con verdad que hasta ahora su memoria me alienta, y que cuando me afligen las penurias del Hospital aun me parece escuchar sus palabras “*La Divina Providencia hará lo demás*”.

La obra siguió adelante y la primera sala y una cocina se concluyeron a fines de febrero del año de 1860. El 1º de mayo viendo que todo lo hecho estaba bien seco, me decidí a dar por abierto el Hospital y convocando a mis dos fieles amigos y buenos colaboradores, los señores Garza García y Ayala, colocamos catorce enfermos, tres enfermeros, un cocinero y dos discípulos nuestros, alumnos del Colegio Civil, uno nombrado administrador y otro practicante interino. Enfermos, enfermeros, administrador y practicantes, todos vivían juntos en la única sala que había, y se veía atravesada en el centro de un solar eriazo cubierto de arbustos silvestres sin tapias ni resguardos de ningún género. En ese día que sin duda ha sido el mejor de mi vida, no echaba menos más que la presencia de mi nunca bien llorado amigo, el Sr. Chantre, y aunque ahora veo el Hospital con más comodidades y más capaz de llenar su objeto, nunca más me parece tan hermoso como en aquel memorable día.

Pudo continuar la obra con lo que yo podía dar, lo que recogía de algunos amigos, y sobre todo con un legado de cuatro mil setecientos trece pesos que dejó el presbítero Don José María de la Garza, hombre bueno y benéfico que murió por ese tiempo. Es de advertir que este buen sacerdote era pariente muy inmediato del finado señor Chantre, y que tal vez su ejemplo y sus conversaciones lo movieron a hacer esa buena obra.

Hoy tiene el Hospital un zaguán, dos salas para hombres con veinticinco números cada una, una para mujeres con diez, dos cocinas, una ropería, dos cuartos para separados, una capilla que puede servir de enfermería cerrando el arco que le separa del presbiterio, una sacristía, una botica, una sala para que vivan el administrador y practicantes, otra en que doy las cátedras de anatomía y medicina operativa, un cuarto para criados y una bodega subterránea. Está situado en un área de cincuenta y nueve varas de frente y ciento setenta y cinco de fondo; y todo lo que no está edificado está cercado de tapias. Su frente principal mira al norte.

Mucho hay que hacer para que este nuevo establecimiento llene debidamente su objeto: se nota más que todo la gran falta que hacen un departamento de locos y una sala de presos; pero ha sido imposible por que los recursos han sido pocos. El presupuesto de la última es de tres mil pesos, y creo que con dos mil se podrán hacer cuatro cuartitos, para tener separados siquiera a los locos furiosos.

Hasta ahora la obra ha costado, según la cuenta que con la mayor escrupulosidad ha girado la tesorería del Consejo, veinte mil quinientos treinta y cinco pesos cincuenta

centavos, y la lista de los que han contribuido para ella monta a diez y siete mil, doscientos noventa y seis pesos, sesenta centavos, y el deficiente de tres mil, doscientos treinta y ocho pesos noventa centavos, se ha cubierto con los escasos fondos del Consejo, que consisten en los derechos de exámenes de médicos y farmacéuticos y de licencias de abrir boticas. Además desde que se abrió el Hospital la aduana ha remitido lo que toca a esta clase de establecimientos en los comisos, en los derechos de traslación de dominio y en estos dos últimos años un real por cada pase que se expondrá en las administraciones de renta, cuyo derecho fue impuesto por el Gobierno del Estado y destinado al Hospital. Estos últimos dos derechos ya no se cobran y por fin también entran al Tesorero del Consejo las hospitalidades que se cobran y los donativos que hacen algunas personas. Las hospitalidades y los donativos se han destinado para mantener el Hospital y lo demás para la obra material. Las hospitalidades son de cuatro reales diarios por plazos, y los donativos, que cada día disminuyen, han producido un mes con otro cuarenta y dos pesos, y para que no falte al menos lo muy necesario, me he impuesto la obligación de cubrir el deficiente.

El gasto para mantener el Hospital en cincuenta y dos meses ha sido de \$ 16063 pesos, 81 centavos y un cuarto, pero si se rebajan quinientos pesos que costaron los paramentos de la capilla y setecientos que costó poner la pequeña botica que gracias al esmero y filantropía del administrador Don Juan de Dios Treviño, ha podido dar el consumo de medicina, y subsiste en mejor estado que cuando se puso, tendremos que el gasto económico, es decir, sueldos de empleados, ropa y enseres de la enfermería y alimentación ha sido de 14863 pesos, 81 centavos y un cuarto que repartidos en los cincuenta y dos meses tocan a cada uno 285 pesos, 84 centavos y un cuarto.

Para cubrir esta suma cuenta con cincuenta pesos que paga el Ayuntamiento de esta capital, porque se le curen sus presos y heridos, y para sacar los doscientos treinta y cinco restantes estoy atendido a puras eventualidades, han podido hacerse los gastos con tanta economía a virtud de que la finada Doña Josefa Borrego y el señor Canónigo Don José Joaquín de Orozco, dieron doce camas completas para la enfermería de mujeres, Don Carlos Margáin dio otra, y otras varias personas han dado ya un colchón ya un catre y ya algunas sábanas; y porque teniendo ya suficientes herramientas quirúrgicas, no ha sido necesario comprar ninguna.

Así ha podido subsistir este establecimiento por más de cuatro años, pero considerando que cuando ya falte, el Consejo se verá en grandes apuros para mantenerlo, o tal vez no lo podrá hacer, procuré obviar este inconveniente, poniendo el Hospital bajo el amparo del Gobierno y con este fin hice una exposición al Honorable Congreso, solicitando que autorice al ejecutivo, para que pudiera gastar una pequeña parte de los fondos públicos en socorro de este pobre asilo de los infelices enfermos. Esta diligencia me salió eternamente vana, porque aquel Honorable Cuerpo ni aun siquiera se dignó tomar en consideración mi humilde súplica

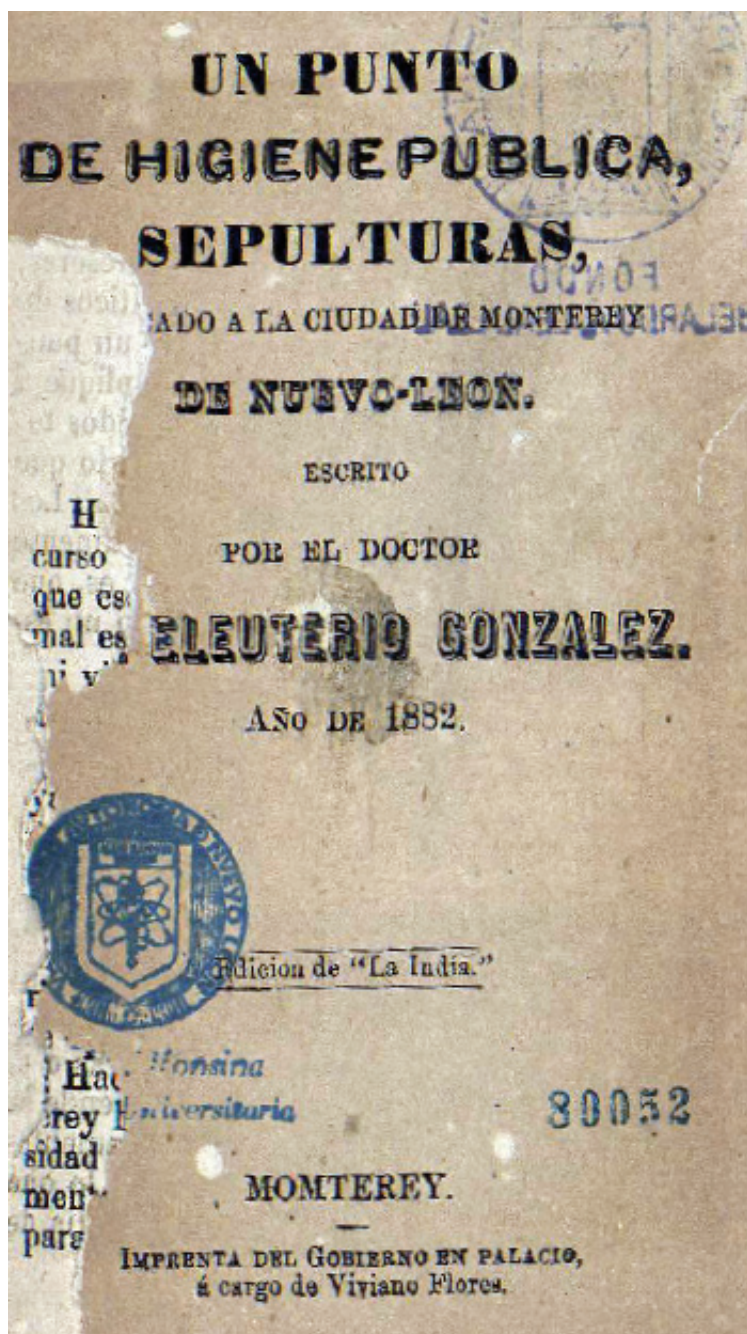
De aquí es que me veo reducido a esperar otra mejor coyuntura, y entre tanto hacer lo que pueda sin más auxilio que el de la Divina Providencia, y el que puedan prestarme mis dos fieles compañeros, el señor Garza García, que con su actividad característica me ayuda en cuanto le es posible, y el señor Ayala que con su probidad a toda prueba recoge, custodia y distribuye con la mayor economía los escasos fondos que podemos disponer. Ambos por tan buenos servicios son dignos no solamente de mi eterna gratitud, sino del reconocimiento y consideración de todos los amantes de la humanidad.

Aunque el presupuesto de la obra fue en 14 de diciembre de 1858 de treinta mil pesos, haciéndola toda de bajas habiendo podido después adquirir más terreno hasta completar media manzana, fue preciso variar el plano primitivo, y como además el valor de los materiales de construcción por las circunstancias de los tiempos han sido alterados en estos últimos cuatro años en términos que valen hoy más que el doble de lo que costaban antes, no podría ahora concluirse con aquella suma y sería preciso a lo menos triplicarla mas por fortuna no se ha menester todavía una obra tan extensa y para satisfacer las necesidades actuales bastará seguir las poco a poco y esperar lo demás del tiempo y de la Divina Providencia.

Monterrey, Diciembre 27 de 1864 = El Director del Hospital Civil J. Eleuterio González.
Es copia que certifico, Monterrey. Diciembre 31 de 1864.
El secretario de la Prefectura

JUAN DE DIOS VILLALÓN

(Rúbrica)



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Un punto de Higiene Pública. Sepulturas. Aplicado a la ciudad de Monterrey de Nuevo León*. Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1882. 77pp. 19 cm.

UN PUNTO DE HIGIENE PÚBLICA. SEPULTURAS.

PRÓLOGO

Hace un año que escribí un pequeño discurso sobre el estudio de la botánica y creí que eso sería mi último trabajo, atendido el mal estado de mis ojos; pero después, aunque mi vista ha empeorado más y más, he vuelto a escribir algunas obrillas a instancias de mis amigos y mis discípulos, ayudándome ellos, ya escribiendo lo que yo les dicto, ya leyéndome cuando quiero, ya corrigiendo lo escrito y lo impreso, de manera, que han trabajado ellos más que yo; así se escribieron y se están imprimiendo las Lecciones orales de la historia de Nuevo León y así se está haciendo este opúsculo.

Hace algunos meses que la prensa de Monterrey ha estado hablando mucho de la necesidad que esta ciudad tiene de un nuevo cementerio. Muchos amigos míos me instaron para que escribiera algo sobre este asunto y yo emprendí hacerlo con tres fines: primero, satisfacer los deseos de mis amigos; segundo, que sirva de instrucción a mis conciudadanos, y más particularmente a los alumnos de la Escuela de Medicina de Monterrey; y tercero, proponer a todos mis comprofesores y con más especialidad a los catedráticos de la dicha Escuela, que tome cada uno un punto de higiene pública, y lo trate y aplique a la ciudad de Monterrey, para que reunidos todos estos trabajos, tengamos un tratado que satisfaga las necesidades de nuestra tierra. Los preceptos higiénicos no son verdaderamente útiles, sino cuando se vulgarizan, así es que conviene escribir esta clase de obras en un estilo familiar muy claro.

El punto que yo tomé para escribir, lo dividí en tres partes: primera, Historia de las sepulturas; segunda, Higiene de las sepulturas; y tercera, Aplicación de la Higiene de las sepulturas a la ciudad de Monterrey; porque este orden me pareció el más natural y conveniente y lo propongo a mis comprofesores para que si les parece bien, lo sigan. El que no quiera escribir la parte histórica, puede dispensársela, con tal que escriba las otras dos.

Las Autoridades a quienes encomienda la ley la erección y el cuidado de los cementerios, podrán tomar de este opúsculo lo que más les convenga, para hacer, en materia de sepulturas, lo que mejor les pareciera.

PRIMERA PARTE

HISTORIA

El horror que causan los cadáveres, que están en putrefacción, y el intolerable hedor que despiden, son los medios de que la naturaleza se vale para advertir al hombre que debe huir de las emanaciones pútridas que tienden a destruir su salud. Por otra parte, el entrañable amor que el hombre tiene a sus más próximos parientes, el cual se irrita y se exaspera con la muerte de las personas queridas y el deseo de honrar la memoria de aquellos a quienes algo hay que agradecerles, hacen que el hombre quiera tener cerca de sí las reliquias de sus muertos. ¿Cómo hacer entre estas dos fuerzas contrarias que tienden la una a alejarlos y la otra a aproximarnos a los seres que nos fueron más queridos? Para salir de esta dificultad, lo primero que debió ocurrir a los hombres primitivos, fue ocultar los cadáveres en la tierra, pues así se libraban de su terrible aspecto y de su fetidez insoportable sin alejarnos mucho de sí, para tenerlos siempre a mano y tributarles el culto de sus recuerdos. Josefo dice en sus antigüedades Judaicas, que Caín después de poner su mano homicida en su hermano, creyó que ocultaría su delito, con cubrir de tierra el cuerpo del inocente que acababa de asesinar; cuyo funesto ejemplo acaso introduciría la costumbre de enterrar los cuerpos de los que falleciesen.

Tal vez fue, costumbre de los hombres antediluvianos enterrar sus muertos en las grutas naturales o artificiales, pues los pocos esqueletos fósiles que se han encontrado y que pueden referirse a esa época remotísima, han sido hallados escavando el suelo de las antiguas cuevas de los montes. A poco tiempo después del diluvio vemos todavía en vigor este mismo uso, pues Abraham compro a los heteos la cueva doble en que enterró el cadáver de Sara su mujer, y en la cual fue enterrado también él mismo y su hijo Isaac. Así es que puede considerarse el entierro de los cadáveres como el uso más antiguo, más generalmente admitido y más a propósito para honrar la memoria de los muertos.

Después de la dispersión de Babilonia, los diversos pueblos que se formaron, adoptaron diversos usos; se dice que algunas naciones de la India oriental, los Partos, las Bactrianos y los Rivereños del mar Caspio abandonaban los cadáveres en los

montes o en lugares desiertos, para que fueran devorados por las fieras salvajes y por las aves carnívoras, creyendo que este era el mejor modo de honrar la memoria de los muertos. Se dice también que los esedones y los masagetas, habitantes de las orillas del Ponte, hacían con la carne de sus deudos muertos un horrible banquete, no habiendo a su parecer medio mejor de manifestar el respeto y cariño que profesaban a sus parientes que ser ellos mismos sus sepulcros. Los escitas, los sármatas y las naciones boreales hallaron en los hielos y nieves de sus montes un medio seguro de conservar indefinidamente, los cadáveres. Los habitantes de las islas pequeñas y de las riveras del mar, discurrieron arrojar los muertos a las aguas para que fueran pasto de los peces. Los que moraban en países donde abundaban los bosque, discurrieron reducir a cenizas los cadáveres; pero ni el fuego, ni las aguas, ni los peces, ni la aves, ni las fieras, ni los antropófagos, ni los hielos eternos de los polos pudieron bastar entones, ni bastarían hoy tampoco, para consumir todos los cadáveres que produce la humanidad entera; la tierra, y solo la tierra, ha bastado y bastará siempre para esta obra inmensa de destrucción.

Los persas, adoradores del fuego, creían que este se profanaba quemando los cadáveres, por lo que preferían enterrarlos y para esto tenían lugares destinados fuera de las poblaciones. Los babilonios, los asirios y otros pueblos del Oriente enterraban también sus muertos; pero antes de ponerlos en el sepulcro los ungían con bálsamo hecho de cera, miel, resinas y aromas, envolviéndolos después en un sudario; así los privaban del contacto del aire y retardaban la descomposición. Algunos africanos, muchos de los lctiófagos, los habitantes de Colcos y aún los antiguos Godos echaban sus muertos en las aguas para que fueran devorados por los animales acuáticos. Los germanos, los celtas y los galos, que habitaban comarcas muy montuosas, quemaban la mayor parte de los cadáveres; pero tenían por más honroso el enterramiento pues concedieron a sus sacerdotes el privilegio de enterrarse bajo columnas de diez codos de altura. Los árabes enterraban sus muertos fuera de las poblaciones y también dentro de sus mismas casas: Mahoma fue a visitar el cementerio de los musulmanes y anduvo de tumba en tumba orando por sus discípulos y sus guerreros allí enterrados; y cuando él murió fue sepultado en el mismo cuarto en que había fallecido, que era la habitación de Aiche, una de sus mujeres. Y los antiguos Rusos hacían sus entierros a las orillas del Borístenes. Aun hoy van los curiosos a visitar esos sepulcros.

Todos los hombres han procurado, pues huir del mefitismo, y honrar la memoria de los muertos, tan luego como les fue posible hicieron intervenir las ideas y las ceremonias religiosas en el enterramiento de los cadáveres, y en la conservación de los sepulcros; a los Israelitas les prescribió Moisés los ritos de los entierros, procurando separar por cuantos caminos pudo a los vivos de los muertos; si un Israelita tocaba el cadáver de un animal inmundo, quedaba inmundo hasta la tarde; si tocaba un hombre muerto o un sepulcro, o si entraba en la casa donde hubiera algún difunto, quedaba inmundo siete días. Esta inmundicia legal tenía al inmundo separado de la comunión o comercio de las gentes, y para limpiarse de ella era preciso que él se lavara y lavara sus vestiduras. Tenían los hebreos sus sepulcros por lo común fuera de las poblaciones, y pintados siempre de blanco para que los vieran y pudieran librarse de su contacto. Algunas veces solían los ricos hacer sus sepulcros en sus casas de campo, así el rico senador José de Arimatea, en la granja que estaba junto al Gólgota, hizo labrar el suyo en una roca, el cual sirvió para depositar en él el cuerpo de Jesucristo.



Los habitantes de Jerusalén se enterraban en el Valle de Josafat, que es el cauce del Torrente Cedrón, y todavía hoy entierran allí sus muertos los Turcos. Los gerasenos, que habitaban al noreste de mar de Tiberíado tenían el lugar de sus entierros bien lejos de su ciudad; aquel furioso endemoniado, del que hablan los Evangelistas, después de hacer pedazos los grillos y las cadenas, con que en vano intentaban sujetarlo, huía desaforado al desierto, dando terribles alaridos, y allí habitaba en los sepulcros.

Las tumbas reales de la familia Herodes, distantes de Jerusalén, como una legua, constan de algunos cuartos excavados en una roca, y en las paredes de estos cuartos están embutidos los cadáveres en sus nichos. El Ilmo, Sr. Vereá, que vio estos sepulcros, me contaba que lo más admirable era que en aquellos cuartos las puertas y sus goznes eran de piedra y parecía todo sacado de la misma roca.

En la descripción de Jerusalem que escribió Cristiano Adriconio Delfo, se lee lo siguiente: "Aceldama o Haceldamach, que quiere decir campo de sangre, era un campo un un oliero o alfarero, que estaba a la parte austral, o del mediodía del monte Sion. Ponía a sus espaldas junto a sí un monte de mediana altura, apartado un tiro de piedra de la piscina superior, o de arriba, el cual por determinación de los judíos fue comprado por los treinta reales que tomó Judas en precio de la venta de Cristo y fue señalado para sepultura de los peregrinos. La emperatriz Santa Elena cercó la mitad de este campo con cuatro muros de 72 pies de largo por 50 de ancho, y cerro de bóveda, dejando siete bocas por donde son enterrados los cristianos difuntos." En el dibujo que acompaña, esta descripción, se ve bien que esta bóveda tiene la forma de un baúl, y en su parte superior están los agujeros por donde se echan los cadáveres.

El Ilmo. Sr. Vereá, me contó que cuando él estuvo en Jerusalem, fue a ver el Aceldama, y que existe todavía la bóveda que hizo Santa Elena tal como la describió Adriconio; y que aun suelen echar allí algunos cadáveres.

En muchas ciudades de la Europa hicieron bóvedas como la del Aceldama; pero las han abandonado por mucho hedor que despiden. La de Jerusalén tiene la ventaja de estar muy lejos de la ciudad y al otro lado del monte Sion.

Los egipcios embalsamaban los cadáveres, destripándolos, salándolos, desecándolos y cubriéndolos de resina, de cera o de miel, poniéndoles vendajes empapados en estas mismas materias, colocándolos en cajas de cedro, y poniéndolos en grutas o en subterráneos a propósito. Este uso parece haber sido muy común en Egipto, pues se encuentran allí muchísimos millones de momias perfectamente conservadas, no solamente de hombres y mujeres, sino también de animales, como perros, gatos, cocodrilos, ibis y otros. El árabe que acompañaba a Pariset, mostrándole desde lo alto de la mayor de las pirámides de Egipto la llanura que está al pie de este monumento, y se extiende hasta cincuenta leguas cuadradas de superficie, le dijo: "*Todo esto es momia*". En efecto, en cualquier punto de este inmenso llano que se escave, se sacan cuerpos momificados. Este es el cementerio más grande que hay en el mundo y probablemente el más antiguo. Las pirámides de Menfis fueron construidas para sepulcros de los Reyes. La creencia que tenían los egipcios de que mientras se conservaran los cuerpos, los espíritus que los habían animado podrían volvérselos a juntar; y que si el cuerpo se destruía, era ya imposible su resurrección, hacía que tuvieran tanto esmero en la conservación de sus muertos.

Los etíopes, según Heródoto, embalsamaban sus muertos, los secaban bien, los cubrían de yeso, sobre esta cubierta de yeso reproducían las principales facciones de los difuntos, y los encerraban en columnas huecas de cristal. El traductor francés de Heródoto Sir Giguët, cree que este cristal era feld – spato, pero este ni es transparente



como el cristal, ni se encuentra en piezas grandes y es durísimo, y creo que más bien podría ser la selenita, o yeso hialino; como el que hay en Galeana (ciudad de Nuevo León), que es perfectamente transparente, se encuentra en inmensas estratas, y es blanda y fácil de trabajar.

Los Griegos en los primeros tiempos enterraban los cadáveres, pero un poco antes de la guerra de Troya, se introdujo entre ellos la costumbre de quemarlos. Homero dice, que en el ejército que sitiaba a Troya, cuando fue atacado de la peste.

"... de muertos numerosas piras ardiendo siempre en la campiña estaban."

Los Troyanos solían depositar sus muertos en sepulcros de piedra: Héctor indignado de la cobardía de su hermano París le decía:

"Si fueran como yo todos los Teucros ya te cubriera túnica de piedra."

Los Griegos, como hemos dicho, también enterraban sus cadáveres: Pausáneas nos ha conservado una lista de las sepulturas más célebres de aquellos tiempos, dice que estaban al raso en los campos, o en las riveras del mar, o bien al pie o en la cumbre de los montes. Sécrope, Rey de Ateneas, mandó que los muertos se enterraran fuera de la ciudad. Solamente Licurgo mandó que los enterramientos se hicieran dentro de la ciudad, para que los jóvenes estando siempre en contacto con los muertos se hicieran más valientes.

Extraño es que los Griegos, habiendo recibido su civilización de los Egipcios, no aprendieran a embalsamar los muertos y que hubieran adoptado la cremación, cosa probablemente venida de la India Oriental, donde siempre se ha usado. Calano, aquel gimnosofista que acompañaba a Alejandro cuando volvía de la India, según refiere Plutarco, sintiendo una incomodidad de vientre a los 86 años de su edad, quiso ofrecerse a sus Dioses en sacrificio y para esto mandó que se le pusiera una pira y llevando a ella a caballo, hizo plegarias a los Dioses y libaciones sobre sí mismo, ofreció las primicias de sus cabellos, se despidió de sus amigos, subió a la pira se recostó, se cubrió la cara y permaneció sin hacer el menor movimiento, ni aún cuando le llegó el fuego y allí murió y fue reducido a cenizas. Esto mismo hizo muchos años después otro Indio de la comitiva de César en Atenas, y hasta el día de hoy se manifiesta su sepulcro, que se llama el sepulcro del Indio.

Los Romanos en sus primeros tiempos siguieron la costumbre que tenían los Latinos, los Etruscos, los Rútulos y otros pueblos inmediatos al Lacio que consistía en enterrar los cadáveres donde querían ya fuera en los campos ya en los montes ya adentro de las mismas ciudades; pero en el año de 303 de la fundación de Roma, los Decenviros pusieron en el Código de las doce tablas una ley que es la XXXI, por la cual se prohibió enterrar o quemar los muertos dentro de la ciudad *"Hominem mortuum in urbe necepelito, neve urito."*

Los términos mismos de esta ley ponen de manifiesto que por este tiempo en Roma se usaba indistintamente el entierro y la cremación de los muertos. No se enterraron ya más cadáveres en Roma; pero los ciudadanos y sobre todo los Patricios, ponían sus sepulcros o las urnas que contenían las cenizas mortuorias en sus casas de campo, en sus huertas o en sus labores; y como el derecho romano declaraba sagrados los sepulcros y sus inmediaciones, al cabo de un siglo era ya tan grande el número de estos monumentos, que se creyó ser un perjuicio para la agricultura; porque los terrenos sagrados estaban fuera del comercio de las gentes. Por eso el Cónsul Cesio Duilio en el año 419 de Roma, mandó que no se enterraran más, ni se colocaran urnas cinerarias en las heredades; y que todos los restos de los muertos se pusieran en las orillas de los caminos que allí siguieran enterrándose

después y colocándose las urnas y las lápidas. Este uso seguido en la ciudad eterna por muchos siglos ha hecho que hasta hoy se conserve la costumbre de hablar con los caminantes en los epitafios o inscripciones sepulcrales.

En Roma, lo mismo que en todo el mundo solamente los que tenían posibilidad de costear los gastos de la combustión y de los sepulcros con lápidas y epitafios, lograban estas distinciones, pues siempre en todas partes, los pobres eran arrojados en fosas comunes y lo mismo probablemente sucederá siempre, porque siempre ha de costar menos hacer un pozo en la tierra para enterrar un cadáver, que acarrear la leña necesaria para quemarlo. En Roma había un campo bastante extenso, cerca de la puerta Esquilina, donde en anchos pozos arrojaban los cadáveres de los pobres. Este campo, después de algunos siglos, cuando ya la ciudad se extendió por aquel punto, Augusto, para purificar aquellos lugares, lo dio a Mecenas, el cual hizo allí magníficos jardines.

Los Fenicios y sus descendientes los Cartagineses, lo mismo que los Romanos ya quemaban los cadáveres o ya a los enterraban en las inmediaciones de las ciudades; los romanos encontraron cerca de Cartago muchos sepulcros y la reina Dido se arrojó en una hoguera traspasándose con una espada, y así murió y fue reducida a cenizas.

Los cristianos cuya primitiva sociedad se formó de judíos, de Griegos, de Latinos y de moradores de la Siria, adoptaron las costumbres de los países en que moraban. En Roma, muy al principio, quemaban sus cadáveres o los enterraban; pero bien pronto prefirieron el entierro para conservar las reliquias de sus mártires. Ocultaban los cadáveres de estos para enterrarlos ya en las catacumbas, ya en las orillas de los caminos; se han sacado y se sacan diariamente de las catacumbas muchos huesos de santos mártires; y en el martirologio romano consta a cada paso, que tales o cuales santos mártires fueran enterrados unos en la vía Appia, otros en la vía Aurelia y otros en otras diferentes vías.

Los cristianos, para mejor distinguirse de los paganos, eligieron para sepultar a sus muertos ciertos lugares a la inmediación de los caminos a los cuales llamaron cementerios, derivando esta palabra del verbo griego Keimai que significa yacer y también descansar.

En los primeros siglos del cristianismo comenzó a introducirse la mala costumbre de enterrar los cadáveres dentro de la ciudad, por lo que, Teodosio expidió la célebre ley que dice: *“Todos los cadáveres que están colocados en la tierra dentro de urnas o sarcófagos, se sacarán y pondrán afuera de la ciudad, para que sirvan como de una imagen de nuestra mortalidad y se conserve al domicilio de los habitantes la santidad que le es debida. Cualquiera que menospreciare esta ley o fuere usado a maquinare alguna cosa contra lo en ella dispuesto, será en lo sucesivo multado en la tercera parte de su patrimonio. El prefecto de la ciudad que lo consintiere incurrirá en la pena de cincuenta libras de oro. Y para que ninguno por su dolosa y sutil astucia se exima de lo determinado en esta ley, pensando que se permite enterrar los cuerpos en las Basílicas de los Apóstoles o de los Mártires, tendrán todos entendido que igualmente se les excluye de estos lugares que de los otros sitios de la ciudad.”*

Dado este decreto por Teodosio el Grande en el año de 381, fue inserto en el Código Teodosiano publicado por su nieto Teodosio el menor. De este Código fue un extracto el Breviario Alaricano mandado observar en España por su Rey Alarico II, cerca del año de 500. Así fue que la ley arriba citada estuvo en uso, tanto en el imperio de Oriente como en el Occidente.

En España también los primeros cristianos enterraban los cuerpos de los santos

mártires a campo raso fuera de las poblaciones. Santa Eulalia de Barcelona fue enterrada cerca del mar en el lugar que se llamó después campo de Santa Eulalia: San Severo, Obispo de la misma ciudad y San Cucufate, fueron sepultados en un punto llamado Castro Octaviano, que está en el Valle: los 18 mártires de Zaragoza fueron enterrados en el campo y después en el mismo lugar se depositaron el cuerpo de Santa Engracia y las masas de los innumerables mártires Cesaraugustanos, Santa Leocadia fue enterrada en la vega de Telede junto al Tajo: Santa Eulalia Emeritana tuvo su sepulcro en el campo junto a la ciudad de Mérida; los mártires Calagurritanos Emeterio y Celedonio se enterraron cerca de Calahorra a la orilla del Arroyo del Arenal; y de esta manera otras muchas ciudades se honran con tener en sus inmediaciones los sepulcros de muchos santos mártires. Después que Constantino dio la paz a la Iglesia, comenzaron los fieles a edificar Iglesias encima de estos venerables sepulcros, las cuales se llamaron Basílicas de los mártires, porque este género de Iglesia eran en lo general protegidas por los reyes o dedicadas a ellos. Igualmente había en las demás partes de la cristiandad.

La ley de Teodosio había contenido por entonces los abusos, de manera que nadie se atrevía a enterrar cadáveres dentro de las poblaciones; pero entonces dieron los fieles, unos por devoción y otros por vanidad, en sepultar sus muertos en las Basílicas de los mártires, desatino que trató de corregir el primer concilio de Braga celebrado el año de 563, el cual en su Canon XVIII, dice: *"Queremos también que de ninguna manera se entierren dentro de las basílicas los cuerpos de los difuntos, sino que en caso de ser necesario, se haga por fuera alrededor de los muros lo cual no es tan horroroso. Porque si hasta ahora se ha conservado a las ciudades inviolable el privilegio de que en el recinto de sus murallas no se entierren ningún cadáver, de cualquiera que sea, ¿con cuánta mayor razón deberá merecernos esto mismo la reverencia debida a los santos mártires?"*

Este Canon y algunos otros expedidos por otros concilios y al mismo tiempo las disposiciones de los Pontífices, que al confirmar estos cánones mandaban que fielmente se guardasen, pudieron por algún tiempo contener el desorden; pero como la soberbia y la vanidad de los hombres son como Hidra de Lerna, que cortándole una cabeza le nacen dos, muy pronto hallaron los medios de burlar tan buenas disposiciones: los Prelados de Francia comenzaron por enterrarse ellos mismos en sus Iglesias y conceder a otros el privilegio de enterrarse allí también: Teodolfo, Obispo de Orleáns y amigo de Carlo Magno, se quejaba de que las Iglesias de Francia se habían convertido en cementerios, mandó derribar los sepulcros que había en los templos, y añadió que cuando el precepto de no enterrar allí no pudiera guardarse, se quitara el altar y se trasladara a otra parte donde pudiera ofrecerse a Dios el sacrificio con pureza y religiosidad. Por otra parte, San Gregorio Magno se quejaba también de que las ofrendas, que antes eran voluntarias, se habían convertido para ese tiempo en el medio de conseguir una sepultura en la Iglesia. Además de esto, las disensiones y disputas de los Prelados de Francia con Teodolfo por su ordenanza arriba citada, la cual ellos querían que se derogara, hicieron a Carlo Magno insertar en sus capitulares el precepto formal de no enterrar a ningún muerto en las Iglesias.

"Nullus deinceps mortuus in Ecclesia sepelitur"

Esta capitular hubiera tal vez uniformado el uso de no sepultar en las Iglesias, si el imperio de Carlo Magno hubiera durado mucho; pero a la muerte su hijo Ludovico-Pío, comenzó a desmembrarse y separados muchos de los reinos que lo habían formado, cada uno siguió diversas reglas.

Los Monjes comenzaron a su vez a introducir novedades en cuanto a las sepulturas, como se ve por este pasaje del Padre Maestro Berganza: "Siempre fue estilo en la religión de San Benito, que los monjes tuvieran su cementerio aparte en donde eran sepultados. Es la razón que da San Isidoro en su regla, que es de la unión y caridad; *Córpore fratrum uno sepelienda sunt loco ut quos viventes charitas retinuit unitos, motientes locus unum amplectatur*. El sitio determinado en los tiempos más antiguos estaba fuera del Monasterio y algunos distaban más de mil pasos de la casa. Después pasaron a señalarle dentro de las cercas del Monasterio en un campo... Por los años de 1000 se introdujo que los Monjes fuesen enterrados en el claustro, y que los abades tuviesen la sepultura en el capítulo."

No puede darse mayor disparate que enterrar a los muertos en los claustros en que los frailes habitaban de ordinario y en la sala capitular donde se reunían para tratar los negocios de comunidad: sin embargo, esto uso desatinado, que convertía los conventos en cementerios, duró mucho tiempo.

En España tardó más tiempo en establecerse la mala costumbre de enterrar en las Iglesias: todavía en el siglo VII ni los Reyes se atrevían a hacerlo; el Padre Mariana dice: "*en la misma ciudad (Oviedo) levantó el rey D. Alonso el Casto otra Iglesia con advocación de nuestra Señora y junto a ella un claustro o casa a propósito de enterrar en ella los cuerpos de los Reyes: adentro de la Iglesia no se acostumbraba*". Ambrosio de Morales reflexiona sobre la corta capacidad de estos lugares, su oscuridad, su humilde fábrica y su situación y dice que esto se haría por guardar la costumbre de no enterrarse nadie dentro de la Iglesia. Con el tiempo los españoles, lo mismo que los italianos, franceses y demás cristianos, comenzaron poco a poco a perder el respeto a las Iglesias y a introducir sus muertos en ellas. El Concilio de Tolosa, celebrado en el año de 1093 con el fin de contener estos abusos, decretó que se hicieran dos cementerios: "*Uno para el Obispo y los grandes señores y el otro para los vecinos*." Lo mismo mandó el Concilio de Londres, celebrado en 1107. A los Pentílices por su parte les pareció oportuno para corregir el abuso, prohibir a los superiores de los monjes y a los Prelados seculares, que recibieran precio por conceder las sepulturas en los templos; pero estas providencias indirectas no dieron el resultado que se deseaba, los Superiores y los Prelados mudaron el nombre del precio y le llamaron limosna, porque esta no les era prohibido recibir. Al mismo tiempo, concedían las sepulturas a los bienhechores de las Iglesias, privilegio que se extendió después a los fundadores y a los que de alguna manera servían en ellas. Parece que en los siglos últimos de la Edad Media, condensándose las tinieblas oscurecieron las inteligencias y entre tanto los muertos avanzaron y se posesionaron del suelo de las Iglesias.

El Rey D. Alonso el Sabio quiso arreglar los entierros de los cadáveres; pero a pesar de su ilustración y buenos conocimientos que manifiesta al hacer la aplicación de ellos, lo hizo muy mal por cierto: en la Ley II, Partida I, título XIII, se leen estas notables palabras: "*Pero antiguamente los Emperadores, e los Reyes de los christianos hicieron establecimientos e leyes e mandaron que fuesen fechas Eglecias e los cementerios fuera de las ciudades e de las villas, en que soterrasen los muertos, porque el fedor de ellos no corrompiese el ayre ni matase los vivos*." Cualquiera que vea esto, creará que D. Alonso va a prohibir con todo su poder que se entierren los muertos cerca de los vivos; pero con sólo leer unas hojas más adelante, verá la ley XI de la misma partida y del mismo título que dice: "*Soterrar non deben ninguno en la Eglecia, si non a personas ciertas que son nombradas en esta ley, así como a los reyes e a las Reinas, e a sus hijos, e a los obispos, e a los priores, e a los Maestros, e a los Comendadores que son Prelados en las*

Ordenes e de las eglesias conventuales, e a los ricos hombres, e a los hombres honrados que ficiesen Eglesias de nuevo, o Monasterios, o escogiesen en ellas sepultura e a todo home que fuese clérigo o lego que lo mereciere por santidad de buena vida, o de buenas obras. E si algún otro soterrasen dentro en la Eglesia, si non los que sobredichos son en esta ley, débelos el Obispo sacar ende." En esta ordenanza el Rey D. Alonso, a pesar de su sabiduría, no corrigió el abuso sino que lo sancionó e hizo que se arraigara más y más. ¿A quién excluye de enterrarse en las Iglesias? Únicamente a los que simultáneamente sean pícaros y pobres.

En lo sucesivo ya no se pensó más que en reglamentar este abuso: los Curas tenían sus Iglesias divididas en tramos, en los cuales la limosna de una sepultura era mayor a menor, según que estaba más cerca o más lejos del presbiterio. Al mismo tiempo, pusieron alrededor de las Iglesias los cementerios para enterrar a los pobres y así sucedió que atrios y cementerios llegaron a ser sinónimos y que vivos y muertos estuvieran bien mezclados.

Los Reyes cristianos, por su propio derecho y por el que les daban los privilegios y concesiones otorgadas por los Pontífices, en los concordatos que con ellos celebraban, legislaron sobre sepulturas, cementerios, funerales, obvenções y cuanto mejor les pareció en materia de entierros.

Tal vez por haber hallado las cosas arregladas de este modo, los Padres del Concilio de Trento hicieron punto omiso del negocio de las sepulturas y dejaron este punto como estaba sin tocarlo para nada. Por otra parte, las gentes estaban tan halladas con este orden de cosas, que todo les parecía bien con tal de alcanzar la distinción de enterrarse en una Iglesia: o a lo menos muy inmediato a ella.

Los ricos llenaron las Iglesias de monumentos de mármol y de jaspe adornados con escudos de armas, retratos y estatuas. Los Reyes en vez de corregir estos desmanes, los autorizaban con su ejemplo: Felipe III hizo construir, debajo de la capilla mayor de la Iglesia de San Lorenzo del Escorial, un panteón magnífico para que sirviera de sepulcro a la familia real.

Asombra ver cómo pudo durar por siglos enteros el pernicioso abuso de enterrar los cadáveres en las Iglesias, después de haber visto lo sucedido en toda la antigüedad. Yo creo que la ignorancia de los sucesos históricos, unida a la soberbia y vanidad de las gentes, fueron la causa de que por tanto tiempo subsistiera una costumbre tan contraria a la salud pública.

Sin embargo, en este largo periodo de tiempo no faltaron hombres ilustrados y de buen sentido que clamaran contra este desatino, y abogaron con todas sus fuerzas por el decoro de las Iglesias y por los derechos de la humanidad; el Arzobispo de Toledo, García de Loaysa, anotando el canon ya citado del concilio de Braga, dice: *"Se han dexado llevar tan adelante de su ambición, fausto y soberbia, que erigiendo sepulcros de mármol con sus bustos colocan junto al Sacramento de Christo verdadero Dios, sus desechos cuerpos y desunidos miembros, que todo ello no es más que poder."* El abogado Scipion Piattoli probó citando los cánones de más de veinte concilios que el uso de enterrar los muertos en las Iglesias y dentro de las ciudades, era contrario a la disciplina antigua de la Iglesia y a la higiene pública. El Ilmo. Galván, Arzobispo de Granada y los Reverendos Lario y Fernández, Obispos de Málaga y de León, pidieron que se restableciera la disciplina antigua de la Iglesia, y se hiciera cesar el abuso de los entierros en lugares habitados. Los Médicos Llaghenot, Maret, Navier y Kekerman, publicaron magníficos escritos probando hasta la evidencia los muchos males que producían los cadáveres al descomponerse en lugares habitados. El Licenciado D.

Ramón Cabrera, demostró en una disertación bellísima, que en la Iglesia de España el uso antiguo fue sepultar todos los cadáveres fuera de las poblaciones y que solamente en los últimos siglos se había introducido la corruptela de enterrar los muertos en las Iglesias; y que siendo este uso contrario al derecho natural debía abolirse y restablecerse el antiguo. Finalmente, el canonista Van-Spen, para probar que jamás la Iglesia católica quiso que los difuntos se enterraran en los templos, dijo: *"Los cementerios propiamente y conforme a la intención de la Iglesia se destinan y bendicen para uso de las sepulturas; pero no los templos, en cuya consagración no se hace mención de sepultar los cadáveres y ninguna de las oraciones ni de las bendiciones se dirigen a la sepultura de los cuerpos muertos."*

A pesar de todo esto, los mandarines se hacían sordos y el abuso subsistía y para remediar tanto mal, fue necesario que una experiencia dolorosa los hiciera abrir los ojos y conocer la verdad. Refiere el Abate Rozier, que habiendo mandado un vecino de Marsella hacer hoyos para plantar árboles en un sitio donde se habían enterrado muchos cadáveres en tiempo de la peste de 1720, apenas los peones empezaron a cavar, cuando tres de ellos se ahogaron en el instante, sin que fuese posible salvarles la vida y los demás estuvieron muy incomodados. Berard, cuenta, que habiéndose enterrado el cuerpo de un hombre muy gordo, sólo a pie y medio de hondo, no se le pudo cubrir, sino con un pie de tierra y una losa de siete a ocho pulgadas de altura: que muy pronto comenzaron a salir de allí vapores cadavéricos, con tanta abundancia que fue preciso desenterrarle; pero de los tres sepultureros, que se encargaron de hacerlo, dos se sintieron con el estómago tan revuelto y con tales vómitos que dejaron la obra; y el tercero que se empeñó en concluirla murió al cabo de diez días. Ramazini trae el caso de un sepulturero, que habiendo bajado a un sepulcro para despojar un cadáver que había sido allí depositado, hacía poco tiempo, quedó ahogado y muerto. Ilaller probó que una Iglesia había sido inficionada con las exhalaciones de un solo cadáver, doce años después de enterrado, lo que causó una enfermedad muy peligrosa en todos los moradores de un convento.

Murió en Nantes, ciudad de Bretaña, un señor y queriendo colocar su ataúd en sitio más preeminente, fue preciso mudar otros de lugar, particularmente el de un pariente suyo enterrado allí algunos meses antes; llenose en el momento la Iglesia de un olor nauseabundo. Poco tiempo después murieron los cuatro operarios que mudaron las cajas y otras cuatro personas de las que asistieron al entierro. Los seis sacerdotes que oficiaron en esa función, se enfermaron gravemente. Había en Saulien, ciudad de Borgoña, una calentura catarral epidémica bastante benigna. Veinte y tres días después de haberse enterrado en la Iglesia Parroquial de San Saturnino un hombre de mucha corpulencia, se hizo una hoya al lado de la suya para sepultura de una mujer parida, muerta de la calentura puerperal, y en el mismo instante se llenó la Iglesia de un hedor horrendo que volcaba por todas partes las personas que había dentro. Al meter en la hoya el cuerpo de la mujer, una cuerda que se deslizó hizo que se diera un golpe el ataúd, del cual salió una porción de materia tan hedionda, que los asistentes no podían aguantar. De ciento setenta personas que entraron en la Iglesia, ciento cuarenta y nueve fueron acometidas de una calentura pútrida maligna y murieron quince. Después de este suceso, la calentura tomó un carácter muy maligno y no se pudo dudar que la malignidad procediese de la infección de la Catedral.

La infección que produce la podredumbre, de los cadáveres, no solamente daña el aire ambiente, sino también penetrando a través de la tierra, malea las

aguas que corren por debajo: una epidemia de diarreas, disenterías y calenturas malignas atacaron a un gran número de personas cuando hicieron la exhumación de los cadáveres enterrados en el cementerio de los inocentes en París, habiéndose observado el mayor estrago de esta epidemia en las calles inmediatas al dicho cementerio; y el agua de los pozos que había en Versailles, más abajo del cementerio de San Luis, para nada podía usarse por la mucha hediondez que había adquirido.

Siendo Cura Párroco del Presidio de Melilla D. Cristóbal de Torres, reparó en su feligresía algunos años mortandad tan extraña, que hubo años de morir cerca de seiscientas personas. Discurrió cuanto pudo y preguntó a varios sujetos de Europa para averiguar la causa de tantas muertes, pero no le fue posible conseguirlo, hasta que madrugando mucho algunos días vio que por las ventanas de la Iglesia salía un vapor muy denso a manera de niebla. Al instante se le ocurrió que el morir tanta gente en aquel pueblo, no podía menos de provenir de enterrarse todos los difuntos en la Iglesia por cuyas ventas salían los vapores pútridos de los cadáveres, resultó el caso, manifestando sus sospechas, con los médicos, quienes hicieron anatomía de los difuntos, hallaron sus cuerpos llenos de gusanos y opinaron que la causa del daño era con efecto la que sospechaba el Cura Párroco, haciendo en su sentir más perniciosos sus influjos, el ir a misa a resollar los vapores pútridos en ayunas, aquellos pobres feligreses. En vista de lo cual, se dio cuenta de todo al Rey, éste mandó que se tomara cuantas provincias cupiesen para alejar aquella epidemia; quitó la tierra de la Iglesia, se cebó otra nueva, se picaron las paredes, se renovó todo, e hizo fuera un cementerio para enterrar los muertos, no se volvió a enterrar ninguno en la Iglesia y el mal cesó enteramente. En la villa del pasaje se repitió un caso análogo al de Melilla: hubo una epidemia terrible de fiebres malignas, ocasionada por la multitud de cadáveres que se habían enterrado en su Iglesia y era tal la fetidez que ésta despedía, que los vecinos se vieron en la necesidad de taparle las puertas y darle respiración por el tejado.

No acabaría si continuara refiriendo los desastres que la Europa sufrió en el siglo XVIII por la mala costumbre que allí se había introducido, de enterrar los muertos en los templos. Era preciso que al fin sucediera lo que sucedió entonces, pues saturada la tierra de todas las Iglesias con las sales y jugos de los cadáveres, estaba ya en incapacidad de absorber nuevos jugos y de descomponer las carnes, las cuales tenían que despedir todos sus vapores en la atmósfera.

Al fin fueron ya tan claros y tan repetidos los sucesos, que las potestades civiles y eclesiásticas se vieron en el caso de dictar serias y eficaces providencias: Monseñor Lomenie, Arzobispo de Tolosa en 1775, expidió un decreto mandando construir un cementerio fuera de los muros de la ciudad para enterrar todos los muertos, prohibiendo absolutamente que se enterraran en las Iglesias; los Obispos, los Canónigos, el Comandante general y ningún otro, debían enterrarse cuando allí murieran en una capilla sin techo que estaba cerca de la Catedral. El rey de Francia dio una ley en 1776, restringiendo mucho los entierros en las Iglesias y mandando construir cementerios. En 1777, Víctor Amadeo, Rey de Cerdeña, mandó hacer dos cementerios fuera de los muros de la ciudad de Turín y prohibió los entierros en los templos. El Rey de España Carlos III expidió la real cédula de 3 de abril de 1787, mandando construir cementerios y restringiendo mucho el derecho de enterrarse en las Iglesias. Desde esta época para adelante han seguido expidiéndose en toda la Europa leyes y reglamentos sobre sepulturas, cada vez mejores.

Esto es lo que pasó en el antiguo mundo veamos ahora lo que ha pasado de este

lado de los mares. Los guanches de las islas Canarias embalsamaban sus cadáveres y los ponían ordenados en filas dentro de unas cuevas excavadas en los montes, según refiere el Barón de Humboldt. Los Chinos y los peruvianos, dice Piattoli, que viven en los últimos extremos de la tierra, tenían lo mismo que los etíopes y los persas, cuevas y otros parajes destinados exclusivamente para sepultar sus muertos. Los habitantes de las orillas del Orinoco, queman los esqueletos de sus deudos, y reducidos a polvo los mezclan con sus bebidas y los beben para servir ellos mismos de sepulcros a las personas que tanto amaron. Zimermam cuenta que hubo pueblos en la América del Norte que abandonaban los cadáveres sobre las alturas a la intemperie de los elementos y voracidad de los animales. Otros cuentan que los esquimales quemaban los cadáveres y creen sagrado el terreno en que se verificó la combustión. Y Clavijero asegura que los chichimecas enterraban sus cadáveres en las cuevas de los montes; que los zapotecas los embalsamaban; y que los aztecas los quemaban. Refiere muy minuciosamente el ceremonial con que hacían los mexicanos la combustión y por fin dice las siguientes palabras: *“La mayor parte de sus cadáveres se quemaban; solo se enterraban entero los de aquellos que morían ahogados o hidropesía o de no sé qué otra enfermedad; pero ignoro la causa de esta diferencia.”* Más adelante añade, que los pocos cadáveres que se enterraban se ponían en sepulturas además de piedras y cal sentados en una silla baja.

Estas precauciones ponen de manifiesto el grado de cultura a que habían llegado los mexicanos, pues en una ciudad como era entonces México, en una posición enteramente insular y con la agua tan cerca de la superficie de la tierra, el enterramiento de las muertos hubiera sido peligrosísimo para los vivos; por eso los pocos que se enterraban, quedaban como encerrados en cajas de piedra, y los demás reducidos a cenizas, incapaces ya de hacer daño, se ponían en ollas de barro y se enterraban cerca de los adoratorios. Solamente las cenizas de los Reyes se ponían en las torres de los templos.

En el distrito de la Laguna de Parras, en el Estado de Coahuila, se encuentran grandes cuevas llenas de cadáveres. Yo pude estudiar tres de ellos que me regaló el Sr. Lic. Galindo, estaban descarnados y secos, reducidos a esqueletos compuestos de los huesos, y sus ligamentos en el estado y forma de que los Anatómicos llaman esqueleto natural. Tenían quitados los brazos y las piernas y estas piezas, bien dobladas, estaban metidas en la cavidad del pecho y el todo liado con una banda tejida en forma de red de una especie de pila; de tal manera que formaba un paquete como de cinco cuartas de largo, el cual estaba colocado sobre una estera hecha con hojas de palma. Me aseguró el conductor que había en la gruta de donde sacaron estos cadáveres, algunos centenares de ellos, colocados en filas unos a lado de otros. Las esteras y las bandas de pita estaban muy bien conservadas, lo que indica que su antigüedad no puede ser muy remota. Por la figura de sus cráneos, y atendiendo a la localidad en que se hallaban yo pienso que pueden ser de origen chichimeca.

D. Alejandro Prieto refiere en su historia de Tamaulipas haber visto cerca de Altamira, en el punto llamado “Miradores”, las ruinas de una ciudad indígena y que junto a ella a cien metros de la última casa, había un cementerio como de cincuenta metros de diámetro y sobre algunos sepulcros algunas piedras clavadas de punta y en ellas esculpido de relieve una figura humana.

Los otaitianos y algunos otros Isleños del mar del Sur entierran sus cadáveres; pero los de los más distinguidos, los ponen sobre un tablado alto a la orilla del mar y los cubren con una canoa vieja, la cual en la imaginación poética de Chateaubriand, es el símbolo de su naufragio.

En el siglo XVI los españoles nos trajeron aquí las costumbres de su patria; en consecuencia, edificaron Iglesias rodeadas de grandes cementerios. Los ricos se enterraban dentro de las Iglesias y los pobres fuera de ellas; pero todos en la parte más central de las poblaciones. Muchas epidemias padecieron los pueblos de la Nueva España en los dos primeros siglos después de la conquista; pero nadie fijó su atención, en tan largo periodo de tiempo, en los males que podían provenir de la descomposición de los muertos en los lugares habitados.

El Concilio III mexicano, que pudo haber reformado este punto de disciplina eclesiástica, solamente mandó: "Que no se coloque túmulo en el sepulcro de cualquiera persona, sea del estado y graduación que fuere... Ni se construyan en las Iglesias sepulcros de piedra y de madera, cuyo pavimento sobre salga."

En Monterrey hubo desde sus principios dos Iglesias, la Parroquia, que hoy es Catedral, y la del Convento de San Francisco, ambas rodeadas de sus correspondientes cementerios, la primera se enterraban los blancos y en la segunda los indios. Mas después se agregó la Iglesia de San Francisco Javier, en donde hoy está el Palacio del Gobierno, ésta tuvo también su cementerio, y sirvió lo mismo que las otras, para enterrar muertos, de manera que en esas tres Iglesias y sus cementerios están sepultados los cadáveres que produjo Monterrey en más de doscientos años. Yo he visto el testamento del General D. Francisco Báez Treviño, en el cual manda que cuando muera lo sepulten en la Iglesia de San Francisco Javier, en lugar en que están enterrados los cadáveres de su esposa y de su hijo el Padre Ignacio Treviño de la compañía de Jesús.

Aunque la real cédula de 3 de abril de 1787 dispuso que se hicieran cementerios, y se enterraran muy pocos en las Iglesias y aunque Carlos IV añadió otra, limitando más los entierros en los templos y mandando que sin excusa ni pretexto se construyeran cementerios; sin embargo, los abusos aún seguían cometiéndose con demasiada frecuencia, pues las Cortes en 1 de noviembre de 1813 mandaron que se publicaran todas las leyes y órdenes concernientes al arreglo de cementerios y sepulturas, y que se cumplieran exactamente, exigiendo la responsabilidad a las autoridades que fueran omisas en su cumplimiento. A pesar de esta orden, en las Indias no se daba entero cumplimiento a las dichas leyes, por lo que el Rey expidió la real orden de 16 de abril de 1819, por lo cual manda a los Vice-Patronos y Prelados Diocesanos de las Indias, procedan de común acuerdo al arreglo de cementerios y reforma de los abusos que se noten conforme a las reales disposiciones citadas.

Era Obispo de Monterrey cuando llegó esta real orden, el Illmo. Sr. D. Ignacio de Arancibia, el cual, de acuerdo con el Gobernador civil, mandó construir un cementerio tras de la capilla de la Purísima Concepción, situada a extramuros de la ciudad al lado del Poniente, prohibiendo conforme a la orden de 1813 los enterramientos dentro de poblado. En los primeros tiempos se cumplió tan fielmente esta orden, que aún los Canónigos que murieron entonces se enterraron en este cementerio; yo me acuerdo haber visto allí las bóvedas en que estaban sepultados el Doctor Cantú, el Doctor Ugarte y otros varios señores. Este cementerio se concluyó en 1823.

Más bien que cementerio era un verdadero panteón, pues tenía en el centro una cúpula muy elegante sostenida sobre cuatro columnas, que servía para poner los cadáveres, mientras llegaba la hora de sepultarlos; alrededor de esta cúpula había, contra las paredes, bóvedas o nichos para poner a los ricos; y en el suelo enterraban los pobres. Las bóvedas del lado del Sur eran las de los Sacerdotes y las demás para los que no lo eran. En los 27 años siguientes ningún muerto se enterró en las Iglesias,

sino todos en este camposanto; pero en 1850 murió el Señor Gobernador de Parás, cuyo cadáver fue sepultado en la Catedral y con este ejemplo volvió a abrirse la puerta al abuso de enterrar en los templos.

En el año de 1833 sobrevino por primera vez la epidemia del cólera morbus asiático y la Junta de Sanidad dispuso entonces que no se removiera para nada la tierra del cementerio, sino que todos los muertos del cólera se enterraran en la comenzada capilla del convento de Capuchinas, que es hoy el cuartel de Iturbide; pasado el cólera volvieron a enterrarse los muertos en el cementerio, vulgarmente llamado camposanto. Creció después la población hacia el Occidente, de manera que para el año de 1849 estaba ya este camposanto rodeado enteramente de habitaciones, motivo por el cual se había pensado mudar a otra parte el lugar de los entierros. Sobrevino en este mismo año de 49 la segunda epidemia del cólera morbus y entonces la Junta de Sanidad mandó hacer el camposanto nuevo que es el que actualmente está en uso y era el antiguo, el cual se destruyó catorce años después.

Para la formación del nuevo camposanto se tomaron cuatro manzanas, según están delineadas en el plano del nuevo repueblo del Norte levantado por el Ingeniero Stil. Estas cuatro manzanas con la calle intermediaria que las divide, formaron un cuadro de 212 varas por lado, en el centro de este cuadro se inscribió otro más pequeño de 150 varas por lado. Debía tener dos cercas, la exterior que encerrara todo el terreno del camposanto y la interior que circunscribiera un cuadro de 150 varas, de manera que entre cerca y cerca, quedaba por todas partes una zona de 31 varas de ancho. El cuadro del centro se destinó para la sepultura común y la zona que quedaba entre las dos cercas, para poner corredores, bóvedas, gavetas y cuantos monumentos quisieran. Se mandó entonces que todos los muertos del cólera y otras enfermedades miasmáticas se enterraran en la zona por el lado del Poniente y así se hizo. Pasada la epidemia del cólera asiático, comenzaron a enterrarse los muertos en el cuadro central, comenzando por el ángulo del Sur y del Poniente mandándose seguir los entierros en líneas paralelas del Sur a Norte, hasta que la última sepultura se hiciera en el ángulo del Norte y del Oriente. En la área de 150 varas por lado que tiene este cuadro, caben 7000 sepulcros y si se hubiera seguido el orden prescrito hubiera venido a abrirse de nuevo cada sepulcro a los 12 o 14 años, tiempo más que suficiente para la completa destrucción de los cadáveres.

Pero sucedió que no se hicieron las cosas como se previno, sino que solamente hicieron la cerca interior y no la exterior, porque les pareció demasiado costosa y discurrieron poner en la zona que rodeaba el camposanto, una arboleda y para que la pusieran, dieron por cinco años un día de agua a un cierto vecino y este gastó el agua en regar unas labores que tenía y jamás plantó ningún árbol en el camposanto. Los pocos muertos del cólera asiático, que resultaron de la pequeña epidemia de 1866, se enterraron en la parte del Norte de la zona exterior del camposanto. En las partes austral y oriental, no se ha enterrado nadie hasta ahora.

Estuvieron los cementerios, como es bien sabido, bajo la inspección del Gobierno eclesiástico, hasta que la ley de 31 de julio de 1859 los quitó a la Iglesia y los puso bajo la inspección de las autoridades civiles. En consecuencia, nombrado en Monterrey el Juez civil bajo su cuidado quedó el camposanto; pero en vez de seguir el orden de los entierros prescrito por la Junta de Sanidad diez años antes, se comenzaron a hacer entierros en el punto que el sepulturero o los interesados querían y a vender pedacitos para levantar bóvedas y monumentos, todo dentro del lugar destinado para la fosa común y sin orden alguno, sino que cada uno compra en el punto que

quiere. Además, a las sepulturas no se les da la profundidad de seis pies que manda la ley, sino tres o cuatro cuando más y como ni el sepulturero ni nadie sabe a punto fijo qué tiempo ha que se abrió una sepultura, porque por la falta de orden no es posible saberlo, resulta que muchas veces abren una sepultura en donde hay un cadáver de cuatro a seis meses de enterrado.

Tales desórdenes han motivado que este camposanto se haya convertido en un foco de infección, mucho antes del tiempo en que debiera haber llegado a saturarse de podredumbre, si se hubiera seguido el orden debido. Pero aunque el artículo 4 de la citada ley de 31 de julio de 1859 supone que en cada cementerio ha de haber un administrador en éste nunca lo ha habido, ni en tiempo que estuvo en poder de los curas, ni ahora que lo está en poder de los Jueces civiles; sino que siempre ha estado al cuidado de un simple sepulturero, que por fuerza ha de ser un hombre ignorante que ni siquiera sabe que existe una ley de cementerios, ¿Qué esperanza puede haber de que esta ley se le dé entero cumplimiento?

En los tiempos antiguos, así como en los modernos, en el viejo mundo, así como en el nuevo, en todas partes los hombres todos han procurado, como un consentimiento unánime, separar de sí los muertos haciéndoles cuantas honras han estado en su mano; grave pena y gran deshonor era para los antiguos el quedar insepultos; si un General no cuidaba de hacer los honores fúnebres a sus soldados muertos en batalla, tenía que responder a gravísimos cargos; habiendo muerto Sísifo y quedado su cadáver insepulto, consiguió de los Dioses infernales la gracia de volver al mundo a dar las disposiciones necesarias para su entierro. Libaciones, sacrificios, vasos lacrimatorios, estatuas, coronas y oraciones fúnebres, todo les parecía poco para honrar la memoria de sus muertos. Los aztecas también hacían solemnísimas exequias a los difuntos y colocaban en sus sepulcros manjares, instrumentos de guerra y de artes, utensilios de piedra, de barro o de metal y cuanto tenían de más preciosos. Cortés refiere en una de sus cartas que en una entrada que hicieron en México, cuando estaba sitiada por su ejército los soldados hallaron mil y quinientos castellanos de oro, en un sepulcro que estaba en la torre de un templo.

A veces el prurito de honrar la memoria de los que fueron, llegó a tal extremo, que pasando los límites de la razón, produjo aberraciones horribles: Augusto sacrificando trescientos prisioneros sobre el sepulcro de su tío Julio César, Evandro degollando sobre la tumba de Palaute los prisioneros que le mandaba con este fin el piadoso Eneas, Pirro inmolando a la inocente Polixena en el sepulcro de su padre Aquiles, y los mexicanos y los mixtecas sacrificando esclavos de sus príncipes, son ejemplos palpitantes de tan lastimoso extravío del entendimiento humano. Hoy reducidas las cosas a términos mejores y más racionales se tiene por obra de misericordia enterrar los muertos y se les tributan tiernos y sentidos honores, que en nada se oponen a la justicia ni a la razón.

SEGUNDA PARTE

LA HIGIENE DE LAS SEPULTURAS

De todo lo antes dicho se infiere que el hombre para librarse del mefitismo y honrar al mismo tiempo la memoria de sus muertos, ha recurrido a medios muy variados; pero que pueden reducirse a cinco, que son: primero, la exposición al aire libre; segundo, el arrojarlos a las aguas; tercero, quemarlos; cuarto, embalsamarlos; y quinto, enterrarlos.

La exposición al aire libre, hace que los cadáveres en su mayor parte sean devorados por los cuadrúpedos carnívoros, por los buitres y otras aves y por los insectos que acuden a millones a depositar sus larvas en las carnes hediondas y estas larvas o gusanos viven algunos días devorando aquellas carnes para transformarse después en insectos perfectos. La parte de los cadáveres que no ha sido consumida por los animales, se resuelve en gases, líquidos y sales, los gases son: el ácido carbónico, el óxido de carbono, el hidrógeno sulfurado, el hidrógeno fosforado y el sulfhidrato de amoníaco; los líquidos tienen todos por base el agua que tiene en disolución sales y gases; las sales son el carbonato de amoníaco, el carbonato y fosfato de cal y algunos otras de menor importancia. Las emanaciones que despiden las materias animales en descomposición, están formadas de vapor de agua de todos los gases dichos y de una materia que la química no basta a descubrir; pero que la revela el microscopio y es una materia orgánica extremadamente dividida, aun no bien descompuesta, y que contiene infusorios vivientes infinitamente pequeños y que aplicados a otras materias orgánicas, hacen en ellas el oficio de fermentos. Estas emanaciones son dañosísimas y en las gentes que las respiran o las absorben por la piel o por las mucosas, producen enfermedades malignas, pútridas, gangrenosas y que fácilmente se transmiten por contagio. Las emanaciones de un solo cadáver infestan la atmósfera, estando el aire tranquilo en un radio de diez metros; más allá de este término comienzan a diluirse y a hacerse menos peligrosas.

El aire con sus corrientes puede llevarlas a grandes distancias; pero de cualquiera manera que sea, van siempre diluyéndose cada vez más y más en la atmósfera, hasta que llegan por la extrema separación de sus moléculas a ser casi inocuas. Las emanaciones que se levantan y se extienden en el aire bajo el influjo de los rayos solares por la noche se condensan con el frío, así es que es más peligros respirarlas en la noche que en el día. Ellas se disuelven en las aguas y las infestan, por lo que es muy peligroso hacer uso de las aguas que están cerca de los focos de infección. Penetran

en la tierra y se adhieren a los objetos que tocan y así pueden ser transportadas a grandes distancias. Algunos piensan que si una mosca come de un cadáver podrido y pica luego a una persona, le inocula la pústula maligna.

Si los cadáveres expuestos para podrirse al aire libre son muchos, sus emanaciones pueden infestar un radio tanto más grande, cuanto mayor es el número de muertos. Aristóteles aconseja a su discípulo Alejandro, que cuanto antes se retirara con su ejército después de la batalla de Arbelia, para que la corrupción de los cadáveres, que debía necesariamente suceder, no infestara las tropas de enfermedades pútridas.

Un cadáver expuesto al aire libre, se resuelve enteramente en elementos químicos y deja de ser dañoso a los vivos al cabo de pocos meses, quedando por algunos años los huesos que al fin llegan también a reducirse a polvo. El calor, el aire húmedo, las tempestades y las lluvias aceleran su descomposición, y el frío y la sequedad la retardan.

Los cadáveres arrojados a las aguas se descomponen más o menos pronto, según diversas circunstancias; en el mar la multitud de animales carnívoros pueden consumir muy pronto un cadáver y aun hay peces enormes que pueden tragarlo entero; pero si se pudre en las aguas, la enorme cantidad de ellas y el movimiento constante de las olas diluyen las emanaciones que se desprenden hasta hacerlas insensibles e inocuas; por otra parte las sales contenidas en la agua del mar, impiden o moderan el movimiento de fermentación.

No sucede lo mismo si se arrojan los cadáveres en los ríos, pues allí los animales son más pequeños y en menor número y por consiguiente la mayor parte de la materia prácticamente tiene que macerarse y podrirse en el agua y disolviendo esta los gases y la materia a medio podrir, se infesta de una manera terrible; muchos creen y acaso no sin razón que el cólera morbus asiático es producido por los miasmas que despiden las aguas del Ganges, en las cuales tienen los Indios la costumbre de arrojar los cadáveres y pudriéndose estos ahí, junto con restos vegetales y con restos de los insectos que tanto abundan en aquel paraje, favorecido todo por el calor y la naturaleza del terreno produce una especie de malaria, que es la causa del cólera.

Si los muertos se ponen en un estanque, como allí las aguas no corren y los animales son mucho menos que en los ríos, la masa total del agua se infestará con la podredumbre, convirtiéndose en foco de infección, tanto más peligroso, cuanto la cantidad relativa del agua sea menor, respecto de la cantidad de materia pútrida.

El modo más eficaz de consumir los cadáveres, sin que infesten el aire y sin que hagan daño a los vivos, es sin duda alguna la combustión; pues ella resuelve la materia orgánica en sus elementos primitivos, sin que pase por la fermentación pútrida; y en un tiempo extremadamente corto que no pasa de una a dos horas, quedan volatilizados todos los líquidos y gases que el cuerpo contenía y sólo queda una pequeña cantidad de cenizas enteramente inofensivas.

La costumbre de quemar los cadáveres es muy antigua y fue tenida como muy honrosa en los pasados tiempos; pero la Inquisición, aplicándola como castigo infamante a los cadáveres y aún los huesos secos de los que habían sido herejes, la hizo odiosa y temible.

Hoy comienza a rehabilitarse este modo tan útil de destruir y honrar al mismo tiempo los cadáveres, pues reducidos a muy pocas cenizas, pueden estas guardarse en cualquier lugar sin perjuicio de nadie. Pero tiene la combustión el inconveniente de ser algo costosa y no estar por tanto al alcance de los pobres y también en ciertos casos el de borrar las huellas de un delito.

Embalsamaban los antiguos los cadáveres con la cera, la miel, las resinas, los aromas el aserrín del cedro, de las maderas resinosas y otras varias materias. Los egipcios se hicieron célebres por la perfección a que llevaron el arte del embalsamamiento. Los modernos han discurrido inyectar los cadáveres con sustancias que los hagan imputrescibles. Se hace esta operación abriendo una de las carótidas primitiva, se introduce en ella el sifón de una jeringa a propósito y se inyectan diez o doce libras de líquido que contenga la sustancia que se quiere emplear.

Las materias empleadas hasta ahora para la inyección de los cadáveres, han sido; el sulfato simple de alumina, el cloruro de zinc, el sublimado corrosivo, el arsénico blanco, el acetato de alumina y algunas otras. Al arsénico lo han desechado algunos, porque se inutiliza el cadáver para buscar en él los indicios de un envenenamiento por las preparaciones arsenicales. Para mí, lo mejor es el acetato de alumina, porque a más de ser eficacísima para impedir la putrefacción, es de muy poco costo.

En el año de 1861 murió en Monterrey el Illmo. Señor Don Joaquín Fernández de Madrid, Obispo de Tenagra, el cual me encargó que embalsamara su cadáver de tal manera, que pudiera conservarse en una caja sin enterrarlo aquí y que en primera ocasión se mandara a México para colocarlo en un sepulcro que él tenía hecho a propósito para sí. Luego que murió hice preparar el acetato de alumina por doble descomposición del alumbre y el acetato de plomo, hasta que el líquido decantado marcara 18 grados del areómetro de Beaumé: le inyecté por la carótida izquierda hasta doce libras de este líquido: con una sonda gruesa le inyecté también en el esófago, la laringe y el ano otras ocho libras, lo coloqué en un ataúd de plomo que se tenía preparado y lo cubrí con una sabana empapada en el mismo líquido, vertiendo entonces todo el que me había sobrado, en cuyo estado lo dejé permanecer cinco días, al cabo de los cuales, lo saqué, le abrí el tórax y el abdomen, y le quite las entrañas, las cuales no habían sufrido alteración alguna: sequé el cadáver en poco tiempo poniéndolo entre piedras de cal viva y cuando estuvo bien seco, en términos de sonar como madera, le di cuatro manos de barniz de coche en el cual se había disuelto una fuerte dosis de sublimado corrosivo: lo deje secar al aire libre, le llené después el vientre y el pecho de algodón, le puse sus vestiduras y lo coloqué en su caja de plomo sin soldar la tapa y se encerró todo en una caja de madera.

En ese estado permaneció aquí mucho tiempo porque no fue posible mandarlo a México a causa de la revolución en que se halló el país, hasta que al fin fue posible remitirlo. Había estado algo más de cuatro años depositado en la sacristía de San Francisco, antes que lo llevarán, abrí la caja, lo examine y estaba exactamente en el mismo estado que cuando allí lo puse. Entonces hice soldar la tapa de la caja de plomo y cerrar con llave la de madera; y así se remitió.

El embalsamamiento aunque es un medio seguro de conservar los cadáveres sin putrefacción, es demasiado costoso, por lo que, sólo puede aplicarse a personas muy distinguidas y ricas.

La exposición de los cadáveres al aire libre, fue usada solamente por muy pocos pueblos salvajes y por los romanos en el campo Esquilino. La inmersión a las aguas ha sido también usada por pocos pueblos, y la usan todavía hoy, por necesidad, los navegantes.

La combustión usada desde la más remota antigüedad, muy en uso entre los Griegos y Romanos, casi general en la ciudad de México antes de la conquista y que trata hoy de restablecerse, tropieza con la dificultad del gasto necesario para hacerla, lo que ha dado y dará por resultado que no pueda adoptarse como método general de consumir los cadáveres.

El embalsamamiento es más costoso y más trabajoso de hacer que la combustión y así es, que es menos posible de adoptarse para la generalidad y quedará siempre reducido a ser empleado en muy pocos casos. El enterramiento de los muertos es el único modo de consumir los cadáveres que se ha usado en todos los tiempos y se usa hoy como método general; y probablemente se usará en lo sucesivo. Me ocuparé, pues, de decir algo sobre el modo con que se destruyen los cadáveres sepultados en la tierra y las consecuencias que de esto se siguen.

Para que la fermentación pútrida se establezca y destruya un cadáver, se necesitan las tres condiciones indispensables, de estar en contacto con el aire, de tener cierto grado de humedad y una temperatura que ni baje de 0 ni suba de 60 grados del termómetro centígrado. Cualquier materia orgánica que esté privada enteramente del contacto del aire, no se pudre: tampoco se pudre si está enteramente seca; y si está a una temperatura muy baja se conserva indefinidamente. Entre los hielos del Norte se han encontrado cadáveres de animales antediluvianos, tan perfectamente conservados, como si acabaran de morir, a pesar de tener más de cuatro mil años de muertos; y si por el contrario la tal materia orgánica se pone a una temperatura muy alta, se evapora el agua prontamente y quedando seca ya no se pudre; si la temperatura se sube más, se tuesta y si aun se eleva otro poco se quema. En la África intertropical, donde el calor suele subir a 70 grados los cadáveres sepultados en las arenas se secan prontamente y permanecen incorruptos indefinidamente.

Además, así como hemos visto que se preparan los cadáveres por inyección con algunas sales que impiden que se corrompan, suele haber también en algunas tierras sales que impidan la corrupción y momificando los cadáveres los conservan; por el contrario, se dice que la tierra del Aceldama consume y reduce a polvo los cadáveres en muy poco días y que por esto mandó Santa Elena llevar a Roma doscientas y setenta naves cargadas de esta tierra y con ella hizo un cementerio cerca del Vaticano en el punto llamado Camposanto. Y no solamente las sales preservan de la corrupción a los cadáveres, sino que también sucede a veces que colocados estos en cuevas, sepulturas o bóvedas llenas de ácido carbónico, se conservan indefinidamente y aun se momifican, porque como este gas es tan pesado, impide la introducción del aire y por consiguiente, la corrupción.

La ignorancia de las leyes de la naturaleza hace a los hombres incurrir en los errores más groseros; la mayor parte de los pueblos cristiano cree que los cadáveres que no se corrompen son de santos, porque dicen que solamente la santidad puede milagrosamente impedir la corrupción, por el contrario para ciertos pueblos del Norte, los cadáveres incorruptos son vampiros, que salen todas las noches de sus sepulcros y van a chupar la sangre de los que duermen, prefiriendo para eso a sus parientes y amigos. Vampiro es palabra esclavona, que equivale a la castellana sanguijuela. Para los que creen en el Vampirismo, las extravasaciones de sangre, equimosis o manchas sanguíneas son sugilaciones, es decir chupaduras y piensan que son las señales que dejan los Vampiros en los puntos en que chuparon la sangre.

Puesto un cadáver bajo una capa de tierra comienza muy pronto a descomponerse, porque él tiene bastante humedad, el aire y el calor de la atmósfera penetran hasta donde él está, la descomposición es menos pronta que al aire libre, y las emanaciones cadavéricas tiene que atravesar la capa de tierra para difundirse en la atmósfera, por lo que pasan como filtradas, y el aire que las recibe se satura menos que cuando proceden del aire libre. Mientras más profundo esté enterrado un cadáver y mientras más apretada esté la tierra, más tarda en descomponerse, porque las influencias

atmosféricas tardan más en llegar a él y las emanaciones que despide tardan más en salir. Los ataúdes en que están los cadáveres retardan también la putrefacción, tanto más, cuanto mayor sea la densidad de la materia de que están formados; un ataúd de pino la retarda un poco, otro de encina la retarda más todavía; y uno de plomo o de zinc la retardará más todavía; pero al fin la expansión de los gases es de una fuerza tal, que rompe las soldaduras de los metales, deshace las juntas de las tablas, atraviesa la tierra y por fin se esparce en la atmósfera. Penetran también las emanaciones cadavéricas, la tierra hacia abajo y hacia los lados, e infestan las aguas que corren subterráneas.

Mucho se ha trabajado para determinar el tiempo que tarda un cadáver en consumirse completamente dentro del sepulcro, y es muy grande la diferencia con que han resuelto este punto diversos autores; para Gmelin es de 30 a 40 años; para Frank de 24 a 25; para Pyler de 14; para Walker de 7; para Moret de 3 y para Orfila de 18 meses. La causa de tanta diferencia es que los unos calculan el tiempo en regiones muy frías, y los otros en regiones templadas; los unos en terrenos secos y los otros en tierras muy húmedas; los unos consideran los cadáveres encerrados en féretros de plomo y los otros en féretros de pino. Orfila hizo sus experiencias en Francia en cadáveres encerrados en cajas de pino y enterados a seis pies de profundidad; y comprobó que a los diez y ocho meses estaban las carnes consumidas y los esqueletos secos. El gobierno francés para obviar inconvenientes, mandó que ningún sepulcro se abriera sino cinco años después de haberse enterrado en él un cadáver.

Las emanaciones cadavéricas que se levantan de los sepulcros se difunden en la atmósfera, los gases más pesados como el ácido carbónico se van hacia abajo y los más ligeros como el hidrógeno se elevan en la atmósfera, y unos y otros son arrebatados por los vientos y diluidos en el aire. Conviene mucho que estos gases no lleguen a las habitaciones de los vivos, sino es en un estado de extrema dilución, lo cual no puede suceder si vienen de un paraje cercano; de aquí es, que conviene que los cementerios estén de ciento a doscientos metros de la última habitación de un pueblo. Lo mejor es que esté el cementerio al rumbo opuesto al de los vientos reinantes y puesto en una altura; o si es posible, es bueno que haya entre el cementerio y la población una loma o un bosque, para impedir con toda seguridad que las emanaciones sepulcrales se dirijan a los parajes habitados.

Cuanto mayor sea el número de cadáveres que se sepulten en un cementerio, tanto mayor es la calidad de emanaciones que se levantan; y tanto mayores deben ser las precauciones que se tomen para impedir que dañen a los vivos. Lo mejor, es facilitar la dilución de los vapores mefíticos en el aire; esto es que los vientos no encuentren ningún obstáculo para llegar al cementerio; pero que los [len] insuperables para ir del cementerio a la población.

Si los cadáveres se entierran en lugares cerrados como las casas o las Iglesias, las emanaciones pútridas que se levantan, no pudiendo diluirse en el aire, se amontonan y condensan en el reducido espacio que circuyen las paredes y los techos; y estos vapores, así dispuestos, no pueden menos que ser eficacísimos para producir las enfermedades pútridas en los infelices que los respiran. En las Iglesias, sobre todo, que tiene sus ventanas herméticamente cerradas con vidrios, durante la noche se levantan las emanaciones y no hallando salida allí se amontonan y al abrir por la mañana, los primeros que entran, son los más expuestos a enfermarse. Un solo cadáver que se entierre en una Iglesia están dando diariamente y por muchos años efluvios perniciosos, que sin no se cuida de echarlos fuera renovando allí el aire con frecuencia, llegarán a acumularse y a producir sus ordinarios efectos. Lo más seguro es, sin duda,

no enterrar a nadie en las Iglesias y otros lugares cerrados, sino que todos vayan a los cementerios construidos fuera de las poblaciones.

Hay que advertir, que en los cadáveres de los que mueren de enfermedades miasmáticas, como son las Viruelas, la Escarlatina, el Cólera Morbus asiático, la peste de Levante, el Sarampión y la calentura Miliar, el miasma que produce la enfermedad, permanece intacto por muchos años, sin que la putrefacción ni el tiempo lo alteren y queda mezclado con el polvo del cadáver y la tierra que lo rodea; así es, que se ha visto reproducirse la epidemia de las Viruelas, por haber abierto el sepulcro de un viruliento a los 30 años de enterrado; y así es también como se han visto en México y en otras ciudades reproducirse el Cólera Morbus por haber abierto sepulcros de coléricos que tenían cuatro y seis años de haber sido sepultados. Por esto, es necesario, que jamás se abran los sepulcros de los que hayan muerto de enfermedades miasmáticas, pues no es posible determinar todavía con precisión cuántos años se necesitan para que una miasma se aniquile.

Un cementerio que ha estado largo tiempo en uso, puede llegar a saturarse de materias animales, es decir, que la tierra se empapa hasta donde es posible en los jugos de los cadáveres, en los gases que despiden y en las sales que se forman; y en este estado es incapaz de provocar en los cuerpos muertos la fermentación pútrida; porque los saponifican los vapores amoniacales que se desprenden de semejante tierra; y como también produce una cantidad enorme de ácido carbónico, resulta, que no pudiendo llegar el aire a los cadáveres, porque el ácido carbónico se lo impide, entonces se conservan indefinidamente y aun se momifican si se les da tiempo, pues si se sacan antes de que se sequen bien, se pudren prontamente. El ácido carbónico de los cementerios saturados, penetra en la tierra a grandes distancias y forma depósitos en los pozos o subterráneos que están cerca como sucedió en París cuando se saturó el cementerio de los Inocentes, no sin grave perjuicio de los vecinos. Si se remueve la tierra saturada de materias animales, despiden una cantidad enorme de materias pútridas peligrosísimas. Para que un cementerio se sature, es necesario que el número de muertos que en él se entierren sea mayor del que corresponde y por consiguiente haya necesidad de abrir las sepulturas antes del tiempo preciso para la destrucción de los cadáveres.

La saturación de un cementerio se acelera por la naturaleza del terreno; la tierra arcillosa, es decir, que tiene barro, retarda la descomposición de las materias animales y por consiguiente acelera la saturación, y lo mismo hace la arena; la tierra vegetal por el contrario, acelera la putrefacción, pero siendo ella compuesta de restos orgánicos, añade su corrupción a la de los muertos, y las emanaciones que despiden entonces son más dañosas; lo mejor es que los cementerios estén en tierras en que domine el carbonato de cal.

Importa que los cementerios estén en tierra blanda que pueda cavarse fácilmente, porque si tienen cerca una capa de piedra dura, no pueden hacerse los sepulcros a la profundidad conveniente, las emanaciones son en tal caso insufribles; y como la tierra es poca, se satura fácilmente.

Un cementerio saturado debe abandonarse y hacerse otro nuevo. Con el tiempo va despidiendo poco a poco los malos vapores que contiene y al fin recobra la tierra toda su pureza y sus propiedades primitivas.

Nuestra leyes nada dicen del abandono de nuestros cementerios; las de Francia mandan que el cementerio saturado se cierre por diez años; y que concluidos, se permita sembrarlo y hasta después de otros cinco ya se podrá plantar de arboles o levantar en él edificios.

TERCERA PARTE

HIGIENE DE LAS SEPULTURAS APLICADA A LA CIUDAD DE MONTERREY

Ya hemos visto que en Monterrey antiguamente se enterraban algunos muertos en las Iglesias; pero entonces las Iglesias, o estaban techadas de zacate, o no tenían techo; a la Catedral se le pusieron las últimas bóvedas el año de 1791, es decir a los ciento cuarenta años de haberse comenzado; así es que las sepulturas que se hacían en los templos, quedaban en las mismas condiciones de las que estaban afuera y eran por tanto menos peligrosas. Ya hemos visto también, que en cumplimiento de la ley de 1819, se dejó de enterrar en las Iglesias, y que hasta el Deán de la Catedral Dr. José Bernardino Cantú se enterró en el camposanto; pero a pesar de que la ley de 31 de julio de 1859 renovó formalmente la prohibición de enterrar en los templos, con el transcurso de los años los poderosos han vuelto a adquirir el privilegio deletéreo, como le llamaba Haguenot, de enterrarse en las Iglesias. Se dirá que son muy pocos los muertos que gozan de semejante privilegio y esto es lo mismo que decir, que será poco el daño que hagan y yo creo que este daño por poco que sea debe evitarse, pues es muy posible hacerlo. Se acostumbra mandar dos médicos cuando un muerto se entierra en una Iglesia, para que vean que todo se haga de modo que no perjudique a nadie; pero por más diligencias que ellos hagan, jamás podrán hacer que un cadáver enterrado deje tarde o temprano de despedir emanaciones pútridas, a no ser que lo embalsamen o lo quemen.

Tenemos en Monterrey un cementerio que se ha inutilizado por el desorden con que en él se han hecho los entierros. En 1849, cuando se hizo ese cementerio, al Dr. D. Carlos Ayala y a mí nos tocó determinar sobre el lugar en que debía ponerse y condiciones que debía tener. En aquella época no pudimos hallar en nuestra legislación disposiciones suficientes relativas al caso, pues lo más que dice la real cédula de 1787 es que los cementerios estén fuera de las poblaciones y la de 1804 en su artículo segundo, que estén en lugares bien ventilados, en tierra propia para absorber la materia pútrida, que se evite aun el más remoto riesgo de filtración o comunicación con las aguas potables del vecindario; y que se examine el terreno por profesores de Medicina acreditados; así es que, para completar lo que nos faltaba, tuvimos que atenernos a las conocimientos; higiénicos y a leyes extrañas. La francesa de 1804, citada por el higienista Levy, nos pareció buena y de ella tomamos lo que creímos más conveniente procurando excedernos en cuanto a las precauciones que

deben tomarse en tal caso; esa ley quiere que el cementerio se sitúe a cien metros de la ultima habitación, nosotros lo pusimos a cuatrocientos; dispone que estén en lugares altos con exposición al Norte, nosotros lo situamos al Poniente y Norte de la ciudad; porque es lo más alto y los vientos reinantes son los del Noreste; manda así mismo la dicha ley, que una vez enterrados los cadáveres, no se abran los sepulcros si no cada cinco años; por consiguiente, los cementerios deben ser tales que puedan contener los muertos de un quinquenio; Monterrey entonces tenía según el censo oficial de 1848, 13,531 habitantes y producía menos de 500 muertos anuales, por tanto, le bastaba un cementerio que pudiera contener 2500 sepulturas; nosotros tomamos un cuadro como he dicho antes de 212 varas por lado, en el cual caben 14,000 sepulcros, es decir que podía contener los cadáveres que resultaran en 28 años, creyendo, como creemos todavía, que este era el modo de que jamás llegara a inutilizarse; pero no contamos con que podría inutilizarlo el desorden. Hoy, para determinar lo que debería hacerse, es necesario tener presente lo dispuesto en los artículos 7º y 14º, de la ley de junio de 1859, y los 19 y 20 del reglamento de los juzgados civiles de 24 de julio de 1878, que a la letra dicen:

"Art. 7º. Los gobernadores de los Estados y Distrito y el jefe del territorio cuidarán de mandar establecer, en las poblaciones que no los tengan o que los necesiten nuevos, campos mortuorios y donde sea posible, panteones. Cuidarán igualmente de que estén fuera de las poblaciones, pero a una distancia corta: que se hallen situados en tanto como sea posible a sotavento del viento reinante; que estén circuidos de un muro vallado o seto y cerrados con puerta que haga difícil la entrada a ellos y que estén plantados en cuanto se pueda, de los arbustos y árboles indígenas o exóticos que más fácilmente prosperen en el terreno. En todos habrá un departamento separado, sin ningún carácter religioso, para los que no puedan ser enterrados en la parte principal."

"Art. 14. Ninguna inhumación podrá hacerse sin autorización escrita del Juez del estado civil o conocimiento de la autoridad local en los pueblos donde no haya aquel funcionario. Ninguna inhumación podrá hacerse sino veinticuatro horas después del fallecimiento. Ninguna inhumación podrá hacerse sin la presencia de dos testigos, por lo menos tomándose de estos actos nota escrita por la autoridad local de los lugares donde no hubiere Juez del estado civil y remitiéndose copia de esta nota al encargado del registro civil. Ninguna inhumación se hará, si fuere en terreno nuevo, sino a la profundidad, cuando menos, de cuatro pies, siendo el terreno muy duro y de seis en los terrenos comunes, ni en sepultura antigua, sino después que hayan pasado cinco años; ni en fosa común sino con un intermedio cuando menos de un pie de tierra entre los diversos cadáveres."

"Art. 19. Los cementerios que se construyen se colocarán siempre fuera del poblado y a la parte opuesta a los vientos reinantes en el lugar. Para estas construcciones se dará previo aviso al Gobierno, para que en vista de la necesidad y conveniencia que le demuestre el Ayuntamiento respectivo; les acuerde o no su aprobación. La construcción se efectuará con la intervención de los Jueces del estado civil y de acuerdo con ellos mismos se formará la distribución de localidades comunes y privadas."

"Art. 20. Es deber de los Ayuntamientos cuidar de que en los cementerios halla buenas plantaciones de árboles, sin perjuicio de los que quieran hacer los particulares en terrenos de su propiedad, a cuyo efecto se les concede una vara más de tierra al frente de los monumentos que levanten; pero esto se entiende siempre que estas plantaciones las efectúen dentro de un año de hecho el sepulcro."

Es así mismo necesario también tener presente, que en el cementerio se han vendido muchos terrenos para sepulcros, los cuales son propiedad de particulares, cuyo

derecho se debe respetar. Conviene, además, considerar que en ese cementerio ya no se deben hacer entierros por cuatro razones: primera, porque no es posible saber el tiempo que tiene de ocupada cada sepultura y abriéndolas se expone a hacerlo antes de los cinco años que manda la ley; segunda, porque allí se han enterrado muchos cadáveres de viruelientos, escarlatinosos y de otras enfermedades miasmáticas, cuyos sepulcros no deben abrirse jamás; tercera, porque cerca de ese camposanto hay aguas corrientes y las subterráneas están a cinco o seis varas de profundidad; y unas y otras pueden infestarse; y cuarta, porque hacia el lugar que ocupa el cementerio de que hablamos se dirige la población y dentro de pocos años estará rodeado de habitaciones y entonces la necesidad hará que se cierre perpetuamente.

Si se han de obsequiar, pues, los preceptos legales, las indicaciones de la razón, las reglas de la justicia y los consejos de la higiene, será muy conveniente dejar el cementerio en el estado que está y destinarlo exclusivamente para Panteón, vendiendo en él terrenos a los que quieran sepulcros de distinción, y hacer aparte un campo mortuorio, para los no distinguidos, el cual tenga los requisitos que exigen las leyes. La ley quiere que en todos los pueblos haya campos mortuorios y donde fuera posible Panteones, aquí tenemos ya un panteón y nos falta un campo mortuorio. Este dispone a la ley que está a sotavento del viento reinante, fuera de la población; pero no muy lejos. Terreno que tenga estas tres condiciones, sólo se halla en el Suroeste de Monterrey, en la falda de la loma. Además es terreno calizo sin mezcla de tierra vegetal, muy seco y en él las aguas subterráneas corren como a cincuenta varas de profundidad, con interposición de capas de piedra y de cantera. Por otra parte, allí no llegará a poblarse jamás por lo mucho que costaría obtener el agua y por lo muy estéril de aquella tierra.

Cuando el río se crece, ese punto queda sin comunicación con la ciudad y entonces no se podrán llevar allá los cadáveres; pero esa incomunicación es de un día o dos en cada creciente, que suelen acontecer cada tres, seis, ocho o diez años y los muertos que en esos días haya, serán siempre muy pocos y puedan enterrarse en la zona exterior del camposanto actual, en donde hay todavía algunos miles de sepulcros sin estrenar. Este inconveniente de la incomunicación cesará de todo, cuando hagan un puente sobre el río, obra que al fin habrán de hacerla, porque va creciendo mucho la población a lado del Sur. Además, tiene el terreno indicado la ventaja de que en caso de que sea conveniente agrandarlo, puede hacerse sin inconveniente alguno, aun cuando fuera necesario ocupar toda la loma.

Si esta localidad se escoge para situar el campo mortuorio, se puede escoger un lugar entre los puntos que están al sur del degolladero y enfrente de la loma del Obispado, prefiriendo el sitio en que la tierra sea más fácil de cavar. Si se pone frente al degolladero, quedará más cerca que el ahora está en uso, si se coloca como a 500 varas más arriba, quedará a la misma distancia que él; y si se establece frente al Obispado, vendrá a estar un poco más lejos.

Si no agrada la situación al Suroeste y se busca otro al Poniente o al Noroeste, siempre se tendrán los inconvenientes de ponerlo muy lejos y de dar en tierra cultivable, con aguas corrientes en la superficie y subterráneas a seis u ocho varas de profundidad.

Como quiera que sea, cuando las autoridades se resuelvan a establecer un campo mortuorio, no teman el mucho costo de semejantes obras, porque la ley es tan benigna que se conforma con que esté rodeado de vallado o de seto, es decir, de una zanja o de cercas de rama.

Conforme al censo de la población hecho en el año de 1881, el municipio de

Monterrey tiene 39,406 habitantes; y en los últimos ocho años ha habido 7,992 muertos, de modo que corresponden a cada año 999, es decir, 2 ½ por ciento sobre la población; por consiguiente, un cementerio en Monterrey debe tener capacidad para contener los muertos de un quinquenio; pero es necesario no ser tan estricto en este punto y más vale darle mayor amplitud. Tómense, pues, cuatro manzanas y divídanse en dos partes desiguales, la una de 150 varas de ancha y de 200 de larga y la otra de 50 varas de ancha y 200 de larga. La primera puede contener 10,000 sepulcros y se destinará para las sepulturas comunes y ordinarias, y la segunda contiene 3,300 sepulcros; y esta será el departamento separado sin carácter religioso, que manda la ley para enterrar en él a los muertos que no puedan ser enterrados en la parte principal, es decir, los que mueren de enfermedades miasmáticas. Debe haber en el panteón un cuarto, y en el campo mortuorio por lo menos un jacalito para depositar los cadáveres hasta que cumplan las 24 horas de muertos, porque no deben enterrarse antes.

Para que en un cementerio haya buen orden y se cumplan todas las prescripciones legales, es absolutamente necesario que esté a cargo de un Administrador inteligente, que entienda la ley y haga cumplirla; de otra manera es imposible que el servicio público de los cementerios debidamente se verifique.

Para concluir, haré unas ligeras reflexiones sobre la construcción de las bóvedas mortuorias en Monterrey. Llamen aquí bóvedas a los nichos en que se colocan los cadáveres y los hacen de un carbonato de cal amorfo y tierno, que llaman cantera, muy fácil de labrar, pero muy permeable y que con tanta facilidad lo penetra el agua como los gases; y al cabo de algún tiempo se reblandece, se disgrega y se desmorona, lo cual se ve muy bien examinando con cuidado las paredes viejas. Desde luego se deja ver que semejante material no puede ser bueno para construir las dichas bóvedas. Mucho mejor sería hacerlas de piedra de rostro y lajas, que son los materiales más resistentes que puede haber. Es la piedra de rostro una especie de pórfido que se encuentra en cubos de todos tamaños, con las cuales bien se harían las paredes del nicho, y para techarlo bastaría poner encima una laja, que es una lonja en forma de tabla de una caliza azul durísima. Estas lajas abundan aquí y las hay de todos tamaños; las labran a cincel para peldaños de escaleras y marcos de puertas y lo mismo podrían labrarlas para cubrir los nichos de los muertos. Así se les daría a estas construcciones toda la solidez y duración que merecen, sin que su costo se aumente mucho respecto de las que actualmente se usan. Para las gentes de muy buen gusto y de posibles, hay lindísimos mármoles en el cerro de la Mitra y buenos marmolistas que pueden levantar grandiosos monumentos, que autoricen y decoren el Panteón, haciéndolo digno de lucir en la magnánima ciudad de Monterrey.

ADICIÓN

Después de escrito este opúsculo, he sabido que el Ayuntamiento acordó agregar al camposanto un terreno bastante grande al lado del Norte, para que allí se hagan los entierros. Para que esta disposición no redunde en daño del vecindario, se necesitan hacer dos cosas: la primera es, que no se permita hacer habitaciones inmediatas al camposanto, sino a doscientas varas, lo menos, por los lados del Norte, Poniente y Sur, más al lado del Oriente, conviene retirarlas a mil quinientas varas; porque para ese rumbo corren las aguas subterráneas, que pueden ser contaminadas de materia pútrida; y que: no se pueble este terreno, sino hasta quince años después de que se abandone ese cementerio; y la segunda es, que este camposanto lo ajusten enteramente a las prevenciones de la ley de 31 de julio de 1859, es decir, que se

divida en tres partes, una para panteón, donde se sepulten los ricos, otra para campo mortuario en que se entierren los pobres; y en esta parte (no se venderá jamás terreno alguno a perpetuidad), y otra que sea la parte reservada en que se entierren los cadáveres de los muertos de enfermedades miasmáticas, cuyos sepulcros no deben abrirse jamás. Además, deberá hacerse un descanso o depósito para colocar los muertos ínterin se llega la hora de enterrarlos. Conviene, también, que se lleve un orden preciso en los entierros, de manera que pueda saberse a ciencia cierta, la edad de cada sepultura; y finalmente, que tal camposanto esté siempre bajo el cuidado de un hombre inteligente, que estudie la ley, que la entienda y que sepa aplicarla.

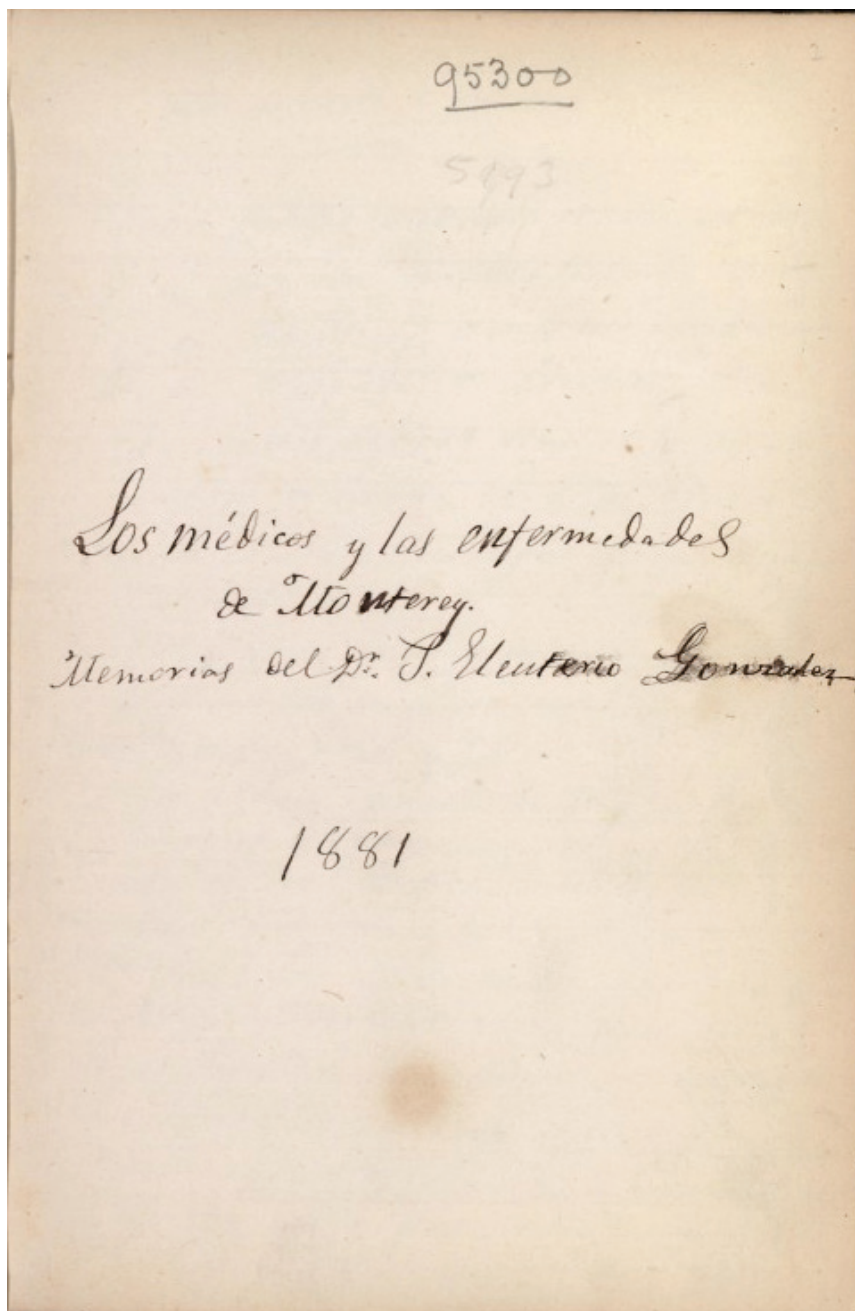
Ahora que tanto se teme que de los Estados Unidos nos venga la Viruela negra, conviene más que nunca que no se remueva la tierra que contiene los restos de los muertos de viruelas, porque esto bastaría para provocar una epidemia; y como es imposible saber en qué puntos del camposanto se encuentran dichos restos, lo mejor será no abrir ninguna sepultura vieja, y hacer desde ahora todos los entierros en la parte agregada al camposanto, cuidando de que esto se haga en buen orden, para que la parte nueva del cementerio no se inutilice como se inutilizó la antigua.

CONCLUSIÓN

Esto es lo que yo he podido decir en la importante materia de las sepulturas. Otros tomarán a su cargo el escribir después sobre este asunto y lo ilustrarán completando lo que a mí me faltó y corrigiendo los errores en que yo haya incurrido. No dudo de que así se verifiquen, porque estoy persuadido de que en el mundo la ley del progreso es una verdad. En efecto, la prerrogativa característica de la especie humana, es la perfectibilidad; es decir, que el hombre es eminentemente perfectible, o lo que es lo mismo, que la naturaleza quiere que los unos mejoren las obras de los otros, llevándolas por este medio a la mayor perfección posible. Así es que las obras de los hombres, por perfectas que parezcan, siempre son susceptibles de alguna mejora. Por esto, yo espero que este pequeño trabajo, revisándolo, criticándolo y aumentándolo algunos otros, llegue a ponerse siquiera en estado de llenar debidamente su objeto, que no es otro, sino mejorar la salubridad de los pueblos.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo	41
Historia de las Sepulturas	42
Higiene de las Sepulturas	56
Higiene de las Sepulturas aplicada a la ciudad de Monterrey	62
Adición	65
Conclusión	67



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Los Médicos y las Enfermedades de Monterrey, memorias del Dr. J. Eleuterio González*. Monterrey. 1881.

LOS MÉDICOS Y LAS ENFERMEDADES DE MONTERREY

NOTA EXPLICATIVA

LOS MÉDICOS Y LAS ENFERMEDADES DE MONTERREY

1881

Dr. José Eleuterio González

El manuscrito “Los Médicos y las Enfermedades de Monterrey” se encuentra en la Wellcome Historical Medical Library, en Londres, Inglaterra. [Número de catálogo: 83.Ms.Am. Dimensiones 78 ff, 20 x 13 centímetros, encuadernado en medio cuero verde].

Fue terminado en enero de 1881, por el Dr. José Eleuterio González, ocho meses antes de que perdiera la vista por completo durante dos años.

Tiene añadidos datos escritos por el Dr. Juan de Dios Treviño y el Dr. Eusebio Rodríguez. Gran parte de la información contenida se publicó en la Memoria del Gobernador Bernardo Reyes de 1894.

El manuscrito “Los Médicos...” fue adquirido por el coleccionista de la capital, Dr. Nicolás León. Al fallecer éste en 1929 una sección de su biblioteca fue adquirida por la “Wellcome...”

El documento fue descubierto y transcrito por el Dr. Francisco Guerra, quien lo publicó en 1968 [Los Médicos y las Enfermedades de Monterrey, 1881. La vida y la obra de Gonzalitos], con el patrocinio de la misma institución londinense.

La Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León obtuvo en septiembre del 2011, una copia digital de este manuscrito, por la intermediación de la sala Museo “Dr. Ángel Oscar Ulloa Gregori”.

Manuscrito:
Felicitación a mi muy querido discípulo y amigo el Dr. Juan de Dios Treviño.
Monterrey Marzo 8 de 1881.
J. Eleuterio González (rubricado)

LOS MÉDICOS Y LAS ENFERMEDADES DE
MONTERREY.
MEMORIAS DEL DR. J. ELEUTERIO GONZÁLEZ.
1881

LOS MÉDICOS DE MONTERREY

No he podido encontrar en los archivos noticia alguna de si hubo o no médicos en Monterrey antes del establecimiento del Obispado de Linares.

En Diciembre de 1779 vino el Sr. Sacedón, primer Obispo de Linares. Este señor traía un médico, el cual no llegó aquí porque se murió en el Saltillo.

En 1783 vino el Sr. Verger, segundo Obispo, y trajo, en calidad de médico de cámara, a Fray Antonio de la Vera y Gálvez, lego franciscano del Colegio de San Fernando de México. Este Fr. Antonio es el primer médico de que hay noticia auténtica en el archivo del Ayuntamiento. Vivió aquí hasta fines del siglo pasado y se fue a su Colegio de San Fernando; era español.

En el año de 1793 el Sr. Valdés, tercer Obispo, fundó el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, para lo que trajo al Dr. Peña, médico, y al boticario D. Francisco García, ambos españoles. El médico pronto se volvió a México, en su lugar vino un Dr. Villaverde, que no permaneció aquí mucho tiempo; el boticario García vivió muchos años en Monterrey.

En los primeros años del presente siglo vinieron D. Francisco Alanís, cirujano de las tropas veteranas y Fray Benito de Austria y Fray Blas, legos franciscanos y médicos. De estos tres Fr. Benito fue el que duró aquí más tiempo, y se fue antes del año de 1820.

En 1814 vino el General Arredondo a establecer aquí la Comandancia General de las Provincias de Oriente, y trajo de cirujano de la tropa al Sr. Pagés y de practicante a D. Francisco Arjona y a D. José María Reyes. Pagés y Arjona eran españoles y Reyes era negro guineo.

En 1821 al hacerse la independencia se fueron de aquí las tropas; se fueron con ellas el cirujano Pagés y el negro Reyes y sólo se quedó en Monterrey D. Francisco Arjona, que era practicante. Con el ejemplo de los médicos que había habido aquí y leyendo los tratados de medicina doméstica de Tissot, Buchan, Esteyneffer, Venegas y otros por este estilo, se habían formado algunos curanderos, que eran los que ejercían la medicina en Monterrey. De estos eran los más notables D. Cornelio Vara, D. Antonio Mier, D. Marcos Ayala y D. José La Madrid. En este estado estaba el ejercicio de la profesión médica al establecerse la República y erigirse Nuevo León en estado independiente, es decir en 1825.

Viendo tanta necesidad de médicos el Congreso Constituyente mandó en el plan de estudios, que se publicó en 1826, que se estableciera en el Hospital una cátedra de medicina, y autorizó al gobierno para que a los que allí estudiaran y practicasen les diera el título correspondiente, previos los exámenes.

Había ido a México D. Manuel María de Llano a estudiar medicina, se vino sin concluir la carrera y sin recibirse; así ejerció aquí la medicina muchos años con buena aceptación porque era hombre de buenos conocimientos, aunque más dado a la política que a la ciencia.

En 1828 salió expulso, como los demás españoles D. Francisco Arjona y se fue a continuar sus estudios a los Estados Unidos, de donde vino doce años después ya graduado de doctor.

En el mismo año de 1828 D. Joaquín García, Gobernador Constitucional hizo venir y contrató al Dr. D. Pascual Constanza para que se encargara de la Dirección del Hospital y de establecer la cátedra de medicina, asegurándole mil pesos que daba el Cabildo Eclesiástico por la Dirección del Hospital, ochocientos que se habían asignado en el presupuesto para la cátedra y doscientos más que daban el Ayuntamiento, de modo que era un sueldo de dos mil pesos anuales. A los dos años presentó el Dr. Constanza en examen público algunos de sus discípulos, siendo él mismo el examinador, y presentaron lo que él llamó la *Ciencia de la Craneología*, es decir que aquellos niños sabían el nombre y descripción de los ocho huesos del cráneo y nada más. Aun vive en Monterrey uno de estos discípulos examinados, que es el Sr. D. Pedro González Amalla. Después de esto el Dr. Constanza renunció el Hospital y la cátedra, y se fue a Pesquería Grande, donde vivió muchos años.

El Cabildo Eclesiástico, temiendo que trajeran otro médico y se formalizara el estudio de la medicina, cosa que los canónigos creían que predisponía al Materialismo, redujo el sueldo del médico del Hospital a trescientos pesos.

El Gobierno dispuso que los 800 pesos, destinados en su presupuesto a la cátedra de medicina, se dieran a los alumnos que quisieran ir a México a continuar su carrera. Fueron D. Francisco Gutiérrez y otros dos. El Ayuntamiento dispuso que los doscientos pesos que daba para la cátedra de medicina, se dieran anualmente al joven D. Carlos Ayala para que fuera a estudiar medicina a Guadalajara, como fue en efecto.

De los tres que fueron a México dos no continuaron la carrera, y D. Francisco Gutiérrez con los 800 pesos que el Gobierno le daba y algunos recursos más que podía proporcionarle su padrastro D. Pedro del Valle, que era Secretario de Gobierno, se fue a estudiar a París.

Un farmacéutico de Guanajuato, llamado D. Ignacio Sendejas, sustituyó al Dr. Constanza en la Dirección del Hospital.

En 1832 vino el Señor Obispo Belaunzarán y trajo un médico apellidado Aristi y al boticario D. Cristóbal Garfias. Ninguno de ellos subsistió aquí, ambos se volvieron a su tierra.

A principios del año de 1833 vino a radicarse aquí el Dr. D. Rafael de la Garza Florez, tamaulipeco que había estudiado en Francia. A mediados del mismo año vino también a radicarse aquí el Dr. americano D. Santiago Culinan; y el día 12 de Noviembre de ese mismo año llegué yo a Monterrey.

En 1 de Mayo de 1834, a instancias del Sr. Belaunzarán, me encargué de la Dirección del Hospital de Nuestra Señora del Rosario, que me entregó el boticario Sendejas, el cual se fue luego a León donde puso una botica. En esa época en todo el Estado de Tamaulipas no había más que una botica en Tampico; en todo Nuevo León no había más botica que la del Hospital de Monterrey; y en todo el Estado de Coahuila y Tejas no había ninguna.

Desde luego me pareció que de lo que había más necesidad era de boticarios, pues no había ni uno, y médicos había algunos; en Monterrey estaban el Dr. Garza Florez,

el Dr. Culinan, D. Manuel Ma. de Llano, en Pesquería estaba el Dr. Constanza, había muchos aficionados que también usaban remedios de botica; y al finalizar el mismo año de 1834 vino ya recibido de Guadalajara D. Carlos Ayala.

En Enero de 1835, fiado yo en la garantía que daba la Constitución Política del Estado a todo hombre para enseñar y aprender cualquiera ciencia o arte, abrí una cátedra de farmacia en la botica del Hospital. Tuve por discípulos a D. Vicente Sepúlveda, D. Mariano Sena, D. Ramón Manrique y D. Jesús Sánchez. Los hice estudiar la Botánica de Bustamante, la Química de Lasaigne, la Minerología de Fourcroy y la Farmacia de Soubeiran. A los cuatro años concluyeron el curso y Sepúlveda se encargó de la botica del Hospital, Sena se fue a poner una botica al Saltillo, Manrique puso otra en Linares y Sánchez fue a poner la suya a Victoria, capital de Tamaulipas.

En 1839 vino de París D. Francisco Gutierrez ya recibido de doctor; pero vino tan afrancesado que no pudo vivir en Monterrey; porque *era un país de salvajes, y tenía él necesidad de vivir en donde se hablaran muchos idiomas*. Se fue a Tampico y allí murió al año siguiente.

En el mismo año de 1839 se vino a radicar a Monterrey el Dr. D. Francisco Arjona, y lo mismo el Dr. D. Francisco Montanari, italiano, médico del ejército, que obtuvo su licencia absoluta y se quedó entre nosotros.

En el año 1840 vino de México el Dr. D. Esteban Tamés, natural de aquí, y que había ido a estudiar allá; y de Matamoros vino el Dr. D. Juan Bernardo Fougá, francés, y también se estableció en Monterrey. Con estas nuevas adquisiciones hubo ya abundancia de médicos.

Aunque desde el año de 1826 tenía el Gobierno facultad para mandar examinar médicos y titularlos, no hizo uso de esta prerrogativa hasta principios del año de 1842, que el General Ortega, siendo Gobernador, nombró, a instancias de la Junta Departamental, la primera Junta de Sanidad, que la compusieron los Dres. Arjona, Ayala, y Tamés. Ante esta junta me presenté yo, y fui examinado y aprobado, por lo que el Gobierno me extendió el título de Médico Cirujano en el día 8 de Marzo del mismo año de 1842. Tenía yo para entonces más de seis años de ser Director del Hospital.

Aunque ya para este tiempo estaba derogada la Constitución y el gobierno centralizado; sin embargo, viendo yo que en Nuevo León ni el pueblo ni las autoridades ponían traba ninguna a la enseñanza, y que según su antigua costumbre dejaban a todos enseñar lo que quisieran, me animé y abrí una cátedra, en la que me propuse dar un curso completo de las ciencias médicas. Comencé a dar esta cátedra en 1 de Abril de 1842 y tuve por discípulos a D. Ignacio García, a D. Pablo Cantú, a D. Francisco Peña, a D. Manuel Guerrero y a D. Blas Ma. Díaz. Los hice estudiar lo mismo que a los Boticarios, y luego la Anatomía tomando por texto el Compendio de Maygrier y para consulta la obra grande de Cruvelhier, y estudiaron también la Anatomía general de Beclard, la Fisiología de Richerand, la Higiene de Londé, la Patología de Roche y Sansón, la Terapéutica y Materia Médica de Alibert, la Obstetricia de Flatin, la Medicina Legal de Belloc, y algunas otras cosas que les di en lecciones orales. Este curso duró seis años; pero concluido el tercero presenté en un acto público a D. Ignacio Garza García, fueron sus sinodales los Doctores Garza Florez, Ayala y Fougá, obtuvo brillantes calificaciones y se fue a continuar sus estudios a México. De los cuatro restantes Cantú murió de una remitente maligna, Guerrero y Peña se fueron al quinto año; y solo concluyó el curso D. Blas Ma. Díaz, que se examinó aquí y recibió el título el día 29 de Agosto del año de 1848.

En 1 de Enero de 1849 comencé a dar otro curso de Farmacia, como el primero, y

entonces tuve por discípulos a D. Manuel Garza García y a D. Agapito Cantú. Ambos obtuvieron el título de Farmacéuticos. En los trabajos de este curso me ayudaron mucho D. Vicente Sepúlveda y D. Ignacio Garza García que vino recibido en 1850.

Algunos años antes había venido a avecindarse aquí el Dr. D. José Sotero Noriega, zacatecano, y siendo diputado este señor en el año 1851 conseguimos Garza García y yo que propusiera en el congreso la ley que creó el Consejo de Salubridad, la cual se dio el día 19 de Septiembre del mismo año. El 29 del mismo mes se instaló el nuevo Consejo, compuesto del Gobernador, que lo era D. Agapito García, y de los Dres. D. Carlos Ayala, D. Esteban Tamés, D. Ignacio Garza García y yo; en ese día fui nombrado vicepresidente del Consejo, cuyo cargo he desempeñado hasta hoy.

Pensé desde luego abrir otro curso de ciencias médicas, más completo y perfecto que el anterior, auxiliado por mis tres compañeros del Consejo y por los farmacéuticos Sepúlveda y D. Manuel Garza García; pero el Gobierno Eclesiástico por falta de fondos extinguió el Hospital de Nuestra Señora del Rosario a principios del año de 1853. Este hospital duró abierto 60 años y de ellos los últimos 19 fui yo su director.

No quedándome arbitrio para realizar mi plan, por falta de un hospital, me limité a establecer una Cátedra de Partos, para hombres y mujeres, poniéndola bajo los auspicios del Consejo de Salubridad. En 10 de Diciembre del mismo año de 1853 se me extendió el título de Catedrático de Obstetricia cuya cátedra he desempeñado hasta ahora. Desde entonces comencé a promover la erección del Hospital Civil, preliminar indispensable para poder fundar la Escuela de Medicina; pero no logré que se comenzara la obra hasta fines del año de 1859.

En 15 de Octubre del mismo año de 1859 se abrió el Colegio Civil, y en él se agregó la Escuela de Medicina; el Hospital Civil se abrió al servicio público en el día 2 de Mayo de 1860, y en él comenzaron a practicar los estudiantes de Medicina. La historia de estos dos establecimientos es bien sabida y merece tratarse por separado, solo añadiré aquí que estuvo reunida la Escuela de Medicina al Colegio Civil hasta que la separó la ley el 12 de Diciembre de 1877, es decir 18 años, y en ellos produjo 46 Profesores de Medicina y Cirugía y 22 Farmacéuticos titulados. Cuatro años ha que la Escuela de Medicina está separada del Colegio y establecida en el Hospital Civil, en cuyo tiempo ha producido 20 Profesores Médico Cirujanos.

Monterrey, Enero 30 de 1881.

LAS ENFERMEDADES DE MONTERREY

Tampoco he podido hallar en los archivos nada que diga relación con las enfermedades de este país antes de fines del próximo pasado siglo.

En 1791 se levantó una información sobre las cualidades de los pueblos en que se trató de poner la capital del Obispado, y en esa información declaró como testigo el médico Fray Antonio de la Vera y Gálvez, y dice: "En 8 años que he estado aquí no he visto ninguna epidemia; en esta Ciudad no hay enfermedad que pueda llamarse regional, como en Méjico las diarreas, constipaciones, fluxiones y aun el gálico; en Guadalajara la tisis; en el Saltillo los dolores de costado, que solo en el Colegio de Guadalupe de Zacatecas mató más de veinte, y de ella en Monterrey los muertos no llegaron a tres, y estos viejitos. Ha habido otras epidemias que no han llegado aquí, una que llamaron la bola, otra que llamaron el abrazo del Virrey, otra que llamaron los peregriles."

En esa misma información dice el Coronel Vaamonde, Gobernador que era entonces, que esta ciudad es muy sana y solo suelen padecerse en ella, por el otoño, las calenturas intermitentes cotidianas, tercianas y cuartanas; pero que por lo general son muy benignas.

En 1796, consta en una acta del Ayuntamiento, que se acordó dar a Fray Antonio de la Vera y Gálvez 400 pesos por los muchos y buenos servicios que prestó a los pobres durante la epidemia de viruelas que acababa de pasar. Ésta es la primera vez que en las actas del Ayuntamiento se hace mención de una epidemia.

Debía ser Monterrey entonces muy sano, porque es punto bien ventilado y era muy seco, los ríos y los arroyos tenían su curso natural, sin presas ni estorbos de ningún género; ni en la ciudad ni en el ejido había huertas ni labores de riego; la población era poca y estaba muy desparramada en un terreno muy extenso, pues ocupaba tres cuartos de legua de Oriente a Poniente, desde la loma del Obispado hasta el río, es decir la misma longitud que hoy tiene; y de entonces a acá solo ha crecido en ancho. La ciudad tenía en ese tiempo 7.000 habitantes y hoy cuenta más de 30.000. Las haciendas de regadío eran muy pocas y estaban lejos de la ciudad a una, dos y tres leguas, como eran las de Santo Domingo, San Pedro y los Lermas. La agricultura era entonces muy poca y la principal ocupación de los neoleonese era la de la cría de ganados. Además el régimen alimenticio de aquellas gentes era extremadamente simple, no había huertas, no había comercio, y por tanto estaban reducidas casi a solamente carne, maíz, frijol y al chilitipin silvestre. Pero a estas tan buenas condiciones de salubridad sucedieron muy pronto otras bien diferentes.

En 1790 murió el Señor Obispo Verger y dejó *para beneficio de los vecinos de Monterrey* una acequia de agua que había comprado a los propietarios de Santa Catarina. Se trajo esta agua y se repartió por caños en toda la ciudad; de manera que todas las casas y hasta los jacalitos más infelices tuviera agua corriente, para que todos los vecinos sin distinción gozaran de este beneficio; y como aun así sobró agua, el Ayuntamiento arrendó éste sobrante para que hicieran labores de riego dentro del ejido de la ciudad. He aquí a Monterrey transformado en una huerta, no había patio ni corral en donde no sembraran cuanto les daba la gana; y al cabo de diez años todo era un bosque de naranjos, aguacates y nogales. Además el Gobernador Don Simón Herrera y Leyba, para darle riego a lo que hoy se llama Labores Nuevas, echó dos puentes en el Arroyo de Santa Lucía que atraviesa la ciudad de Poniente a Oriente, y cerrados los ojos de estos puentes detuvo las aguas, formando dos presas de mucha extensión, para que las acequias salieran de ellas a flor de tierra. Hasta hoy conocemos estos puentes con los nombres de *Presa Grande* y *Presa Chiquita*, o Puente de los Pilares. La Presa Grande se acabó en 1799, y se ve en la pilastra que sostiene la imagen de la Purísima que está allí, la siguiente inscripción: "Siendo Virey de N.[ueva] E[spaña] el Exmo. Señor Dn. Miguel José Azanza, a esfuerzos del mismo Gobernador y expensas del público, se acabó en 7 de Julio de 1799."

Regada la ciudad en todas direcciones, y con dos grandes piélagos en su centro, solo esperaba un año muy lluvioso para verse convertida en un pantano inmenso, y sufrir las calamidades que debían ser su natural consecuencia, lo cual no tardó en suceder.

El primer año de este siglo fue lluviosísimo, sobre todo en esta frontera del norte, según refiere D. Carlos María Bustamente, y para probarlo alega que fueron tan grandes las crecientes de los ríos, que las del Salado destruyeron la recién fundada villa de Azanza, que estaba en sus orillas; y los vecinos se refugiaron en Lampazos. En Septiembre de 1802, consta en un expediente que está en el archivo del Obispado, se

declaró en Monterrey una epidemia de fiebres bastante graves, que alarmó mucho a la población. El Gobernador sustituto, D. Pedro Herrera, mandó en 18 de Febrero del 1803 que se hiciera una información, para averiguar qué clase de enfermedad era ésta, y cuáles podían ser las causas que la produjeron, por si era posible remediar de algún modo este grave mal. En esta información declararon como testigos peritos D. Francisco Alanís, cirujano de la tropas veteranas de esta provincia, y D. Francisco García, boticario, ambos examinados y aprobados en sus respectivas profesiones; y dijeron, que la enfermedad reinante era una *fiebre biliosa pútrida*; y que probablemente sus causas habían sido dos; primera, que enterraban los cadáveres en la catedral y en su atrio, y siendo los muertos muchos y el local en que enterraban muy corto, sucedía con frecuencia, que para enterrar un muerto sacaban otro a medio consumido y lo echaban en el osario, el cual estaba en un ángulo del atrio, que todo esto producía tal corrupción, que era imposible sufrir ni dentro ni fuera de la Iglesia; y segundo, que el Hospital estaba muy mal situado, pues ocupaba la extremidad oriental de la ciudad y siendo aquí los vientos del Oriente los reinantes, el aire llevaba diariamente los miasmas del Hospital sobre la ciudad. El Procurador del Ayuntamiento, que lo era D. José María de Sada, pidió que se construyera un camposanto fuera de la población al lado del Poniente. Se suspendió en este estado la averiguación hasta que viniera el Gobernador propietario. Vino a poco el tal Gobernador, que era D. Simón Herrera y Leyba, y opinó que el mal venía de que los vecinos de la colonia del Nuevo Santander (Tamaulipas) que pasaban por aquí a la feria del Saltillo habían infestado la ciudad: en consecuencia mandó poner guardias avanzadas en los caminos para impedir las comunicaciones de esta provincia con la vecina de Tamaulipas.

Ésta es la primera epidemia de fiebres de que hay noticias en los archivos; antes debió haber habido algunas otras, pero de ellas no ha quedado memoria. Como hemos visto, el cirujano Alanís y el boticario García dijeron que era una fiebre biliosa pútrida, y ¿a qué enfermedad llaman así los autores de esa época? Colombier, que a fines del próximo pasado siglo escribió su Medicina Militar, la describe con los nombres de Fiebre biliosa pútrida, Calentura remitente biliosa y pútrida, Fiebre de Hungría; y según la descripción que hace de ella es la remitente de forma grave con síntomas tifoideos que tantas veces hemos visto reinar aquí. Colombier sienta como principios, al tratar de las fiebres, que las calenturas intermitentes y remitentes reconocen por causa la impureza del aire viciado por las emanaciones que se levantan de la tierra, cuyas emanaciones son más abundantes y más malas en los inmediaciones del mar y de los lugares pantanosos; que las enfermedades pútridas reconocen por causa el envenenamiento de la sangre por las emanaciones de las sustancias animales en descomposición: y que pueden mezclarse estos dos miasmas y producir fiebres que participan de la naturaleza de los remitentes y de las pútridas. Añade que estas fiebres pueden ser benignas, es decir, con tendencia a sanar, o malignas, es decir con tendencia a terminar por la muerte.

De aquí se ve claramente, que la epidemia de fiebres que hubo en Monterrey de 1802 a 1803 fue igual a las que ha habido después y las que hemos visto en nuestros días: remitentes de forma grave, ya con fenómenos tifoideos, ya biliosa, ya más o menos malignas, y tan variadas como siempre lo son en sí las fiebres de esta clase; y que sus causas productoras son hoy las mismas que fueron entonces: las emanaciones palúdicas y las pútridas de origen animal.

De 1814 a 1815 hubo otra epidemia de fiebres, probablemente igual a la anterior; de ella no he encontrado otra noticia más de que el Sr. Obispo Marín y el General

Arredondo opinaron que el mal venía de la continua humedad y de las emanaciones de los charcos y de las presas, y para poner el remedio conveniente dispusieron, que para regar las labores se abriera una acequia costearlo el borde izquierdo del arroyo de Santa Lucía, de modo que tomando el agua de las vertientes del ojo de agua fuera por la dicha acequia hasta el lugar de su destino, sin necesidad de atascarla; y que hecho esto se soltara el agua de las presas, quitando las compuertas de los puentes y dejando a las aguas del arroyo su curso natural, como lo tenían antes; y que además se nivelaran y empedraran las calles de la ciudad, para evitar que las aguas de riego se detuvieran en algunos puntos y formaran otros charcos y lodazales. Todo se hizo así.

Otra epidemia de fiebres afligió a Monterrey por los años de 1826 a 1827. De este tiempo he visto una comunicación, que parece ser la resolución de una consulta, es de D. Manuel María de Llano dirigida al Gobernador, en ella dice, que los caracteres de la fiebre del puerto de Tampico, que los que venían de aquel puerto la habían importado aquí; y que por consiguiente convenía poner una guardia avanzada entre Linares y el Cerro de Santiago, para impedir la comunicación con Tampico. A D. Manuel María sin duda lo engañó lo mucho que se parece la fiebre remitente icterica de este país a la verdadera fiebre amarilla.

En esta misma época publicó D. Francisco Arjona un método curativo de la fiebre que aquí reinaba, lo he visto en una hoja suelta, impreso en la imprenta del Gobierno: la llama fiebre biliosa y pútrida, y aconseja para combatirla el vomitivo, los purgantes y el uso continuo de la quina en cocimiento muy fuerte y en electuario.

En 1828 vino el Dr. Constanza, fue el primero que uso aquí el sulfato de quinina, que él había traído consigo de México, y lo vendió por mucho tiempo a dos reales cada grano.

En Agosto de 1833 llegó aquí la desastrosa epidemia del Cólera Morbus Asiático, e hizo tan grandes estragos como en los demás puntos de la República. Yo vi esta terrible epidemia en San Luis Potosí, y en Noviembre del mismo año vine a Monterrey.

Desde luego traté de averiguar en qué terreno me hallaba. A fuerza de preguntar a los médicos, al boticario Sendejas, a los viejos, a los curas y vicarios, que se ocupaban de confesar a los enfermos, y a cuantos yo creía que podían darme alguna luz; al fin, como suele decirse, atando cabitos, vine a persuadirme de que me hallaba en país eminentemente malárico, y que aquí, a más de las enfermedades comunes a todos los países, teníamos que habérmolas con las palúdicas bajo todas sus formas, que las intermitentes y remitentes eran endémicas; y que de cuando en cuando se convertían en una verdadera epidemia. El examen del arroyo de Santa Lucía, que me pareció muy pantanoso, el del río, que me pareció muy sucio, y la multitud de acequias que regaban toda la ciudad, me hicieron juzgar que había razón más que suficiente para la endemia de las calenturas palúdicas.

De otoño de 1835 a la primavera de 1836 vi aquí por primera vez, una epidemia de calenturas, que fue muy benigna; como una gran mayoría fue de intermitentes simples, muy pocas fueron las remitentes y de buen carácter; y lo único que hubo de malo fueron algunas perniciosas, aunque muy pocas.

Concluida esta epidemia siguió otra, en la segunda mitad del año de 1836, de escarlatina, fue bastante grave e hizo algunos muertos.

En Enero de 1837 el General D. Nicolás Bravo vino con 5.000 hombres a reforzar el Ejército del Norte, que había sido destruido en la Campaña de Texas que tuvo lugar en el año que había antecedido. Esta tropa, que trajo el Señor Bravo, venia infestada de fiebre tifoidea, los médicos Febles y Machón, que venían con esta tropa habían

muerto en el Saltillo contagiados de la fiebre. Aunque aquí permaneció poco este ejército y se fue de paso a Matamoros, dejó aquí en el hospital 70 enfermos y entre ellos más de 30 eran tifoideos, unos convalecientes y otros febricitantes. Por la primera vez vi en Monterrey esta terrible enfermedad: en el hospital se contagiaron muchos de los heridos, de los enfermos y de los enfermeros: el alcalde I^o D. José Ma. García me mandó doce presos correccionales para que sirvieran en las enfermerías: de estos presos se contagiaron ocho y de ellos murieron cinco. El contagio se extendió fuera del hospital y cundió por toda la ciudad; pero fue disminuyendo y desapareció al cabo de cuatro meses. Desde entonces noté la diferencia entre la verdadera fiebre tifoidea y la remitente grave de forma tifoidea; o sea remitente pútrida, que tanto se parecen: la fiebre tifoidea es eminentemente contagiosa, y la remitente no lo es; la primera ataca a muchos individuos a la vez, y durante una epidemia de remitentes suele verse uno que otro en quienes tome el carácter tifoideo.

En el verano de 1840 hubo aquí una epidemia de disenterías muy malignas y contagiosas, que mató muchas personas: en los casos más graves, en el período de mayor agudeza, que era a los seis o siete días, la enfermedad terminaba por gangrena; y en los menos graves duraba cosa de veinte días, terminando por resolución, o por dejar una diarrea ulcerosa muy rebelde. No he vuelto a ver otra epidemia como ésta.

Sobrevino en el año de 1844 la epidemia más grave y más extensa de fiebres palúdicas que en mi vida he visto. Comenzó en la primavera, y a proporción que se aproximaba el estío se iba aumentando y haciéndose más grave. El Señor Obispo Apodaca, que murió el día 15 de Junio, fue una de sus víctimas. Fue atacado de la remitente icterica, que hoy suelen llamar ictericia grave, los tres primeros días no quiso que lo viera ningún médico, al cuarto lo vi yo y ya estaba todo bien amarillo, los vómitos era continuos y de bilis verde, la orina muy escasa, muy espesa y amarillo negruzca, el sudor era continuo y pegajoso, el pulso apenas llegaba ciento y el calor era casi el normal: al sexto día faltó la orina completamente, al noveno comenzó a haber temblores, sobresaltos, delirio, ligeras convulsiones y se quejaba de dolor de cabeza, al anochecer se puso comatoso, en cuyo estado permaneció toda la noche, y al amanecer del día décimo de la enfermedad murió.

Con ocasión de haber yo embalsamado su cadáver tuve modo de inspeccionarlo a mi gusto. Yo me imaginaba encontrar muy grandes desordenes en el hígado y en el cerebro; pero me encontré con que el hígado estaba en el estado normal, y solo la vejiga de la hiel un poco más grande y llena de una bilis espesa y verdinegra; el bazo estaba grande, duro y pesado, su tamaño era el doble del que debía tener; la piel, el tejido celular, el peritoneo, la mucosa gastro-intestinal y hasta los músculos estaban todos teñidos de amarillo; el pulmón, las pleuras y todo el tórax estaban también teñidos de amarillo; el cerebro estaba inyectado, las venas y los senos venosos llenos de sangre negra, todas las membranas del cerebro y de la médula espinal estaban amarillas y la serosidad que contenían, que era poca, estaba bien teñido de amarillo; los riñones estaban en buen estado y la vejiga enteramente vacía.

Al ver este cadáver tan inundado en bilis por todas partes me acordaba del filósofo Anaxágoras, que algún caso como éste habría visto, cuando dijo: "La bilis penetrando en los vasos, en los pulmones y la pleura es la causa de las enfermedades agudas." Y aunque yo no me conformaba con la opinión de este gran filósofo, siempre pensaba esta inundación de bilis no podía ser cosa buena, aunque ella no podía ser causa de la muerte, porque yo había visto muchos atacados de la ictericia benigna, bien teñidos todos de bilis, permanecer así algún tiempo sin incomodidad alguna, y sanar aun sin

haber tomado ningún remedio. Era pues preciso buscar en este caso otra causa de muerte. Yo pensé que el miasma palúdico, obrando fuertemente sobre la médula espinal, determinaba esa hipersecreción tan exagerada del hígado, y que esta especie de revulsión agotaba la secreción renal hasta paralizar los riñones, y dejando de segregarse la orina sobrevenía la uremia; que el triple envenenamiento de la sangre por la malaria, la bilis y la urea era bastante para producir la muerte. Sea de esto lo que se quiera, para mí desde entonces la falta de orina ha sido un síntoma terrible. Ya el Padre de la Medicina había dicho, que en las fiebres la aparición de la ictericia antes de los siete días era mal síntoma, yo le añadiría a este aforismo: y si la orina falta es malísimo.

En los meses de Julio y Agosto siguió la epidemia, como suele decirse, graneando cada vez mas; pero en Septiembre y Octubre fue verdaderamente horrorosa. Los que sufrían las intermitentes de todos tipos eran innumerables; y los atacados de remitentes de todas formas eran muchísimos. Era muy frecuente ver sucumbir a los febricitantes, y aun a los convalecientes bajo el influjo de un acceso pernicioso. Las formas ictericia y tifoidea eran las más graves; y sin embargo eran menos terribles que las perniciosas por lo violento de ellas. Las convalecencias eran largas, difíciles y peligrosas, sujetas a frecuentes y graves recaídas, de las cuales murieron muchos. En el mes de Noviembre comenzó a aflojar la epidemia; pero no cesó enteramente hasta la primavera del año siguiente. Tenía entonces Monterrey 15.000 habitantes y esta epidemia mató más de un mil.

La Junta de Sanidad, nombrada por el Ayuntamiento para procurar el remedio de tantos males, abrió suscripciones, discurrió arbitrios, nombró comisionados en todas las secciones de la ciudad; y por medio de los jueces de paz y de los cuarteros distribuyó cuantos auxilios pudo a los epidemiados. Los médicos, que todos eran miembros de la Junta de Sanidad, y los comisionados recorrían la ciudad en todas direcciones visitando a los enfermos. Yo utilicé entonces los servicios de mis discípulos D. Ignacio Garza García y D. Blas M. Díaz, que eran estudiantes, y me fueron de grandísimo auxilio dentro y fuera del hospital. A fines de Noviembre el Prefecto Político D. José Ma. García hizo un padrón de los que estaban postrados en cama con necesidad de los auxilios de la Junta, y pasaron de mil los empadronados.

La Junta de Sanidad no quiso disolverse sin proponer los medios que juzgaba oportunos para impedir que volviera a suceder otro caso como el que acababa de pasar. Examinadas las condiciones higiénicas de la ciudad se vio que eran pésimas: el abuso indiscreto y perjudicial que los vecinos hacían de las aguas corrientes había llegado a lo sumo, pues además de que las arboledas que había en las casas se habían multiplicado y crecido en términos de que bien podía decirse que solo en las calles daba el sol, en cada patio había sobre la acequia un gran charco en que se bañaban las gentes, y en cada corral otro en que vivían los cochinos; y esta agua pasaba a la casa inmediata donde hacían un uso idéntico de ella; en todas las casas lavaban y echaban todo género de inmundicias en las acequias. Así es que en la agua más sucia que les era posible se bañaban diariamente los puercos y las gentes. Las arboledas y los charcos mantenían una humedad insoportable y un pantano subterráneo tan grande como perjudicial: el Arroyo de Santa Lucía estaba tan pantanoso como lo está hoy todavía: el río atestado de inmundicias, porque allí las arrojaban de todas las casas, como lo hacen hoy también: los restos de las matanzas y del degolladero eran igualmente echados al río, donde producían una corrupción insoportable. En consecuencia se propuso que se quitaran del todo las aguas corrientes, pues el Sr. Obispo Verger las dejó para

beneficio de los vecinos y ellos las habían convertido en perjuicio: que se vendieran y su producto se empleara para fundar escuelas y en extender el alumbrado por toda la ciudad; y que de este modo se cumpliría bien la voluntad del donante, que fue hacer un beneficio a los vecinos. Propuso también que se canalizaran las aguas del Arroyo Santa Lucía, y que se prohibiera a los vecinos echar inmundicias en el río obligándolos a ir a arrojarlas muy lejos.

La Junta Departamental tomó en consideración las indicaciones de la Junta de Sanidad, y después de un maduro examen y de una larga discusión, decretó, que se vendieran dos terceras partes de la agua, y la otra tercera parte se dejara para regar las huertas, las cuales se limitarían al barrio de la Capillita, quitando el riego de todo lo restante de la ciudad; que con los productos de la agua que se vendiera se fundaran escuelas y se extendiera el alumbramiento hasta donde se pudiera; y que el Ayuntamiento se encargara de la canalización del Arroyo de Santa Lucía y de la limpieza del río, por ser cosas de su incumbencia.

En 1849 afligió a Monterrey por segunda vez la terrible epidemia de Cólera Morbus Asiático; fue menos desastrosa que la primera; pero duró más tiempo: la primera, según me informaron los que la vieron, solo duró cuarenta días; y esta segunda duró cinco meses, de Abril a Septiembre. Entonces vi por primera vez combinarse el miasma palúdico con el colérico y producir la calentura perniciosa colérica. Si no morían en el primer ataque, el sulfato de quinina los curaba; pero si no se les daba, en el segundo ataque morían. Las víctimas de esta epidemia fueron una mitad de las que hizo la de 1833.

Antes de que comenzara esta epidemia la Junta de Sanidad providenció que se hiciera un camposanto nuevo, porque el que había era muy pequeño, había servido treinta años y estaba ya dentro de la ciudad, pues estaba a la espalda de la capillita de la Purísima. Se hizo el camposanto nuevo y se cerró el antiguo, de modo que todos los muertos de este segundo cólera están en el que se hizo nuevamente.

En 1864 vino el Presidente Juárez, y entre la tropa que trajo venía el regimiento de Guanajuato infestado de fiebre tifoidea: tan luego como llegó este regimiento mandaron al hospital unos soldados atacados de esta terrible fiebre, con lo que bastó para infestar el hospital; de allí se extendió el contagio a los barrios vecinos, a toda la ciudad y a los pueblos inmediatos. Aunque los enfermos no eran muchos la enfermedad era muy grave; la mayor parte de los atacados murieron; entre los muertos contamos dos practicantes del hospital que se contagiaron. Duró aquí esta enfermedad terrible de Marzo a Diciembre de aquel año. El tiempo fue entonces muy seco y no había fiebres palúdicas, de manera que pudo verse la calentura tifoidea sola como ella es, sin remitencias ni otros fenómenos que pudieran atribuirse a la infección malárica.

En 1866 tuvimos aquí, por tercera vez, el formidable azote del Cólera Morbus Asiático; se juntó con una epidemia de intermitentes, y vimos otra vez muchas calenturas perniciosas coléricas. En esta ocasión aunque se juntaron dos enfermedades epidémicas, sin embargo los muertos fueron muy pocos. Las intermitentes comenzaron desde la primavera y duraron todo el año; el cólera vino de Texas en Octubre y en cosa de dos meses concluyó. Aquí terminó esta vez el cólera sin pasar a los pueblos inmediatos.

La Junta de Sanidad, que entonces se llamó de Higiene y Caridad, entre las muchas providencias que tomó fue una de ellas disponer que se canalizaran las aguas del Arroyo de Santa Lucía. Pero aunque ya desde antes el Consejo de Salubridad había

ordenado que esta canalización se hiciera encerrando la corriente entre dos estacas, de estacas vivas que pudieran convertirse en árboles, y terraplenando los lados, dejando para mejores tiempos la operación de revestir de piedra los costados del canal; sin embargo el Jefe Político de entonces gastó el poco dinero de que pudo disponer en echar los cimientos de una obra muy grande de cal y canto, la cual no se pudo continuar por el costo inmenso que exigía. Lo que se consiguió con empezar esta obra fue que el arroyo se pusiera en peor estado, pues los lados del trazado canal se empantanaron más de lo que estaban antes; y el centro es un charco de agua detenida cubierto de yerbas acuáticas.

La Junta de Higiene y Caridad, concluida la epidemia trató de disolverse: le habían sobrado dos mil pesos de lo que juntó para socorrer a los epidemiados, y los destinó a cegar los pantanos del arroyo, para siquiera ponerlo en el estado que estaba antes. Yo propuse entonces que esta operación la hiciera la Junta antes de disolverse; pero, por desgracia, prevaleció la opinión del Licenciado Prieto que propuso, que los dos mil pesos se entregaran al Ayuntamiento, con la expresa condición de que había de gastarlos en solo acarrear tierra para cegar los pantanos; y que la Junta se disolviera inmediatamente. Yo me opuse cuanto pude; pero me ganó la votación y el dinero se entregó al Ayuntamiento. Hasta hoy estamos en espera de que los pantanos comiencen a cegarse.

En 1874, en el mes de Septiembre, después de unas lluvias muy abundantes y tempestuosas, fueron atacados, casi simultáneamente, como una docena de individuos de la fiebre remitente icterica de una forma gravísima, murieron la mayor parte de ellos, y yo creí que era el principio de una gran epidemia; pero no fue así, pasó aquel mes y no hubo más que la endemia ordinaria de intermitentes.

De entonces a acá no ha habido epidemia alguna.

De las enfermedades esporádicas solo diré: que aquí las erisipelas y las pulmonías son menos graves que en el Saltillo, San Luis y Zacatecas: que en el verano suelen verse ataques de cólera morbus esporádico poco graves en los adultos y más graves en los niños: y que aquí es frecuente la diarrea de los países calientes, la cual cuando viene acompañada de la atrofia del hígado casi siempre es mortal.

Lista de los médicos que se examinaron en Monterrey antes del establecimiento de la Escuela de Medicina.

MÉDICOS

J. Eleuterio González
Blas Ma. Díaz
Pedro Kelly
Tomás O'Farrell
F.B. Walton

J.F. Bullik
E. Mulloyny
T. Kearny
M.Porth

FARMACÉUTICOS

Vicente Sepúlveda
Manuel Garza García

Agapito Cantú

En 30 de Octubre de 1859 se fundó la Escuela de Medicina agregada al Colegio Civil, y fueron sus catedráticos fundadores los siguientes:

D. Manuel Garza García	{ de Química Botánica y Farmacia
D. J. Eleuterio González	{ de Anatomía Medicina Operatoria y Obstetricia
D. Carlos Ayala	{ de Fisiología e Higiene
D. Francisco González Carrasco	{ de Patología General y Externa
D. José Ma. del Castillo	{ de Patología Interna
D. Ignacio de la Garza García	{ de Materia Médica Terapéutica Medicina Legal y Física y Química aplicadas a la Medicina

Lista de médicos que se examinaron en Monterrey después de establecido la Escuela de Medicina; pero no procedentes de ella.

MÉDICOS

Ambrosio García Delgado	J.M. Lozano
A. Roger	M. Napp
S. P. Laures	S. Berien
A. Kellog	N.W. Brown
S. Hatchet	J.B. Mears
S. Smith	M. Fernández
D.M. Naigth	A. Ansell
A.M. Cortez	G. Luckie
L. Nollh	

FARMACÉUTICOS

J. Ma. Lascano	R. Fernández
----------------	--------------

Lista de los Profesores que ha producido la Escuela de Medicina en Monterrey. En los

18 años que estuvo unida al Colegio Civil produjo:

MÉDICOS

Ignacio Martínez
Juan de D. Treviño
Guadalupe Martínez
Epitacio Ancira
Ramón García Perez
Agapito Cantú
Tomás Hinojosa
Francisco Gómez
Ramón Dávila
Domingo Martínez Echarte
Cayetano Quintanilla
Bernardo García
Justo Lozano
Jesús Ma. Sánchez
Miguel Dávila
Bernardo Sepúlveda
Jesús Ma. Argueta
Joaquín Peña
José Cortazar
Alberto Quirós

Teófilo de la Garza
Manuel García Cantú
Epigmenio Elizondo
Francisco González
Eduardo Zambrano
Darío Serna
Albino Martínez
Martín González
Jesús Ma. Sepúlveda
Abraham Buentello
Evaristo Sepúlveda
Francisco Sepúlveda
Donaciano Zambrano
Antonio Fernández
Francisco Garza Cantú
Eusebio Rodríguez
Atilano Guerra
Jacobo Jiménez
Mauricio García
Evaristo Guerra

FARMACÉUTICOS

Sóstenes de la Fuente
*Tomás Hinojosa
Hilario Martínez
Joaquín Cortazar
Felipe González García
Manuel Sada
Carlos Pérez
*Ignacio Saldaña
*Eusebio Rodríguez
*Mauricio García
*Pedro A. Elizondo

Jesús Ma. Ramírez Molina
*Bernardo Sepúlveda
*Atilano Guerra
Luis Emilio Lafón
Faustino Díaz
*Manuel Maldonado
*Pedro Martínez
Santiago Roel
Antonio Ancira
Jesús Ma. Margain
*Domingo Martínez Echarte

Los que tienen* son también médicos. Después de separada la Escuela de Medicina del Colegio Civil ha producido los Profesores siguientes:

MÉDICOS

Alberto García. Dbre. 14 1878
Pedro Martínez. Abril 3 de 1879
Juan Francisco Garza. Sete. 2 de 1879
Leónides Garza. Sete. 9 de 1879
Román Martínez. Sete. 2 de 1879

Manuel Maldonado. Sete. 23 de 1879
 Juan de D. Martínez. Octe. 1 de 1879
 Antonio Gómez. Octe. 1 de 1879
 Servando T. Morales. Octe. 1 de 1879
 Crescencio Villarreal. Octubre de 1879
 José Posas. Octe. 14 de 1879
 Antonio Urbina. Sete. 11 de 1879
 Cipriano Villarreal. Julio 31 de 1880
 Juan R. Villarreal. Julio 31 de 1880
 Vidal de la Garza. Julio 31 de 1880
 Ignacio Saldaña. Agosto 28 de 1880
 Jesús Ma. González Agosto 28 de 1880
 Eduardo Hickman. Sete. 19 de 1880
 Leon Buentello. Stre. 19 de 1880
 Luis Cárdenas. Enero 19 de 1881
 [Adiciones del Dr. J. de Dios Treviño]
 *Melecio A. Martínez. Nove. 2 de 1881 – Farmacéutico
 (Con letra del Dr. Juan de Dios Treviño) Dr. Lorenzo Sepúlveda. Julio 22 de 1882
 Dr. Atanasio Carrillo. Julio 25 de 1882
 Dr. Pablo Chapa. Agosto 5 de 1882
 Dr. Manuel D. de la Garza. Marzo 11 de 1883
 Dr. Pablo Flores. Nove. 2 de 1882 –antes que M.G.
 Dr. Nicolás Martínez. Nove. 2 de 1882 –antes que los últimos dos.
 Dr. Santiago Zambrano. Mro. 3 de 1883
 Dr. Jesús H. Treviño. 27 de Julio de 1883
 (José S. Mears. Farmacéutico) 27 de Julio de 1883
 Dr. Tiburcio González. Agosto 9 de 1883
 Dr. Melecio Martínez. 13 de Agto. de 1883
 Dr. Juan G. Osuna. 26 de id. id.
 Dr. Esteban S. Martínez. 26 id. id.
 *Dr. Jesús Ma. Ramírez Molina
 Dr. Sebastián Treviño. Dbre. 13 de 1883
 Dr. José Ma. González. Dbre. 29 de 1883
 Dr. Domingo Guerra. Dbre. 29 de 1883
 Dr. Franco Cárdenas Fuentes. Abril 22 de 1884
 Dr. Román Garza. 27 y 28 de Octe. de 84
 Dr. Julián Díaz. 30 y 31 de Octe. de 1884
 Dr. Canuto Barreda. 6 y 7 de Novre. De 1884
 Dr. Anselmo Tamir
 Dr. Hipólito Elizondo. 17 y 18 de Novre. de 1884
 Dr. Melecio Garza. 27 y 28 de Novbre. de 1884
 Dr. Conrado Garza. 9 y 10 de Dbre. de 1884
 Dr. Fructuoso Zambrano. 15 y 16 de Dbre. de 1884
 Dr. Cristóbal Elizondo
 Dr. Regino F. Ramón. 1885
 Dr. Jesús M. Treviño
 Dr. Agapito Cantú Gra.
 Dr. Adolfo Hinojosa

Dr. Eulogio Maldonado
Dr. Bonifacio Villarreal
Dr. Mercedes Fernández
Dr. Sóstenes Vera
Dr. Plutarco Elizondo
Dr. Tomás Iglesias

1886

Dr. Alfonso Martínez
Dr. Manuel Zambrano
Dr. Ramón Treviño
Dr. Jesús González Treviño
Dr. Natalio Lozano
Dr. Antonio Villarreal
Dr. Lorenzo Cantú
Dr. Ambrosio García
Dr. Ricardo Pérez
Dr. Eustasio M. Martínez
Dr. Pablo Hinojosa. Sete. 13 de 1887
Dr. Máximo Villarreal. Sete. 17 de 1887
Dr. Pragedis Balboa
Dr. Rafael Gra Cantú. Nobre. 22 de 87
Dr. Manuel J. Lozano Mejía. Octe. 19 de 89
Dr. Fermín Martínez. Noviembre 19 de 89
Dr. Manfredo Tijerina
Dr. Martiniano Recío. Marzo 6 de 90
Dr. Marín
Dr. Joaquín Sepúlveda. Junio 5 de 90
Dr. Simón Garza González
Dr. Leoncio Villarreal
Dr. Lucas Lascano
Dr. Marín Roel
Dr. Justo López
Dr. Serapio Sepúlveda
Dr. Eduardo Martínez
Dr. José Ma. Díaz. 21 de Sete. de 91
Jesús Guerra
Anacleto Villarreal
Jesús González Gra
Franco. Gómez Flores
Santos Flores
Diego Rodríguez. Farmacéutico
Armando Pérez. Farmacéutico
Melecio Pereda. Médico
Eleuterio Espinosa. 15 de agosto de 93
Antonio Garza. Médico
Mariano Treviño. Médico
Pedro A. Ballesteros. Médico

Nicolás Garza
Antonio García Padilla. Médico
Juan Lozano. Médico. Agosto de 94
Franco. Tijerina. Farmacéutico. Octe. 3 de 1894
Miguel Villarreal. Médico
José Sepúlveda
Franco. Lozano
Gregorio Martínez
Alfredo Dávila
Apolonio Guajardo. Farmo. 15 Sete. 95
Juan Martínez. Farmacéutico. 24 de Octubre de 1895
Médico Eusebio Guajardo. 10 de Noviembre de 1895
Antonio Galván. Farmacéutico. 10 de Nove. de 1895.

(*Letra del Dr. José Eleuterio González*) Por la ley de 12 de Diciembre de 1877 se separó la Escuela de Medicina del Colegio Civil; y se estableció en el Hospital con los empleados y catedráticos siguientes:

EMPLEADOS

Director –José Eleuterio González
Secretario –Juan de Dios Treviño
Tesorero –Tomás Hinojosa

CATEDRÁTICOS

de 1er. año – José Ma. Lozano
de 2o año – Domingo Martínez Echartea
de 3o. año – Antonio García
de 4o. año – Tomás Hinojosa
de 5o. año – Antonio Lafón (*)
de 6o. año – J. Eleuterio González
de Clínica – Juan de Dios Treviño
de Farmacia – Eusebio Rodríguez

*) En Enero de 1885 dejó la Cátedra el Dr. Laffon, siendo sombrado para sustituirle el Dr. Evaristo Sepúlveda. En 4 de Abril en 1888 murió *Gonzalitos* y fue nombrado Director y Catedrático de 6o. año el Dr. J. de Dios Treviño.

Médico Fernando Cantú Cárdenas. 10 de Dbre. 95
Médico Crisóforo Soliz. Enero 18 de 1896

Médicos recibidos en otras Escuelas y que registran su título en la Secretaría del Consejo de Salubridad de Nuevo León.

Dr. Miguel Barragán. 10. de Julio de 1883
Dr. Amado Ferraz. 19 de Julio de 1883

ANEXO

APUNTE PARA LA OBRA BIBLIOGRÁFICA DE JOSÉ ELEUTERIO GONZÁLEZ

La obra escrita del Benemérito de Nuevo León se publicó entre 1861 y 1888 en revistas, periódicos, folletos, opúsculos y libros; la mayor parte fue compilada por el Gobierno del Estado en sus *Obras Completas*, durante 1885 y 1887. Posteriormente se localizaron varios manuscritos que se divulgaron en el siglo XX, como *Los Médicos y las Enfermedades en Monterrey*, otros permanecen inéditos, como la *Historia de Coahuila*. Por desgracia, otros manuscritos y ejemplares originales de algunos títulos, no se han localizado hasta la fecha.

Puede asumirse que el perfil de José Eleuterio González como escritor inició de manera tardía. Su opúsculo inicial: *Discurso leído en la distribución de premios del Colegio Civil* apareció en 1861, bajo el auspicio de la Imprenta de Gobierno. El primero de sus libros: *Tratado Elemental de Anatomía General*, se publicó en 1863, cuando tenía 50 años de edad. El aserto mencionado en líneas anteriores puede matizarse al revisar su perfil biográfico, que proyecta varios factores que influyeron en su dilación como escritor.

Su arribo a Monterrey en 1833 estuvo marcado de una serie de retos, tareas y situaciones que debió afrontar el joven veinteañero; tal vez lo primero fue hacerse cargo de la plaza de médico del Hospital de Nuestra Señora del Rosario a los 21 años de edad, amparado con una constancia de prácticas de medicina y cirugía en un hospital de San Luis Potosí, luego la muerte en 1834, de su guía espiritual, Gabriel María Jiménez, el fraile franciscano que lo convenció de abandonar su natal Guadalajara a los 17 años de edad.

En el mismo plano personal figura su matrimonio, el cual sufrió descabros casi desde su inicio en 1836, en primera instancia la ausencia de hijos, por una presunta esterilidad de su esposa, María del Carmen Arredondo; después la infidelidad de

ésta al abandonarlo por el general Mariano Arista, con el escándalo de un adulterio en un pueblo tan pequeño como Monterrey, el papel de esposo ofendido lo debió soportar José Eleuterio hasta 1846, cuando Arista y Carmen abandonan Nuevo León.

En el aspecto político, a Gonzalitos le tocó vivir la inestabilidad nacional y local, que llegó a su clímax con la toma de Monterrey por el ejército norteamericano en 1846. El Hospital del Rosario fue clausurado y José Eleuterio abandonó la ciudad, para retornar dos años después, en 1848, sin que desaparecieran los conflictos políticos.

En esta circunstancia no es de extrañar que la producción de libros en Monterrey fuera prácticamente nula en este intervalo, las pocas imprentas existentes se ocupaban en publicar periódicos y proclamas, de grupos políticos o gubernamentales.

En esos veinte años que laboró como director médico del Hospital del Rosario, es indudable que el joven Gonzalitos ayudó al administrador del mismo, José Antonio de la Garza Cantú, redactando informes, inventarios y estadísticas de la Institución, muchos aun existentes en los archivos locales. Si acaso escribió historias clínicas u otro tipo de documento médico, no se localizó testimonio.

Hasta 1851, el único ingreso de José Eleuterio González era su empleo como médico del Hospital del Rosario, más la clientela particular. Su primer cargo propiamente público fue el de Vicepresidente del Superior Consejo de Salubridad en ese año.

Merced de su trayectoria como funcionario público, y el aprecio que había cosechado entre la comunidad regimontana, le fue posible a Gonzalitos canalizar de forma óptima todas sus virtudes y capacidades, no sólo la literaria.

Aunque el presidente nato del Consejo de Salubridad era el Gobernador, la mayor parte del trabajo quedaba a cargo del Vicepresidente, y el resto de los integrantes, médicos y farmacéuticos.

A partir de 1852, en los archivos gubernamentales se localizan escritos del doctor González, en los que da cuenta de su labor en el Consejo de Salubridad. Aunque son documentos administrativos, vislumbran sus esbozos de redacción propia, formal y metódica.

En el año de 1854, a solicitud del Ministerio de Gobernación de México, y en su cargo de Vicepresidente del Consejo de Salubridad redactó el "Informe sobre Epidemias y Endemias en Nuevo León", que puede considerarse como su primera publicación de tipo académico.

Otros manuscritos dispersos se refieren a estadísticas de salud, control de boticas y personas dedicadas a las diversas ramas de la medicina. Desde 1857 se reduce la emisión de documentos del Consejo, a causa de la Guerra de los Tres Años. Al año siguiente, 1858, se redactan una serie de escritos que dan cuenta del inicio, avance de obra del Hospital Civil de Monterrey, y su apertura en 1860. Los documentos se emiten de forma colegiada con nombre del Consejo Superior de Salubridad, pero presumiblemente son de su autoría.

Su discípulo y amigo por excelencia, Hermenegildo Dávila, menciona en su biografía que Gonzalitos tuvo en principio inquietud lírica: "De un sinnúmero de poesías que escribió, antes de que comenzase a dar lecciones de literatura en el Colegio Civil, no existe ninguna. Solo quedan un Himno a la Música y gimnástica, [cantado en 1861], otro a la Ciencia y una Oda a la sabiduría que compuso después de aquel año". [1862]

El hecho es que una vez iniciada su trayectoria literaria en 1861, la prosigue de manera continua y fecunda hasta 1882, confirmando el proverbio de que es preferible un buen escritor tardío, y no un precoz deficiente.

En sus libros, el doctor González les asigna diferentes categorías: hay solo un z

(Escrito o discurso de una materia determinada), el de Anatomía General. El resto los llamó: Manuales, Lecciones, Apuntes, Discursos, Catálogos, Colecciones, etc.

Es recurrente su modestia sobre el alcance y redacción de sus libros, los considera de circulación local, dirigidos sólo a los alumnos del Colegio Civil o la Escuela de Medicina, para suplir la falta de libros de texto. En el prólogo de la *Colección de Documentos...* menciona que dicha obra, “pequeña e incompleta, puede suplir de alguna manera la falta de una historia, ínterin hay quien la escriba”.

Por su año de publicación se considera la siguiente cronología:

1863 – 1869

1863 *Tratado elemental de Anatomía General.*

1867 *Colección de noticias y documentos para la historia del Estado de Nuevo León, corregidos y ordenados de manera que formen una relación seguida.*

1869 *Lecciones orales de Cronología.*

1870 – 1879

1870 *Algunos preceptos útiles que pueden servir de introducción al estudio de la Clínica*

1873 *Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León.* (Obra presumiblemente publicada mientras era gobernador de Nuevo León).

1875 *Lecciones de Anatomía Topográfica dadas por José Eleuterio González a los alumnos de medicina operatoria del Colegio Civil.*

1876 *Biografía del benemérito mexicano D. Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.*

1877 *Apuntes para la Historia Eclesiástica de las provincias que forman el Obispado de Linares, desde su origen hasta que se fijó en Monterrey.*

1878 *Lecciones orales de Moral Médica. Dadas a los alumnos sextiantistas de la Escuela de Medicina.*

1880 – 1888

1881 *Un discurso y un catálogo de plantas clasificadas, dirigidos a los alumnos de la Escuela de Medicina de Monterrey*

1881 *Lecciones orales de historia de Nuevo León dadas por José Eleuterio González a unos amigos suyos en el camino de México.*

1881 *Los Médicos y las Enfermedades de Monterrey. Memorias del Dr. J. Eleuterio González.* (Fecha del manuscrito, publicado hasta 1968)

1882 *Un punto de higiene pública, sepulturas, aplicado a la ciudad de Monterrey de Nuevo León.*

1888 *Lecciones orales de materia médica y terapéutica dadas en la Escuela de Medicina de Monterrey.* (Publicado Post mortem)

De estos anteriores, ocho son preceptivos, es decir, didácticos, libros de texto o de consulta escolar, etc.

Su etapa de escritor concluye en 1882, como él lo menciona en su libro sobre *Sepulturas*, por su problema de la vista:

“Hace un año [1881] que escribí un pequeño discurso sobre el estudio de la botánica, creí que sería mi último trabajo, atendido el mal estado de mis ojos; pero después, aunque mi vista ha empeorado más y más, he vuelto a escribir algunas obrillas a instancias de mis amigos y mis discípulos, ayudándome ellos, ya escribiendo lo que yo les dicto,

ya leyéndome cuando quiero, ya corrigiendo lo escrito y lo impreso, de manera que han trabajado ellos más que yo; así se escribieron y se están imprimiendo las Lecciones orales de la historia de Nuevo León, y así se está haciendo este opúsculo”.

Al respecto apunta su biógrafo Dávila: “Sólo el Dr. González, con aquel afán de lectura que le era propio, y con aquella prodigiosa memoria, difícil de tener igual, pudo ejecutar tan brillante trabajo, y más estando, como él dice, privado de la vista”.

Clasificación de los libros por su temática

- Histórica
- Lírica
- Discursos
- Materia Médica, Ciencias de la Salud
- Informes administrativos

(Hermenegildo Dávila clasifica su obra en cuatro secciones: Poética, Oratoria, Histórica y Didáctica)

En la valoración de la bibliografía de don José Eleuterio González, (exceptuando la obra médica, para la que no se considera capacitado), Hermenegildo Dávila plantea algunas consideraciones:

“Así vemos que la experiencia diaria, muestra que un joven estudioso y con inclinación a escribir, comienza o por escribir versos y pequeños artículos, en seguida discursos, y después ya puede arrancar de su inteligencia preceptos. La obra didáctica es el resultado del estudio profundo de una materia, y a la vez el concreto de conocimientos generales sobre las que le son congéneres”.

“Era más académico que tribuno; más se preocupaba de convencer, que de persuadir, y más de enseñar que de mover”.

Con respecto a las publicaciones médicas, Dávila se remite a un médico, “uno de sus más aprovechados discípulos, el leal, el modesto Juan de Dios, nos expresó al pedirle un juicio crítico sobre ellas: ninguno de nosotros, nos dijo, puede calificar las obras del maestro, porque son de tan relevante mérito, que por más que uno se esforzara en demostrarlo, no llegaría a la altura que lo merecen. Basta decir que son dignas del maestro y que sostienen su renombre: ellas encierran el tesoro de una instrucción inmensa y ponen de relieve una aptitud indisputable”.

“Sólo su renombre de escritor bastaría para que su memoria fuese digna de ser conservada por la posteridad, como un legítimo orgullo de las letras mexicanas”.

Las obras de Gonzalitos aparecieron en tirajes muy cortos, se imprimieron en la transición del papel de algodón al de pulpa de celulosa, que se deteriora con mayor facilidad y rapidez.

La mayoría de sus libros tienen una altura de 21 cm. (media carta u oficio), salvo *Algunos Apuntes* (32 cm) y la *Biografía del Padre Mier* (27 cm).

Los ejemplares originales en existencia son escasas, se localizan en bibliotecas públicas de Nuevo León, en algunas de la ciudad de México; Francisco Guerra descubrió libros y manuscritos en Nueva York y Londres. Por algunos títulos que hasta la fecha se ofrecen en el mercado

de antigüedades de Monterrey, se infiere que algunos ejemplares están en manos de particulares.

Después de recuperar la vista en 1883, se inició la impresión de la Colección de sus *Obras Completas*, a partir de 1885, con el auspicio del Gobierno del Estado. La obra consiste en siete tomos, que suman en su conjunto alrededor de 2,725 páginas.

Tomo I Colección de Discursos, 1885

Tomo II Colección de Noticias y Documentos para la Historia de Nuevo León, 1885

Tomo III (Primera parte) Lecciones orales de Historia de Nuevo León, 1887

Tomo III (Segunda parte) Apuntes para la historia del Obispado de Linares, 1887

Tomo IV (Primera parte) Cartas de Fray Servando Teresa Mier al Dr. Juan Bautista, 1887

Tomo IV (Segunda parte) Cartas de Fray Servando Teresa de Mier bajo un seudónimo. 1887

Tomo V Biografía de Fray Servando Teresa de Mier 2ª. Edición, 1887

El doctor González tuvo oportunidad de revisar, corregir y aumentar algunas de sus obras originales. Gracias a este esfuerzo del Gobierno de Nuevo León se logró preservar varios textos que se habían publicado en folletos, fascículos y revistas.

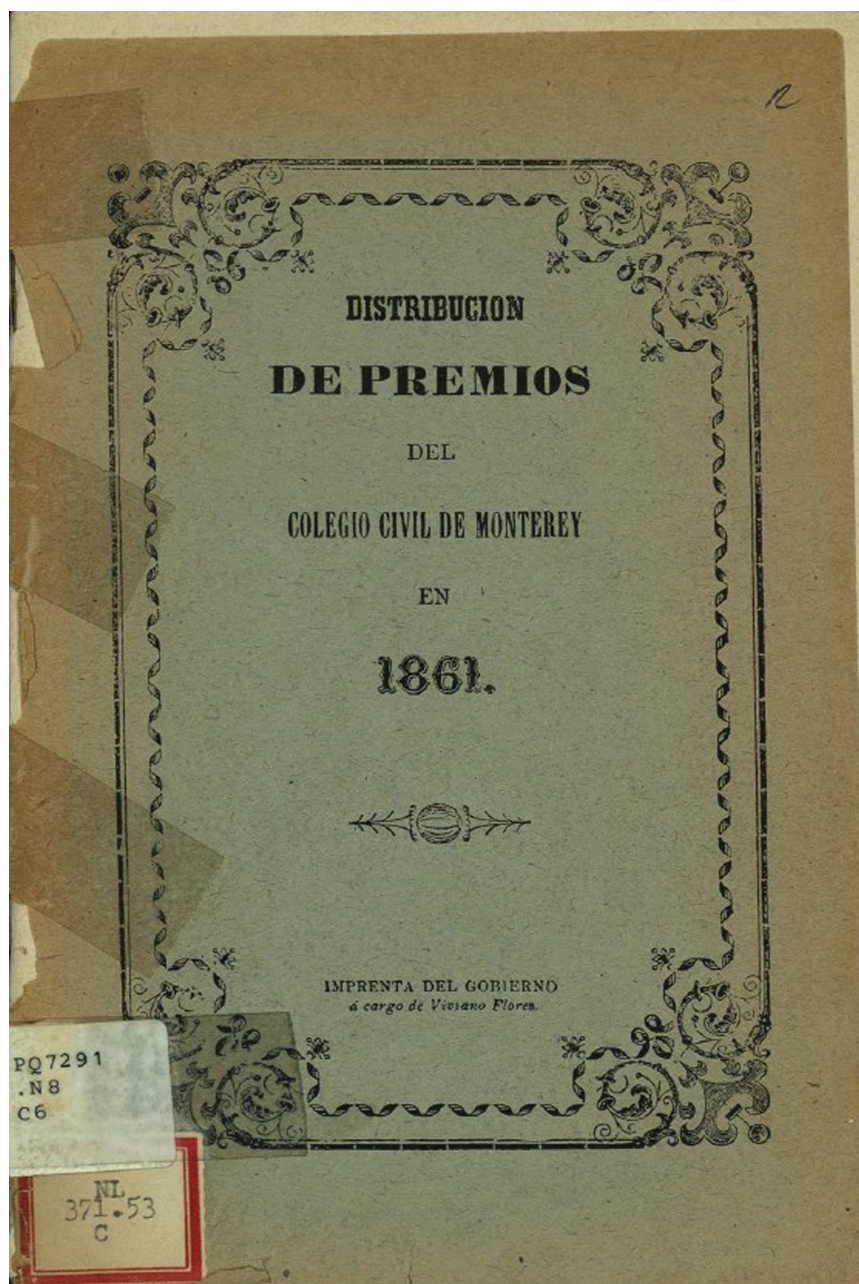
En la segunda década del siglo XX se hicieron impresiones facsimilares de algunas obras del Benemérito. Monseñor Aureliano Tapia Méndez editó:

Lecciones orales de moral médica. Monterrey, Libros de México, 1976; la Facultad de Medicina de la UANL hizo otra edición en el 2006.

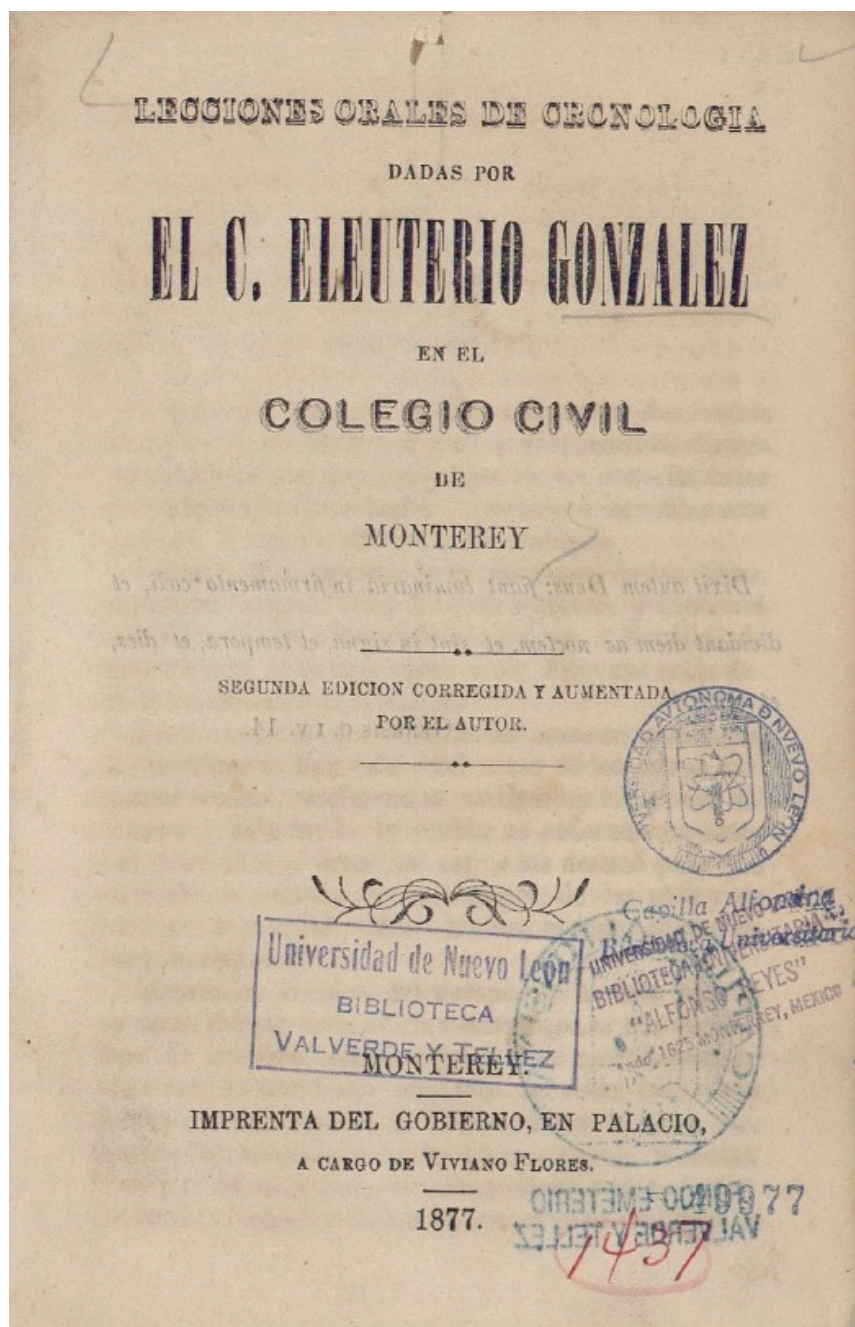
Un discurso y un catálogo de plantas clasificadas, dirigidos a los alumnos de la Escuela de Medicina de Monterrey. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León. 1982.

El doctor Eduardo Aguirre Pequeño editó: *Lecciones orales de materia médica y terapéutica*. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1977.

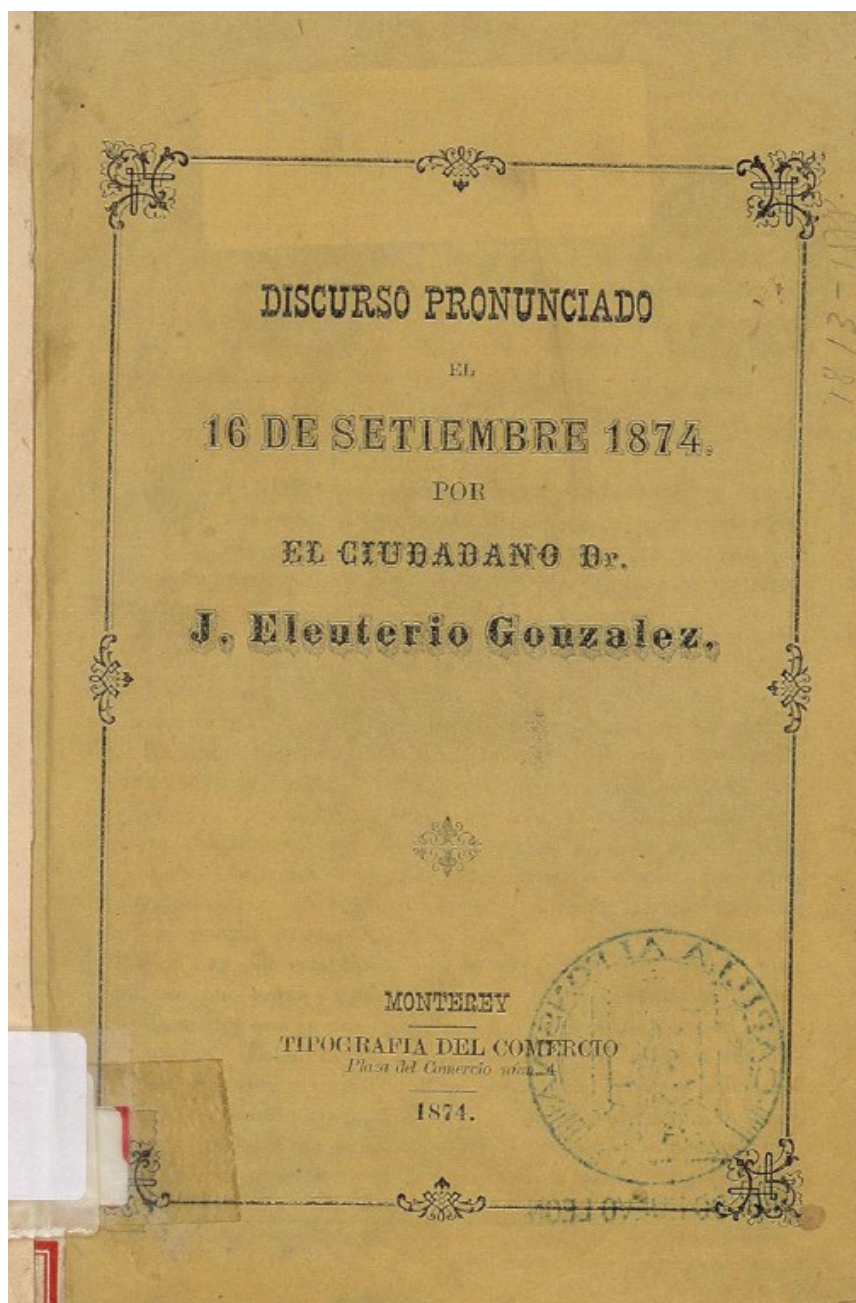
En el despunte del siglo XXI, la Universidad Autónoma de Nuevo León realizó la digitalización de todas las obras del Doctor José Eleuterio González, existentes en las bibliotecas de sus diversas dependencias. Se encuentran disponibles en línea en su Colección Digital, como aporte póstumo del Benemérito nuevoleonés al Programa Memorias del Mundo de la UNESCO. cd.dgb.uanl.mx



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Distribución de Premios del Colegio Civil de Monterrey en 1861.* Monterrey, Imprenta del Gobierno. 22 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Lecciones Orales de Cronología dadas por el C. José Eleuterio González, en el Colegio Civil de Monterrey.* 2ª Edición. Monterrey, Imprenta del Gobierno, 1877. 60 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Discurso Oficial del 16 de setiembre de 1874*. Monterrey, Tipografía del Comercio. 1874. 13 pp.

APUNTES
PARA LA
HISTORIA ECLESIASTICA
DE LAS

*Provincias que formaron el Obispado de
Linares, desde su primer
origen hasta que se fijó definiti-
vamente la Silla Episcopal
en Monterrey,*

RECOJIDOS Y ORDENADOS

POR

José Eleuterio Gonzalez.



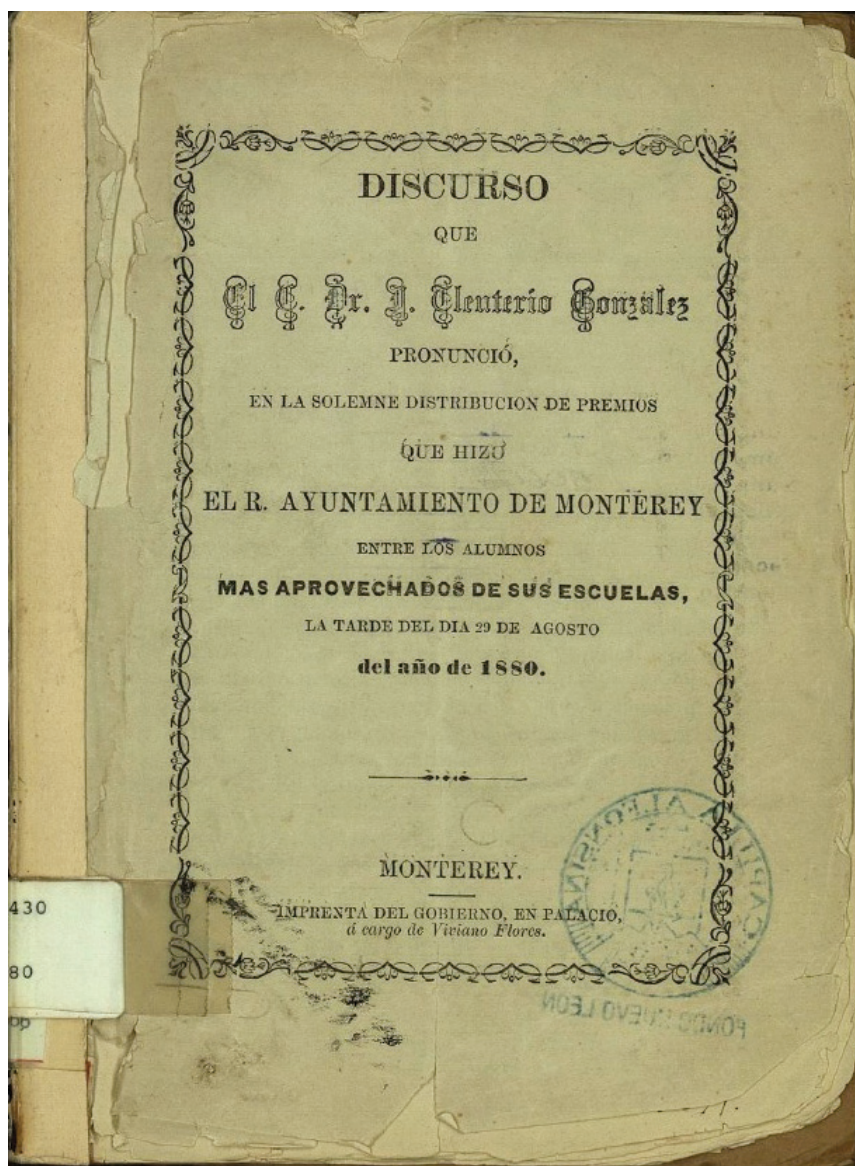
MONTEREY

Tip. Relig. de J. Chaves. Calle de Dr. Mier, N° 59.

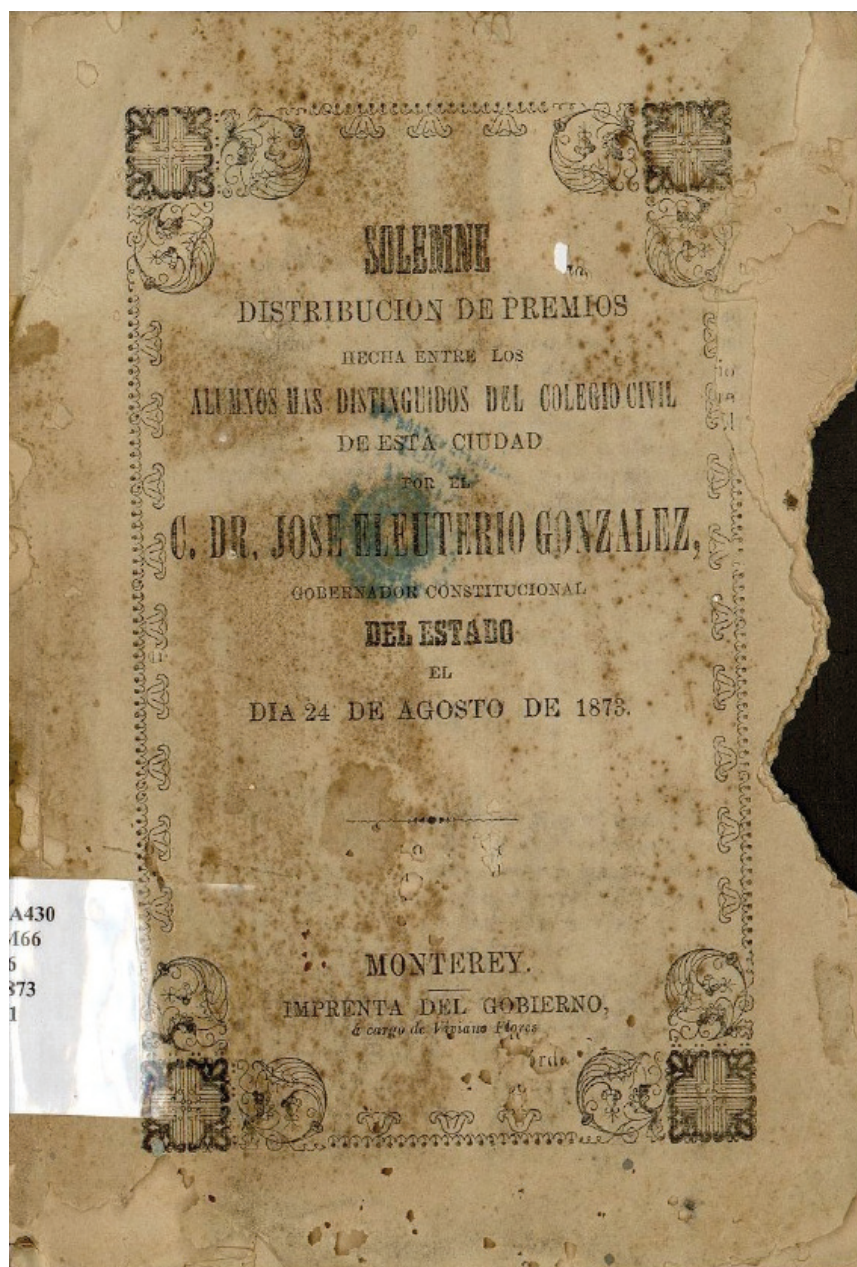
1877

Gonzalitos-9

GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Apuntes para la Historia Eclesiástica de las Provincias que forman el Obispado de Linares desde su primer origen hasta que se fijó definitivamente la Silla Episcopal en Monterrey.* Monterrey. Tipografía Religiosa de J. Chaves, 1877. 152 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Solemne Distribución de premios que hizo el R. Ayuntamiento de Monterrey entre los alumnos más aprovechados de sus escuelas, la tarde del día 29 de agosto de 1880.* Monterrey. Imprenta del Gobierno, 1880. 14 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Solemne distribución de premios hecha entre los alumnos más distinguidos del Colegio Civil de esta Ciudad por el Dr. José Eleuterio González-gobernador constitucional del estado el día 24 de agosto de 1873.* Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1873. 22 pp.

LECCIONES DE
ANATOMIA TOPOGRAFICA

DADAS POR

JOSÉ ELEUTERIO GONZALEZ.

á los Alumnos de Medicina Operatoria
del Colegio Civil.



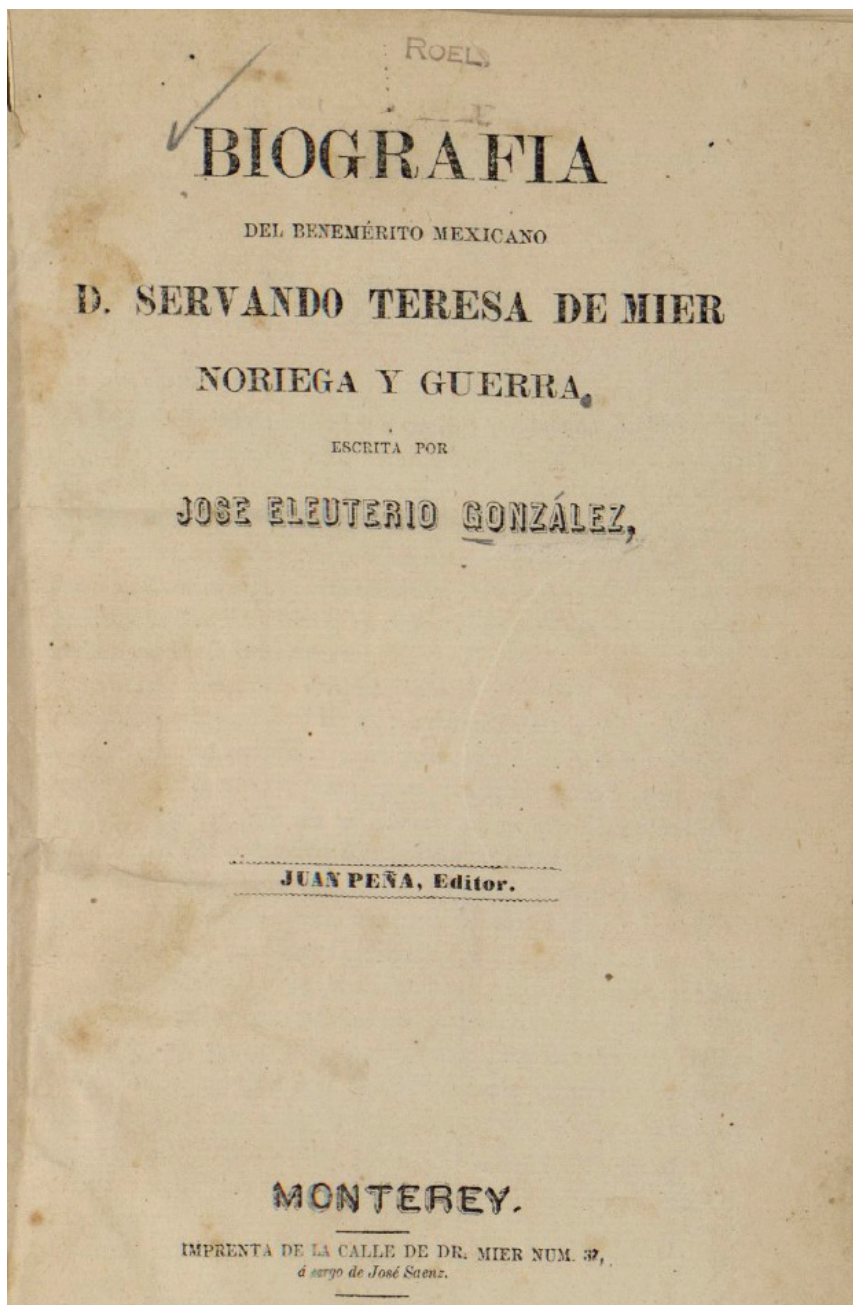
MONTEREY

IMPRENTA DE JULIO CHAVEZ,

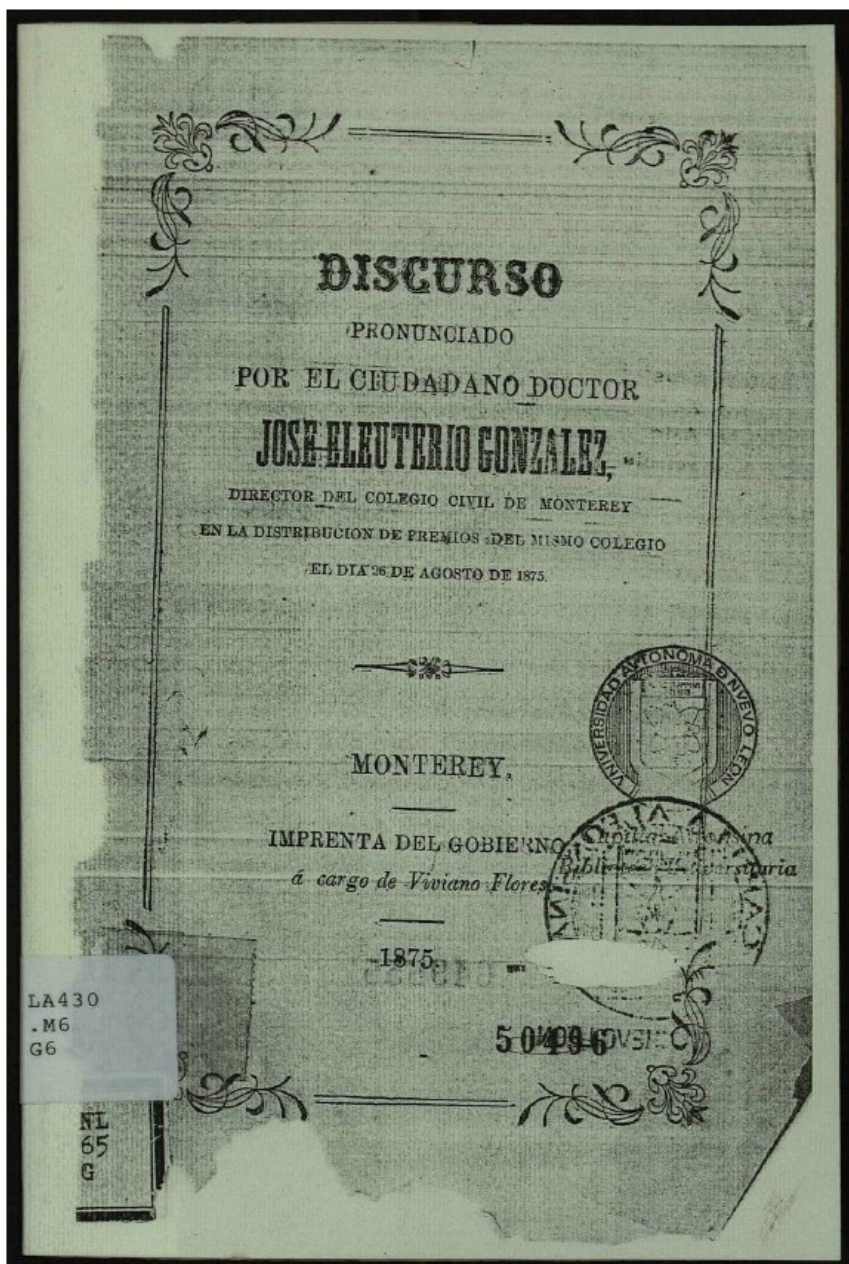
Calle de S. Francisco número 58.

1875.

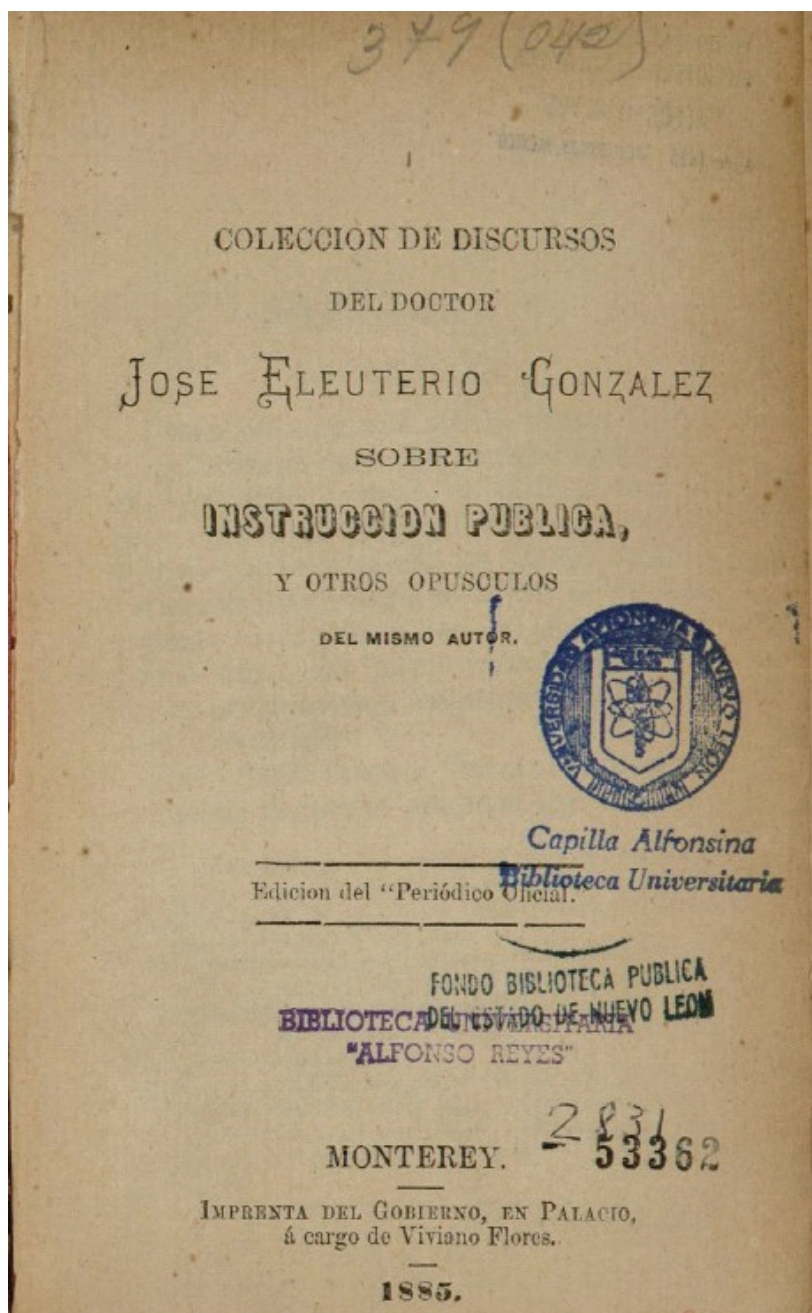
GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Lecciones de Anatomía topográfica dadas a los alumnos de Medicina Operatoria del Colegio Civil*. Monterrey, Imprenta de Julio Chávez. 1875. 102 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Biografía del Benemérito Mexicano. Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra*. Editor Juan Peña. Monterrey, Imprenta de la calle del Dr. Mier. 1876. 368 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Discurso pronunciado por el Ciudadano Doctor José Eleuterio González, director del Colegio Civil en la distribución de premios del mismo Colegio el día 26 de agosto de 1875.* Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1875. 20 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Colección de discursos del Doctor José Eleuterio González sobre la Instrucción Pública y otros opúsculos del mismo autor.* Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1885. 356 pp.

OBRAS COMPLETAS
—
COLECCION
DE
NOTICIAS Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
ESTADO DE NUEVO-LEON,
recogidos y ordenados de manera que formen
una relacion seguida.

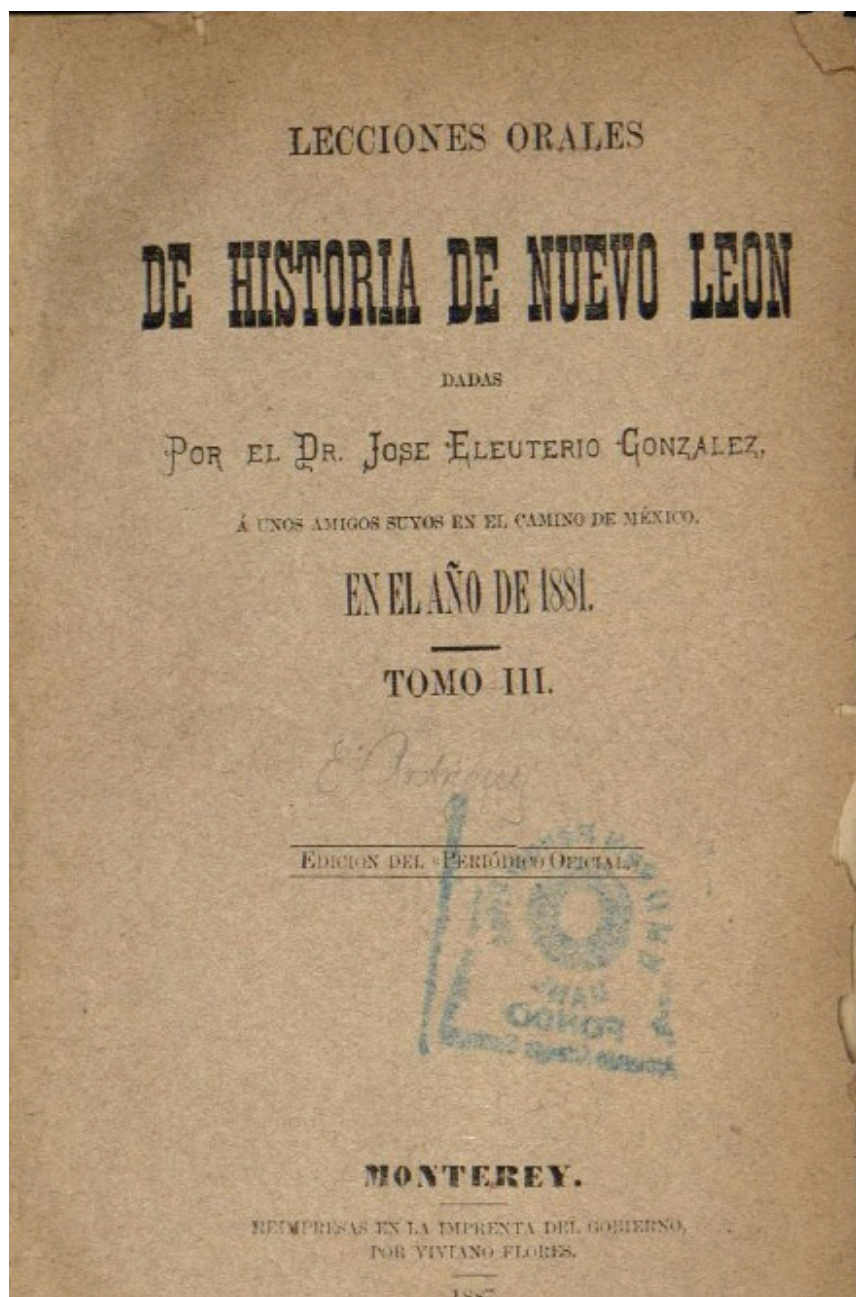
—
Segunda edicion corregida y aumentada con otros docu-
mentos, por el autor.

—
Edicion del "Periódico Oficial."
—

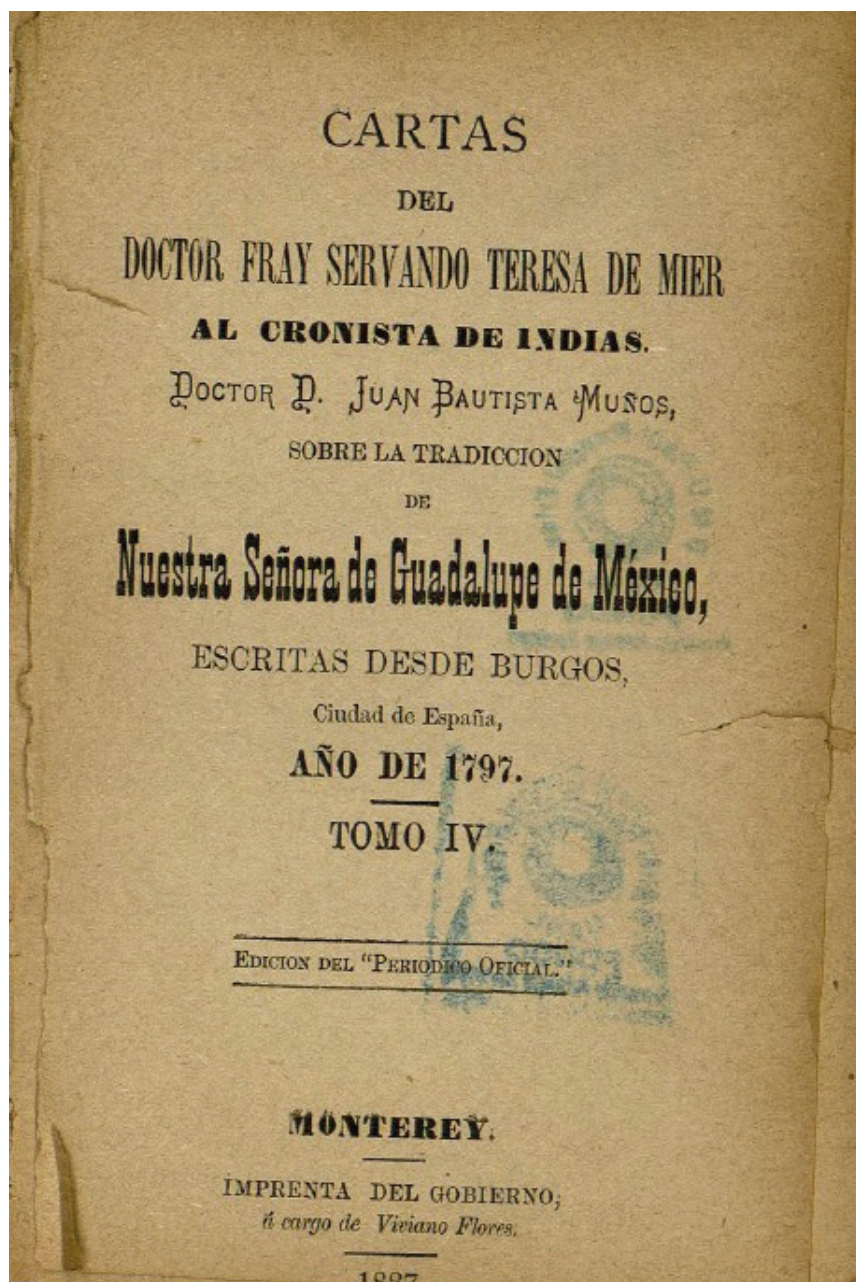
MONTEREY.
—
IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN PALACIO,
á cargo de Viviano Flores.

—
1885.

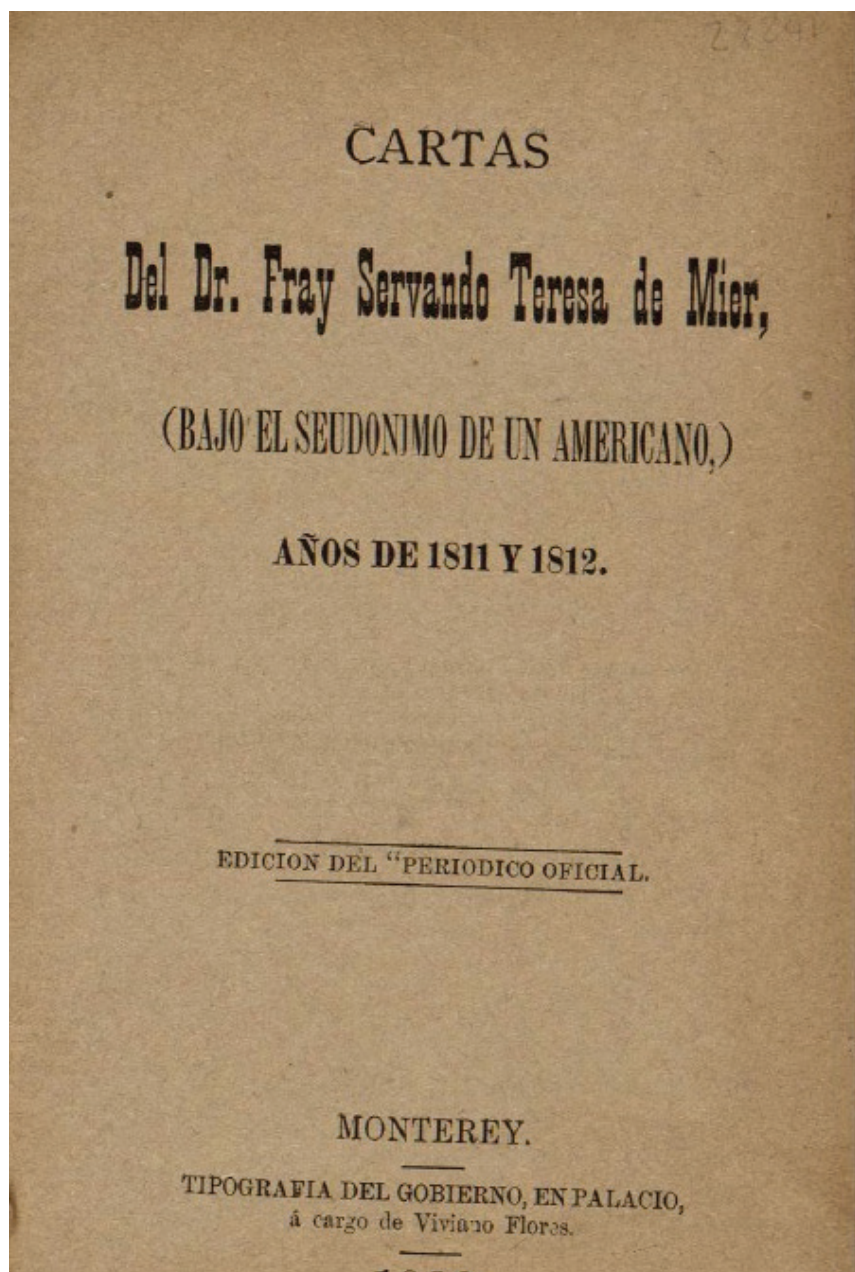
GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Tomo Segundo. Noticias y Documentos para la Historia del Estado de Nuevo León recogidos y ordenados, de manera que formen una relación seguida.* Monterrey, Imprenta de Gobierno. 1885. 744 pp



GONZÁLEZ, José Eleuterio. Tomo Tercero (primera parte). *Lecciones Orales de Historia de Nuevo León* dadas por José Eleuterio González a unos amigos suyos en el camino de México en el año 1881. Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1887. 223 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. Tomo Cuarto. *Cartas del Doctor Fray Servando Teresa de Mier al cronista de indias Doctor D. Juan Bautista Muños, sobre la tradición de Nuestra Señora de Guadalupe de México escrita desde Burgos, España. Año 1797.* Monterrey, Imprenta del Gobierno. 1887. 241 pp.



GONZÁLEZ, José Eleuterio. *Segunda Parte del tomo Cuarto. Cartas del Dr. Fray Servando Teresa de Mier (Bajo el seudónimo de un americano) años de 1811 y 1812.* Monterrey, Tipografía del Gobierno. 1888. 367 pp.

ICONOGRAFÍA



El joven José Eleuterio González, pintura en lámina por José María Estrada, 1838



Fotografía de Gonzalitos que aparece en
"Colección de Documentos para la Historia de Nuevo León" 1867



El Dr. José Eleuterio González, en traje de carácter, de Nicolás M. Rendón.

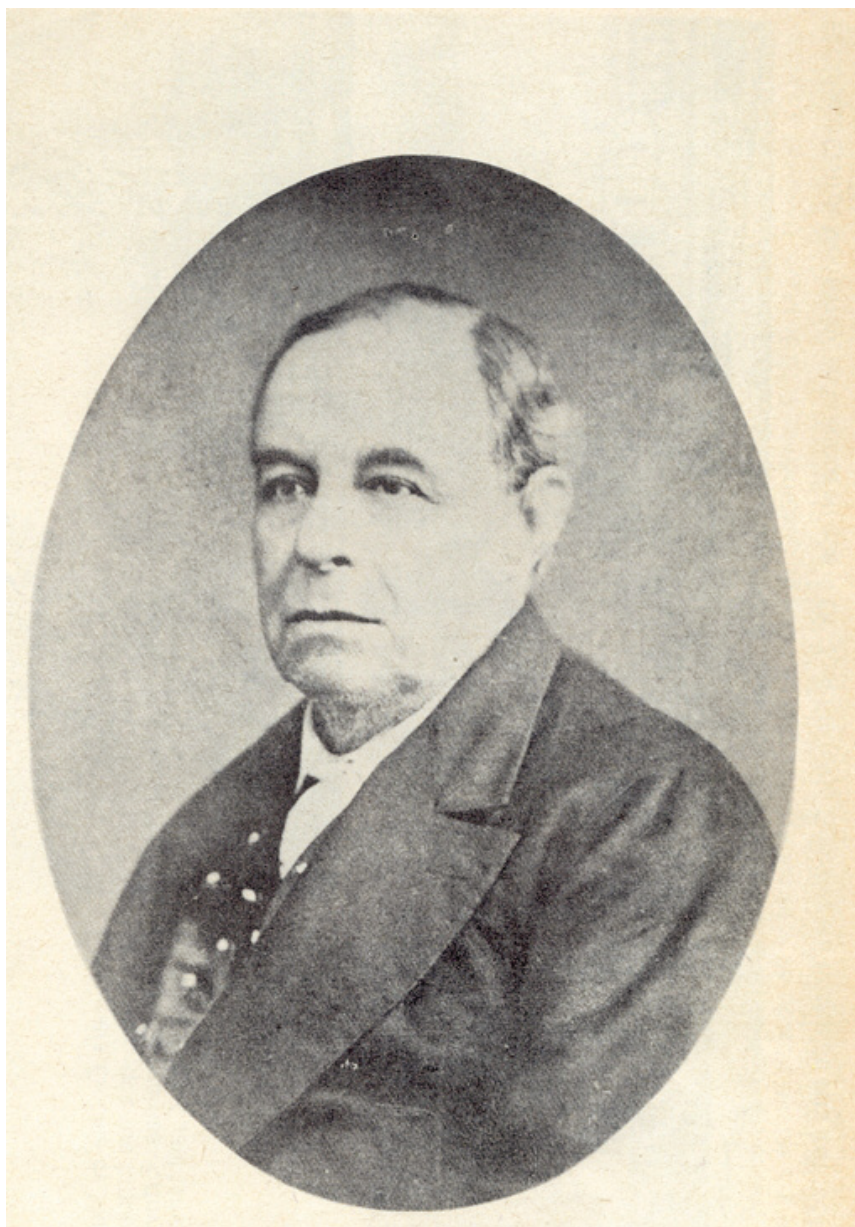


Imagen que corresponde a su etapa más brillante de Gonzalitos, según Hermenegildo Dávila.



José Eleuterio González, gobernador.



Retrato de generación, cátedra del 6º año de medicina 1879.



José Eleuterio González. Archivo fotográfico de la Facultad de Medicina.



José Eleuterio González.
Archivo fotográfico de la Facultad de Medicina.



Viñeta que aparece en su biografía, de Hermenegildo Dávila.



Fotografía posterior a su operación ocular de 1883.

ALGUNOS ESPACIOS QUE CONOCIÓ JOSÉ ELEUTERIO GONZÁLEZ

GUADALAJARA



Catedral de Guadalajara, inicio del Siglo XIX, donde fue bautizado.
Benjamín Arredondo



Palacio de Gobierno, Jalisco, misma época. Benjamín Arredondo

MONTERREY



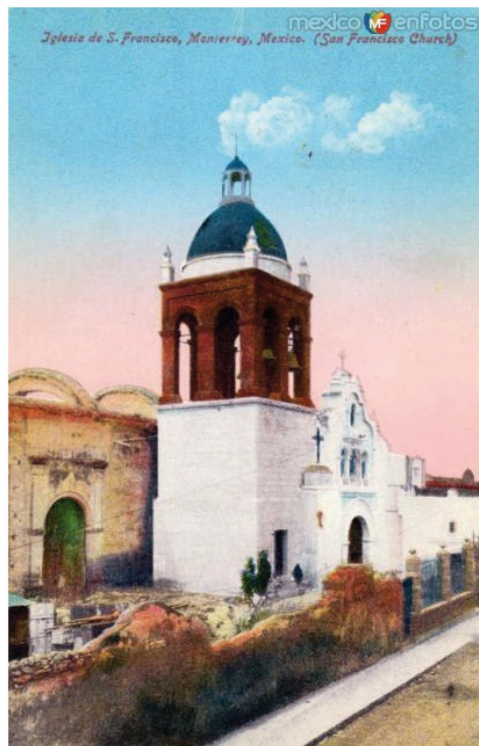
Templo de San Francisco, siglo XIX.



Templo de San Francisco, siglo XIX.



Frontis del Templo de San Francisco.



Postal del Templo de San Francisco.



Catedral de Monterrey, pintura extraída del periódico El Norte, propiedad de Justino Fernández.



Catedral de Monterrey.



Canal de Santa Lucía, baños públicos.



Puente y virgen de la Purísima.



Puente y virgen de la Purísima.

ESPACIOS DONDE EJERCIÓ LA MEDICINA Y LA DOCENCIA EN MONTERREY



Hospital de Nuestra Señora del Rosario, viñeta de Eliézer Alanís, 1978.



Hospital de Nuestra Señora del Rosario, hoy Museo de Culturas Populares,
foto de Eliézer Alanís, 1978.



Fachada del Hospital de Nuestra Señora del Rosario, hoy Casa del Campesino, 2005.



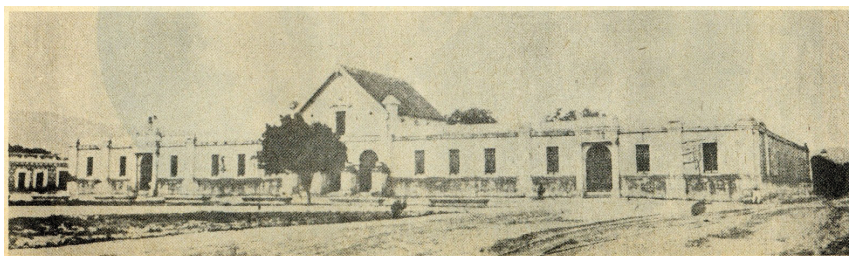
Interior del Hospital de Nuestra Señora del Rosario, 2005.



Arcos puertas y ventanas del Hospital de Nuestra Señora del Rosario 2005.



Fachada del Colegio Civil, alrededor de 1870.



El Colegio Civil de Monterrey, en la época en que el Dr. José Eleuterio González era Director de esta institución, por segunda ocasión. 1876.



Daguerrotipo del Hospital Civil de Monterrey, alrededor de 1880.

CEREMONIAL FUNEBRE

Aprobado por la Comisión del Gobierno para las honras póstumas que deben hacerse al Sr. Dr. JOSE ELEUTERIO GONZALEZ, Benemérito del Estado, Director de la Escuela de Medicina de Monterrey, Presidente del Consejo de Salubridad, y Miembro de diversas Sociedades Científicas y Literarias.

Art. 1.º El día 7 del actual á las cuatro de la tarde se trasladarán, después de embalsamados, los restos del Sr. Doctor José Eleuterio González, del Hospital Civil al Salón de recibo del Gobierno del Estado, que para entonces se habrá decorado de la manera mas conveniente.

Art. 2.º Acompañada al cadáver en la traslación del Hospital al Palacio, Comisiones del II. Congreso, del Ejecutivo, del Tribunal de Justicia, del Ayuntamiento, del Colegio de Abogados, de las Escuelas de Medicina y Jurisprudencia, del Colegio Civil y de la Escuela Normal de Profesores.

Art. 3.º Una Comisión del Gobierno recibirá el cadáver al ser depositado en el expresado Salón de recibo.

Art. 4.º El cadáver estará expuesto al público los días 7 y 8, á fin de que pueda ser visitado por todas las clases sociales.

Art. 5.º Una guardia de las fuerzas que residen en esta Ciudad lo custodiará mientras esté expuesto al público.

Art. 6.º Durante la permanencia de los mismos restos en el Salón del Gobierno, serán velados por los funcionarios de la Legislatura y del Poder Judicial, por los Miembros del R. Ayuntamiento y Colegio de Abogados, por los Catedráticos de las Escuelas de Medicina, Jurisprudencia, Colegio Civil y de la Escuela Normal; encargándose una Comisión de arreglar la manera con que deban hacerse esos honores.

Art. 7.º El día 8 á las cuatro y media de la tarde, se verificará la inhumación, reuniéndose el cortejo fúnebre á dicha hora en el Palacio del Estado, y disolviéndose en el Hospital Civil.

Art. 8.º Se invita para ese acto á los Miembros de los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, al Cuerpo Médico, al Colegio de Abogados, á las Escuelas de Medicina y Jurisprudencia, al Colegio Civil, á la Escuela Normal, al Comercio, á los empleados de la Federación y del Estado, á las Sociedades Científicas, Literarias y Obreras, y demás que existen en esta Ciudad, y á los Establecimientos de Instrucción pública, á fin de que concurran en Cuerpo con sus respectivos estandartes con lazos negros.

Art. 9.º Se suplicará al Jefe de las armas en esta Ciudad, se sirva mandar la fuerza que crea conveniente, para que ésta marche con su banda á retaguardia de la comitiva.

Art. 10.º La procesión se verificará de la manera que sigue: saliendo del Palacio, recorrerá las calles del Comercio hacia el Este, la de Zaragoza al Norte, las de Doctor Mier y Bolívar al Oeste y la del Hospital Civil al Norte, llevando el siguiente orden: Escuelas municipales: Alumnos del Colegio Civil: Alumnos de la Escuela Normal: Asociaciones políticas: Sociedad de Obreros: Alumnos de la Escuela de Jurisprudencia: Alumnos de la Escuela de Medicina, y sus profesores: los que rodearán el carro fúnebre; particulares que gusten concurrir: Empleados de la Federación y del Estado: Profesores de Jurisprudencia: Consejo de Salubridad: Cámara de Comercio: Colegio de Abogados: Consejo de Instrucción Pública: R. Ayuntamiento y funcionarios del Estado.

Art. 11.º Se nombrarán cinco oradores, uno por parte de los Poderes públicos del Estado, otro por el R. Ayuntamiento de esta ciudad, otro por la Escuela de Medicina, otro por el Colegio de Abogados y Escuela de Jurisprudencia, y otro por el Colegio Civil, para que pronuncien alocuciones fúnebres.

Art. 12.º Se recomienda á los que concurran al entierro que se sirvan llevar un lazo negro en el brazo izquierdo, suplicándose al comercio que en ese día cierre sus establecimientos.

Art. 13.º El Alcalde P.º invitará á los vecinos por cuyas calles pase la procesión á fin de que se sirvan, enlutar las fachadas de sus casas.

Art. 14.º En las Municipalidades del Estado se harán también honras fúnebres al Sr. Dr. GONZALEZ, cuando y de la manera que lo acuerden sus respectivos Ayuntamientos.

Monterrey, Abril 7 de 1888.

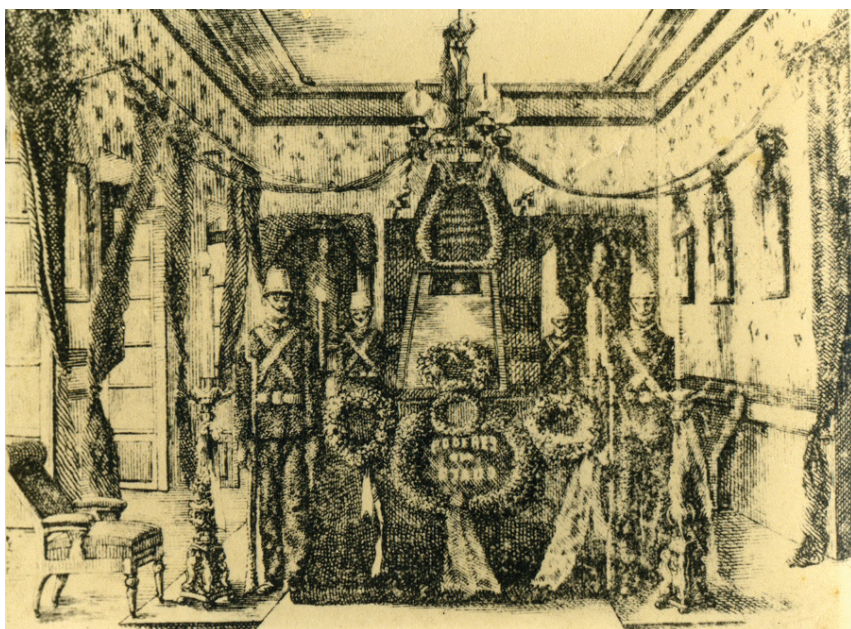
F. Valdés Gómez.

C. Villareal.

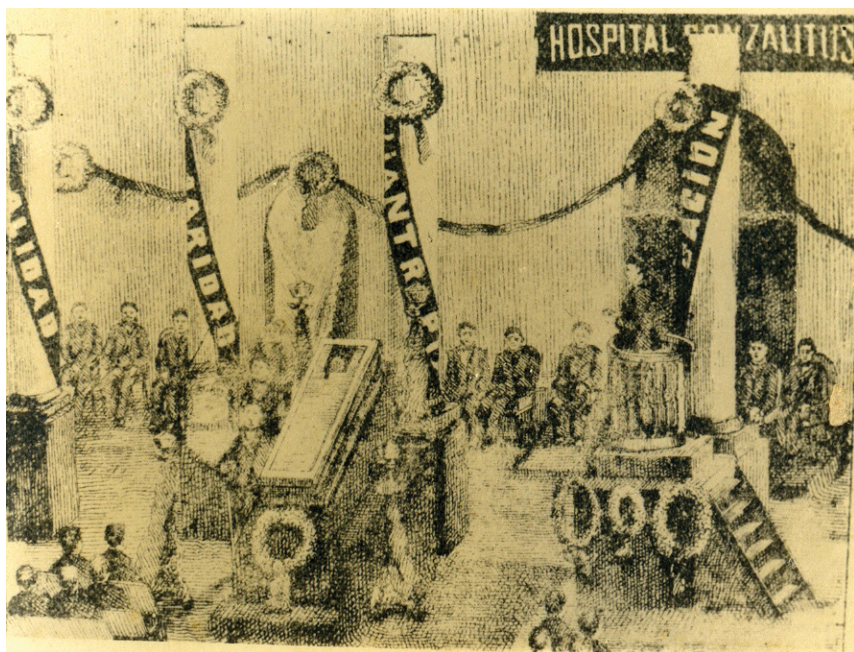
Aurelio Lartigue.



Foto del Funeral, en el Hospital Civil, desde entonces José Eleuterio González.



Viñeta de la guardia en el Hospital Civil José Eleuterio González.



Otra viñeta, en el Hospital Civil José Eleuterio González.

El Escolar Médico.

PERIÓDICO DEDICADO ESPECIALMENTE Á LAS CIENCIAS MÉDICAS.

REDACTADO POR LOS ESTUDIANTES DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE MONTEREY

Secretario	Redactor en Jefe	Administrador
MANUEL J. LOZANO.	MANFREDO TIJERINA.	JESUS M. GUERRA.

COLABORADORES.

Doctor Antonio García Garza	Doctor Juan de Dios Treviño
Domingo M. Echarte	José M. P. Lozano
Evaristo Sepúlveda	José Martínez Andra
Eusebio Rodríguez	Lorenzo Sepúlveda
Eulogio Maldonado	Manuel Rocha
Francisco Garza Caduti	Rafael Garza Cantú.
Farmacéutico Antonio Andra.	



IRREPARABLE PERDIDA.

A las once de la noche del día 4 falleció el fundador del Hospital Civil de esta ciudad, el creador y director de la Escuela de Medicina

EL BENEMERITO DE NUEVO-LEON
DOCTOR
JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

May natural es que cuando se encuentra el cuerpo fatigado por trabajos continuos entre en reposo para recuperar sus agotadas fuerzas; que cuando se ha apurado hasta las heces el cáliz de la amargura se resistan los mas sufridos labios á volverle á aproximar, que cuando los años y las enfermedades han hecho del individuo un conjunto de achaques se busque el aislamiento el silencio, la tranquilidad de una vida menos activa. Esto no hizo el Dr. Gonzalez y sí, superando á la generalidad de los hombres, efectuó lo contrario.

Apenas podia sostenerse en pié y sin em-

bargo, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano se levantaba solícito y animoso de su asiento para montar al coche que lo condujera, no al teatro de las discusiones que se promueven con el objeto de lucir ficticias dotes y de halagar la vanidad y el orgullo de procaces espiritus, sino al recinto modesto y sencillo aunque benéfico y costoso que en la época de su brillante adolescencia con su propio peculio formó para alivio del indigente; y allí, ora explicándonos las doctrinas de algunos autores, ora haciéndonos escribir los resultados de su larga, activa y concienzuda práctica, ora tomando con su propia mano el escalpelo para seguir punto por punto las huellas que la enfermedad dejara en el cadáver, derramaba á raudales la vivísima luz de la ciencia que adquiría mediante su talento prodigioso y su aplicación constante hasta el extremo.

¡Cuántos recuerdos dejó impresos en el corazón de sus discípulos nuestro querido maestro!

Todos los estudiantes de medicina, sin excepción, han sentido con todo el corazón, con toda el alma la eterna despedida del preclaro anciano; pero ¿no será posible que los discípulos de la clase en que él fungía (pocos dias antes de la agravación de su enfermedad) como catedrático, no será posible, digo, que nosotros, que diariamente oíamos las explicaciones y consejos de Gonzalitos conservemos mas profundamente grabados en el alma los recuerdos del divino viejo?

¡Ay! que sin igual tristeza se apoderó de nuestro espíritu el día que asistimos á cátedra y en lugar de encontrar á nuestro inolvidable maestro en su cuarto de estudio supimos que se hallaba en el lecho del dolor; ¡presentámos su próxima muerte! Pero... dejemos de manifestar nuestros justos sentimientos bien interpretados por la persona que nos representó en las ceremonias funerales que tuvieron ya lugar; y pasemos á decir algo aunque con la imperfección debida á la turbación de nuestro ánimo.

ÍNDICE

	Páginas
Informe sobre epidemias y endemias en el estado de Nuevo León	21
La mosca hominívora	25
Breve relación del origen, progreso y estado actual del	
Un punto de Higiene, sepulturas, aplicado a Monterrey	41
Los médicos y las enfermedades en Monterrey 1881	70
 ANEXO	 87

Publicaciones del Dr. José Eleuterio González en Ciencias Médicas. Tomo III Sección Salud Pública e Historia de la Medicina Local, terminó de imprimirse en febrero de 2013 en los talleres de Serna Impresos, S.A. de C.V. En su composición se utilizaron los tipos Myriad Pro de 9 y 20 puntos, Raleway de 13 y 57 puntos y Passion Sans de 15 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Armando Hugo Ortiz Guerrero, Nancy Verónica Gallegos Jiménez y José Antonio Olvera Sandoval. Diseño y formato interior de Marisa Bustos. Diseño de portada de Alejandro Derbez.